

De la estirpe de Caín

Juan José Cabedo Torres

Diciembre de 2008

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

NOTA

Encontré los papeles que presento al lector en una botella semioculta en el seto de un pequeño parque que cruzo todos los días cuando salgo de mi casa para ir al trabajo. El tapón se había desprendido y la humedad había penetrado en el interior, dotando al escrito de ese prestigio que tiene lo deteriorado y lo antiguo.

Mi profesión –soy agente de cambio y bolsa– no me permite determinar el valor del manuscrito, pero me arriesgo a invertir una pequeña cantidad, producto de una plusvalía más pequeña aún, en la difusión de estas páginas. Pongo así un poco de aventura en mi vida, de por sí bastante monótona, y cumplo mi viejo sueño de subvencionar a un artista. Nunca se sabe si uno está haciendo una tontería o un gran bien a la humanidad.

Tras leer el texto hice algunas averiguaciones encaminadas a localizar a su autor, pues si hemos de creer lo que se dice en los papeles, debió vivir durante un tiempo en un semisótano del barrio, pero no conseguí dar con él.

No he modificado nada y lo doy a la imprenta tal y como lo encontré. He respetado los pasajes incomprensibles, que no son muchos. El título es mío. También la cita del *Génesis*.

L. C.

vagabundo y extranjero serás en la tierra

(Génesis, 4, 12)

Si realmente fuera libre para decidir, las primeras palabras de este libro serían “Mi nombre es Jotabé, y soy adicto al chocolate”, o “Me pregunto por qué Dios haría el mundo tan misterioso y variado”, pero la realidad es que mi libertad no alcanza más allá de escoger qué zapatos me voy a poner hoy, y el color de los calcetines a juego, e incluso para esto hay tablas que enseñan a vestir conjuntado. Por otro lado tampoco me llamo Jotabé, aunque mi nombre empiece por J, y para más inri no me gusta el chocolate. Así son las cosas. Por la razón que sea nadie elige su nombre, ni su identidad, ni sus gustos, ni mucho menos su destino.

Si hubiera podido elegir entre las distintas posibilidades que ofrece la vida, habría optado sin duda por permanecer en silencio. Como mucho me habría mirado de reojo en el espejo y habría pintado mi autorretrato, como Rembrandt, o como Vang Gogh, pero la verdad es que siento la necesidad de contarle a alguien lo que me pasa. Mi historia no es una historia espectacular, no vayan a creer, pues ya se sabe que la grandeza y la poesía del hombre contemporáneo residen en los pequeños detalles que se entretajan en lo cotidiano. No es la mía una historia espectacular de grandes hazañas, pero al menos es mi historia.

Uno de las experiencias más trascendentes de mi infancia fue darme cuenta de que la realidad está dispuesta de manera que el exterior de las cosas no concuerda necesariamente con su interior. Alguien te sonrío y en realidad se está cagando en todos tus muertos, y envuelto en un papel de regalo que genera grandes expectativas te obsequian un san Pancraccio de plástico que han comprado en los chinos. Desde ese descubrimiento he dedicado gran parte de mis esfuerzos a despojar a las situaciones de su envoltura para ver lo que hay dentro. Tampoco esto ha sido una elección, sino una mera cuestión de supervivencia.

Tengo un amigo se ve a sí mismo como una cebolla. Cuando nos encontramos charlamos, y en la conversación antes o después sale el tema. Sé que me va a soltar lo de la cebolla porque frunce el entrecejo como un pastor menonita, crisca imperceptiblemente las manos como un judío de Shakespeare y empieza a hablar con el tono gutural de Bugs Bunny, con lo que no hay manera de tomárselo en serio.

–La vida es una cebolla que hay que ir pelando poco a poco

–Sin duda, Plácido. ¿Quieres otro café?

Mi mejor momento para ver con claridad más allá de las apariencias es el amanecer, y el mejor lugar el tren de las 7:35. El transporte público siempre me ha puesto muy filosófico. Pero eso era cuando trabajaba. Ahora estoy temporalmente de baja, y desde que he decidido recluirme en este semisótano, los pensamientos vienen a mí en el momento más inesperado, así que procuro estar preparado. Es como si las cavilaciones de los otros flotaran por ahí y se introdujeran en mi cabeza aprovechando el mínimo descuido, cuando me estoy lavando los dientes y se me va la olla con las formas que hace la espuma antes de ser engullida por el sumidero, por ejemplo, o cuando plancho una camisa.

Quien continúe leyendo no debe esperar en las páginas que siguen nada extraordinario. No hay intriga, ni códigos cifrados, tampoco personajes que atra-

viesen océanos, ni terribles naufragios con episodios de antropofagia, o coprofagia. Tampoco hay urofilia. Nadie come ni bebe cosas raras en este relato, salvo lentejas estofadas y raviolis de lata, que es lo que forma el grueso de mis provisiones. No se exploran los Polos ni se desciende a las entrañas del planeta por el cráter de un volcán apagado. Tampoco el lector hallará costumbrismo contemporáneo ni críticas a la situación política. No hay artificios literarios más o menos ingeniosos que pretendan desvelar en sutil tejido de la vida a base de presentar personajes que no tienen nada que ver entre sí y que luego se cruzan en un estanco, o en la cola del súper, o en el éxodo multitudinario de alguna guerra, ni se noveliza en mi relato el efecto mariposa. Lo único que se encontrará quien se aventure en estas páginas son los detalles de mi última crisis, y ya de paso cuál es mi punto de vista sobre algunas cuestiones, lo que antes se llamaba pomposamente la weltanschauung, y en cristiano la visión del mundo del menda lerenda. A la vida le importa poco lo que opine de ella, pero yo no me resisto a hacerlo. Ya saben, incontinencia verbal y demasiado tiempo libre.

Yo, de haber podido elegir, me habría recluso en un sótano. Por la razón que sea he sido dotado de un temperamento bastante radical que me obliga a detestar todo lo que es semi, desde las medianías que nadan y guardan la ropa hasta las medias tintas. Si hay algo que de verdad me irrita es toda esa pamema de la virtud y del justo medio. No puedo con ella.

De haber podido elegir, me habría recluso en un sótano, más que nada porque desde niño he querido saber cómo es un sótano por dentro. De momento voy a saber cómo es un semisótano. Esto, para un optimista irredento como yo, supone un pequeño paso hacia más altos objetivos.

Tengo un taco de folios, una caja de lápices, un sacapuntas y una botella de vidrio. Conforme vaya rellenando los papeles con mi caligrafía de colegio de pago los enrollaré y los iré introduciendo en la botella. Cuando esté bien tupida, la arrojaré por la ventana. Al fin y al cabo, entre otras muchas cosas, también es éste el relato de un naufrago.

No he hecho nada notable en mi vida, o al menos no tengo sensación de haberlo hecho. Mi existencia podría servir para ilustrar esa impresión de inutilidad que emana la clase media, que es la clase social que todo el mundo critica desde que se inventó esto de la novela. La verdad es que lo ponemos a huevo, pero satirizar a la mesocracia es como quitarle un caramelo a un niño. Sin embargo, desde alguna revolución industrial todo el mundo idealiza al proletariado. Antes se idealizaba a los pastores, o la laboriosidad de las abejas, así que lo que pasa hoy día es más de lo mismo. El idealismo, como el amor, rebosa del corazón de los hombres, y en cada época se activa de diferente manera.

Lo de idealizar a la clase obrera es una mierda, porque si la vida de los trabajadores fuera tan envidiable, los intelectuales se irían a vivir a Coslada y cambiarían el boli por un puesto de aprendiz en una planta de componentes eléctricos, o harían un Ciclo Formativo de Grado Superior. Ya sé que suena un tanto demagógico, pero es lo que pienso.

Yo personalmente no idealizo la vida pastoril ni a los torneros fresadores, pero sí a las tías buenas, a las que, en cuanto me descuido, convierto en seres armónicos que me conectan con la naturaleza. Yo estoy allí, hablando con una muchacha de la sutil poesía de los cuadros de Chagall mientras que ella sólo quiere que te calles, que la invites a comer a un sitio caro y le regales un anillo de brillantes. Luego, a lo mejor se abre de piernas, pero he follado con ositos de peluche que le ponían más pasión al asunto que algunas barbies de ésas que abundan en los barrios buenos. Lo normal es que después de todo el protocolo ni siquiera mojes, pues estas tías creen que ya tienes suficiente premio con lucirlas del brazo. Es triste, pero así son las cosas.

De mi vida hay poco que reseñar, al menos de sus circunstancias externas, así que les ahorraré los detalles. Cojan a cualquiera cuya conciencia haya despertado en las últimas décadas del franquismo y ahí me tienen a mí: represión, colegio de curas, carreras en la universidad delante de los guardias, o de los falangistas, ilusión por cambiar las cosas, desencanto porque lo único que cambian son los collares, pero los perros ahí siguen con sus fauces abiertas y su baba espesa.

Les podría contar mi primer amor, que fue una profesora de inglés de la academia Berlitz o aquella vez que me enclaron por riguroso turno cuatro senegaleses en la plaza del Callao, pero la verdad es que las peripecias de mi existencia son muy aburridas. Sin embargo, si hay un rasgo que unifica todas mis experiencias es sin duda la huida. Asumámoslo: al menos hasta la fecha mi mayor aportación a la vida ha sido ser un experto en fugas.

Soy experto en fugas y también en no dar la cara. Esto es lógico, pues cuando uno escapa no corre con la cabeza volteada. Es una precaución importante si no quieres chocar contra una farola, así que en la huida la parte que se ofrece al enemigo es la trasera, desde la nuca a los talones, pasando por la espalda y el culo. Uno que huía como yo debió acuñar la expresión “ir de culo”, o a lo mejor no, a lo mejor la expresión es eficaz simplemente porque en ella se utiliza la palabra “culo”.

Las fugas geográficas se me dan de miedo, pero en donde realmente soy bueno es en los escapes emocionales. Me lo han dicho todas mis mujeres, desde Beatriz, aquella niña de rizos de oro a quien espiaba cuando se bajaba las braguitas para hacer pis en Cuarto de Primaria, hasta Sonia, la última chiflada con quien he compartido un tramo del camino.

–Tú, majete, eres un verdadero artista a la hora de salirte por la tangente, –me dijo Sonia en una tetería mientras yo me abrasaba los labios con un darjeeling realmente mediocre.

“No eres tú, soy yo”, es la frase que siempre tengo en la recámara para estas ocasiones en las que la ruptura se palpa en el ambiente.

Soy un desastre en las relaciones con el otro sexo, seguramente por la idealización de la que les hablaba antes. Considero a las mujeres fuerzas de la naturaleza, creo que saben cosas que los hombres ignoramos, pero todas las chicas con las que he estado siempre han creído que lo que tenían entre las piernas era una ventosa que servía para capturar a los machos y exprimirles el esperma, y de paso el saldo de la tarjeta de crédito. En este caso no son ellas, soy yo el que mete la pata.

Cuando la cosa se pone crítica no les digo todo esto, claro. Para la despedida tengo preparada otra frase que endoso sin rubor

–Eres una persona estupenda que harías feliz a cualquier hombre, pero no a mí, lamentablemente.

Luego me callo, la miro con intensidad, como diciendo “qué lástima que lo nuestro no sea posible” le doy un beso en la mejilla, pago la cuenta y me piro. Lo dicho, experto en fugas.

3

A veces tengo la sensación de que Dios levantó demasiado pronto su mano de mí y me quedé a medio hacer, como una pieza defectuosa en la cadena de montaje o como una magdalena mal horneada. Supongo que es por eso por lo que me paso el tiempo huyendo, por ver si en algún lugar encuentro con qué rellenar el hueco alrededor del cual he crecido. Dios me moldeó con barro, como a todos, pero a la hora de insuflarme su aliento debieron distraerlo con un asunto más importante y el caso es que no me cocí del todo. Esto explica la inarmonía de mi carácter y mi querencia por los extremos. Yo no soy distinto, yo soy raro. Soy un ser incompleto, una especie de fenómeno de feria que encaja con dificultad en el puzzle de la realidad donde aparentemente todos se mueven como pez en el agua. Estoy a medio hacer y soy un freak permanentemente insatisfecho. Que nadie se llame a engaño.

A veces la vida huye de mí y me instala en su lugar una tristeza fría como la luna de marzo. La piel se me vuelve pálida y azul, como la estela que deja la ola al romper en un bajío, sirte llaman los poetas a estos lugares. Entonces pienso en eso de que Dios levantó su mano demasiado pronto de mí y que por eso a veces me enfrió, y que ésa es la causa de que mi alma aterida atraiga los pensamientos negros que andan por ahí enroscados sobre sí mismos como la luz amarilla de un navío a la deriva.

La huida en sí misma no es un arte complicado. Quiero decir que nadie te enseña a salir de najas cuando las cosas se ponen castaño oscuro. Es algo que uno aprende por sí mismo. Al fin y al cabo correr para no ser devorado por el tigre de dientes de sable está marcado a fuego en el instinto de supervivencia de cualquier mamífero. Que el monstruo de garras verdes y pico curvo esté fuera de ti o que habite en los pliegues de tu subconsciente alimentándose de tu hígado ya es otra cuestión.

Lo difícil no es huir, lo difícil es encontrar un refugio donde esconderte. En algunos casos ni siquiera hay refugio, sólo una llanura ilimitada donde la única opción es voltearte y dar la cara. Cuando esto ocurre me digo que al fin y al cabo el día en que nací ya estaba muerto. Es una frase que a veces me da valor. También me digo que otros con un destino más trascendente que el mío, me refiero a Caín y a Jonás, por ejemplo, intentaron la fuga geográfica, pero de nada les sirvió. Para ellos no hubo refugio, y al final tuvieron que apechugar con lo que habían hecho.

Lo malo de que no haya escondites es que estás condenado a huir eternamente, en plan pueblo maldito por su Dios, en plan holandés errante, siempre buscando la redención por el amor. Caminar o navegar todo el rato es una opción muy cansada y poco práctica. Además deambular sin descanso por un mundo esférico te devuelve una y otra vez al mismo sitio, lo cual no es muy inteligente. Para mí lo ideal es huir un ratito y enseguida buscar un lugar donde relajarme de tanto estrés. Mi carácter siempre ha sido así. Al menos ha sido así hasta donde alcanza la memoria.

Cuando me pongo psicoanalítico y me da por bucear en la infancia, recuerdo cuánto me fascinaban de niño los submarinos y los armarios. Hasta

donde alcanza mi memoria los primeros libros que leí trataban de los sumergibles de los nazis, que navegaban en el Atlántico Norte torpedeando mercantes a diestro y siniestro. Ya entonces me parecía una metáfora de mi manera de enfrentar (es un decir) la vida: oculto bajo toneladas de agua, subo de cuando en cuando a la superficie a mirar por el periscopio. Escondido entre los abrigos, espío por el ojo de la cerradura qué hacen los otros. Por aquella época me aficioné a una serie de la tele, *Viaje al fondo del mar*. Todo era en blanco y negro y de cartón piedra, pero a mí me daba igual, porque mi imaginación suplía todas las deficiencias. No sé si les pasará a ustedes, pero en mí la imaginación es una pasada. Un psicólogo me da un folio en blanco y me pregunta qué veo en el papel y soy capaz de describir con todo detalle el Taj Majal o el árbol genealógico de Jesucristo, a pelo y sin consumir sustancias estimulantes. Más tarde la tele se reveló como un electrodoméstico insuficiente para saciar mi hambre de palabras y de imágenes y me dediqué a viajar al fondo de los bares, donde tampoco estaba lo que busco.

He visto cuadros donde se representa la vida, y su manual de instrucciones, la Fortuna, con tres ruedas. Al parecer todos estamos pegados a la rueda del Presente, como las moscas aquéllas que acudieron al panal de rica miel. La rueda gira arbitrariamente y a veces estás arriba, otras abajo, y en casi todas las ocasiones te mueves por los lugares intermedios, ya saben, ni arriba ni abajo. Yo, con todos mis respetos a la diosa Fortuna, tengo querencia por el subsuelo. Quizás me pesa mucho la cabeza y siempre estoy a punto de incrustarme en la tierra, como la cebolla de la que habla constantemente mi amigo Plácido. Debe ser por eso que me flipan las raíces, las cañerías y las conducciones eléctricas que entierran los obreros en esas zanjas urbanas que huelen a muerto.

4

Antes de ponerme a escribir estaban pensando, mientras me reventaba un grano frente al espejo, que las ideas, los sentimientos y los pensamientos tienen un funcionamiento similar al de los pedos: los tuyos te parecen maravillosos y los de los demás apestan. No tengo forma de saber si en el resto de la humanidad la cosa es así, pero como en mi caso esto es rigurosamente cierto, supongo que en los otros el asunto funcionará de la misma manera. Las ideas que segregan mi cabeza y las emociones que laten en mi corazón son geniales. Yo estaría encantado de compartirlas con el resto de la especie, pero desde hace algún tiempo no me ha quedado más remedio que optar por el silencio y dedicarme a escribir. Leer para escribir, escribir para vivir, vivir para buscar a Dios. Hasta ahí llega el hilo de mi razonamiento.

En mí casi todo es ambivalente, lo que me lleva a pensar que la vida en sí misma es una experiencia contradictoria. Por un lado me considero genial en cuanto hilvano dos o tres palabras en un pensamiento, y al mismo tiempo creo que mi cerebro sólo es capaz de generar plagios más o menos disfrazados. Esto de la ambivalencia me ha tenido desconcertado bastantes años, hasta que he asumido que puedo ser simultáneamente la madre Teresa de Calcuta y el mayor hijo de la grandísima desde la invención del sacacorchos.

A mí, cuando se trata de perder el tiempo, más que los sudokus me gustan los debates que no conducen a ningún lado, ya saben, el huevo y la gallina o cuál es, en pulgadas, la longitud real del rabo del diablo. En esta línea últimamente me ha dado por plantearme si mi coco segrega las ideas de la misma manera que los caracoles segregan su baba o más que destilar subproductos espirituales se dedica a atrapar con su lengua de camaleón los pensamientos que flotan por ahí como nenúfares en la corriente. Yo atraparía los pensamientos y ellos se colarían en mi cabeza por alguno de sus orificios. Una vez dentro activarían los resortes que disparan el funcionamiento automático de mi cerebro, con lo que la cosa quedaría más o menos igualada.

Me acuerdo que una vez me dio por pensar que en el crecimiento de cada individuo se reproduce en pequeño el desarrollo de la humanidad en su conjunto, suponiendo que tal cosa exista, pues a veces da la sensación de que más que desarrollarnos estamos dando vueltas todo el rato alrededor del mismo punto como una ardilla en su rueda. Los primeros meses de vida se corresponden con la prehistoria. Al año o así estás en la edad de los metales y de esta manera llegas hasta la posmodernidad o lo que sea que estamos viviendo ahora. No me digan que no mola. Yo, al día de hoy, debo andar por el pleistoceno. A mí me gusta sentir que si mi vida es una microhistoria con su microtiempo, mi cuerpo es un microcosmos con soles, lunas, los cuatro elementos y el cinturón de Orión en forma de lunares de la espalda. Esto también mola.

Las ideas entran en mí y se instala en el cerebro, que parece el lugar natural para las ideas, por más que haya gente que piense con el hígado, o con el escroto. Luego bajan al corazón y hacen allí su nido. En esto también soy raro, no distinto, sino raro, pues yo más que con el coco, pienso con el pecho y a veces, con el estómago.

Las ideas están bien, pero a mí me gusta ponerlas en práctica, para ver si funcionan. En definitiva la vida no es una cuestión teórica, así que cuando se me ocurrió eso de que mi existencia individual reproducía la historia del universo, metí unas cuantas cosas en un macuto y me fui a vivir a una cueva en La Pedriza. La verdad es que me gustó la sensación de convertirme en un cavernícola contemporáneo y vivir como un hombre primitivo. Iba todo el día en tanga y comía lo que me ofrecía la Naturaleza. Esto no fue una buena idea, porque mi tracto digestivo empezó a funcionar por libre. Si intentan alguna vez eso de regresar a los orígenes les recomiendo que se lleven una buena provisión de latas de espárragos. Los detalles prácticos son cosas que nunca se cuenta en los libros de pastores ni en los de los filósofos que vuelven a la floresta en plan Robin Hood, pero la verdad es que es un verdadero shock para el estómago pasar del Burguer King a las bayas silvestres sin periodo de adaptación ni nada. También conviene llevar dinero y camisetas limpias, por si acaso.

Estuve como una semana entre lo verde y me volví a la ciudad. Al fin y al cabo, por mucho que se alabe las aldeas y la dorada medianía del pasar desapercibido, a mí me gustan las farolas y el mogollón que se organiza por las tardes en el metro. En mi aventura silvestre no llegué a roturar los campos ni a domesticar el ganado, que formaba parte del plan, fundamentalmente porque las tierras suelen tener dueño y el ganado está ya suficientemente domesticado. Lo que sí hacía era prender fuego a unas briznas de hierba frotando dos palos. Me costó tres días de frustración y de duros esfuerzos, pero al final lo conseguí. A mí a cabezota me ganan muy pocos. Luego me sentaba en cuclillas frente al fuego y pensaba que era un águila sobrevolando majestuosa la cuenca alta del Manzanares, o un lobo estepario que recorría en soledad la llanura nevada, como en *Un hombre llamado Caballo*. Lo que sobra en el campo es tiempo, e imaginar cosas es una buena forma de pasarlo. Luego, cuando el fuego se extinguía, mezclaba las cenizas con agua y pintaba en las paredes ideogramas de mí mismo y escenas de caza. Lo bueno de algunas tendencias artísticas más o menos recientes es que permiten a un negado para las artes plásticas como yo pintar cualquier cosa y luego justificarlo con la coartada de la espontaneidad y del regreso a la inocencia de los hombres primitivos. La culpa la tiene Gauguin, que se fue a Tahití para pintar como un salvaje antropófago. Ésa era su justificación pero yo sospecho que se fue tan lejos porque allí podía follarse impunemente a las niñas y en París lo hubieran detenido por estuprador de menores.

En uno de mis soliloquios frente al fuego, que hay que ver qué sugerentes son las llamas para una imaginación viva como la mía, me inventé una divinidad, una especie de numen del granito que carecía de forma concreta. Cuando me harté de hacer el capullo volví a Madrid. Lo bueno de hacer tonterías a su debido tiempo es que ya no tienes que volver a hacerlas cuando llegas a los ochenta años y estés empezando a regresar blandamente a la inocencia de los purés y los pañales.

5

Esta mañana, mientras buscaba calcetines limpios, he encontrado el diario que empecé a escribir por sugerencia de una psicóloga. Si he de serles sincero les diré que a mí eso de la psicología me ha parecido siempre un género literario con pretensiones transcendentales, una especie de ciencia ficción del cerebro, así que nunca le he prestado demasiada atención. Los he visitado alguna vez, a los psicólogos me refiero, en los episodios de desesperación, pero cuando he sentido la verdadera necesidad de explorarme por dentro lo he hecho de forma intuitiva. Como mi mirada tiende a deformarse en plan ojo de pez o de liebre de Durero, tuve que aprender a reflejarme en el espejo de la Naturaleza, como Narciso, a contemplarme en los cuadros de los pintores locos, a reconocermme en las páginas de esos pocos libros que irradian sobre la faz de quien los lee la luz del conocimiento. Escrutándome en este tipo de espejos he averiguado, por ejemplo, que una de mis habilidades más sobresalientes consiste en cambiarle el nombre a las cosas. Que yo recuerde, he desarrollado esta capacidad desde niño y la he aplicado a diestro y siniestro como la prestidigitación de un mago demente que se afana para que la realidad se amolde a sus deseos.

Uno de los primeros nombres que recuerdo haber cambiado es el de mis escapadas. Ya les he confesado que soy experto en fugas y que me he pasado la vida huyendo de mí mismo, pero he llamado al miedo exploración geográfica. Es lo bueno del lenguaje, que funciona como un sortilegio capaz de transformar la mierda en oro. Misterios de la alquimia. Con este recurso en la manga puedo ser un manipulador de tres pares de narices y llamarme Generoso, me puede subir desde la planta de los pies la ira de los profetas bíblicos cuando me pisan en el autobús y llamarme Pacífico. Esto de añadirle capas lingüísticas a una realidad ya de por sí misteriosa parece ser un deporte muy popular. La mayoría de los humanos se empeña en disfrazar el muñeco para que parezca otro. Sólo unos pocos trabajan para desnudarlo. En fin. Como decía no sé quien, en esta vida vemos en enigma, como en un espejo, y en la otra nos veremos cara a cara. Si esto es así, nos vamos a llevar un susto de muerte, pero da igual. Al fin y al cabo ya estaremos todos muertos, muertos y calvos, calvos y con caries. Calvos y desnudos.

Lo de la huida lo sabía desde pequeño, pero lo tenía guardado debajo de la alfombra, que es donde pongo yo las cosas que no me interesan, también las que me hacen daño. La psicóloga esa del diario y me dijo que levantara todas las alfombras. Fui obediente, y mientras yo levantaba las alfombras ella me iba levantando billetes de la cuenta corriente. De aquella mujer aprendí que los psicólogos funcionan por reduccionismo, como si tu coco fuera una salsa demasiado clara o una mayonesa cortada. Ella defendía que cualquier acto, rascarte la nariz, por ejemplo, es una manifestación de agorafobia, de envidia de pene, o de algún complejo con nombre de héroe clásico. Eso es al menos lo que me dijo aquella mujer que, dicho sea de paso, estaba como un queso. Su terapia era muy simple. Consistía en buscar una frase breve que resumiera mi comportamiento. Ella lo sabía y lo utilizaba. Lo de estar como un queso, me refiero. Usaba sus armas de mujer en las terapias y yo me dejaba hacer. Tampoco le iba a quitar la ilusión. Yo no le quitaba la ilusión y ella sí que me quitaba los euros. La cosa no

estaba igualada. Creo que se llamaba Sofía, como la reina ésa que vino de Grecia, y tenía la consulta a reventar de tíos con problemas, aunque seguramente el mayor problema de aquellos tíos es que no follaban lo suficiente.

Durante las dos sesiones que duró la terapia me hice muchas preguntas, más de las habituales, me refiero, porque la verdad es que desde pequeño me he pasado la vida interrogándome. Me pregunto tanto que hasta juego al poli malo y al poli bueno conmigo mismo. Como soy enfermizamente minucioso, llegué a plantearme si también huyo cuando bajo a comprar el pan o a recoger los zapatos después de que leshayan puesto medias suelas. No lo tenía claro entonces y tampoco ahora. El segundo día se lo pregunté a Sofía, pero no hubo respuesta. Al menos una respuesta concreta y convincente. Sofía habló y habló mientras sus manos jugaban con un lápiz. Recuerdo que citó a James y a Maslow, a Jung y a Adler. Entonces supe que para los psicólogos es un clásico eso de irse por las ramas cuando no saben la respuesta, y nunca la saben, así que su arte es un arte arborícola, un arte vegetal en definitiva.

Si yo le digo a un psicólogo que me inquieta atravesar los puentes demasiado largos, o que siempre subo andando al séptimo cielo porque los ascensores me dan yuyu, inmediatamente se relame y se pone a rastrear con verdadero afán las cicatrices que han dejado en mí las heridas emocionales, ésas que te produce el contacto con el mundo en cuanto sales por el túnel estrecho y húmedo de tu mamá. También te pide una relación exacta de los golpes que te has dado con el tacataca y de los accidentes de triciclo, y en vez de llamarlos golpes los llama traumas. Al parecer los golpes son golpes, mientras que los traumas yacen sepultados bajo incontables colchones de olvido, como el guisante del cuento, ése que le hacía un morado en el culo a la princesa a través de varios metros de goma espuma.

A los psicólogos les encanta que nada sea lo que parece, porque en realidad lo que te venden no es una solución a tus problemas sino su propia inteligencia. Los psicólogos son tan listos que perciben lo que está oculto para la mayoría. Eso es lo que aprenden en la Facultad durante cinco años. Usted es especial porque tiene rayos X en los ojos, dice la letra pequeña del título que cuelgan en la consulta. En esto funcionan como los sacerdotes y los abogados, dos castas que se afanan en convencerte de que disponen de la información privilegiada que necesitas para navegar con garantías por la vida. La *Biblia* que usted lee no es la misma que yo leo, te dice el páter, y en según qué épocas te atan a un palo y te rostizan en la hoguera que encienden a tus pies simplemente por ser de otra secta o por tener tu propio punto de vista, ya ven qué tontería. En cuanto a la Ley, usted es incapaz de interpretarla, te dice el leguleyo. La siguiente pregunta que te hace el letrado es ¿cuánto está dispuesto a pagar por la información correcta? Ya se sabe que la base del capitalismo consiste en crear el agujero y venderte el tapón, ya sea en forma de microondas o de las claves de tu comportamiento. El capitalismo de los centros comerciales es bastante molesto, pero comerciar con el espíritu es intolerable. Simónía creo que se llama a eso.

A mí personalmente como gurús me van más los sacerdotes que los psicólogos. Me gusta sobre todo los que se arrojan el privilegio de interpretar con recitud los textos sagrados. De los abogados, mejor no hablar, así que no me tiren

de la lengua. No es que los psicólogos no tengan textos sagrados, pero no vas a comparar *La interpretación de los sueños* con el *Éxodo*.

Creo que si alguna vez vuelvo a vivir en una cueva no lo llamaré huida. Diré más bien que busco acompasar mi vida a los ciclos de la Naturaleza, ya saben, la siembra y la cosecha, después de la primavera viene el verano, luego el otoño. Pero la estación que realmente mola es el invierno, que lo iguala todo. Al fin y al cabo el nombre es la cosa y el lenguaje, junto con la ginebra, es el arma más poderosa que han inventado los seres humanos. Prueben si no a decirle a un niño todo el rato que es idiota, y que nunca llegará a nada. Seguramente harán de él un genio.

6

Desde pequeño me ha gustado inventarme personas, amigos imaginarios y todo eso. No sé con exactitud por qué lo he hecho, pero ya me he acostumbrado a que no hay un porqué para todo. Muchas cosas simplemente brotan de la oscuridad, como en los cuadros barrocos, y ahí termina la cosa. El caso es que esto de inventarme gente me mantuvo entretenido de niño y me entrenó de paso para afrontar de mayor los momentos de crisis, como el que estoy viviendo ahora, semienterrado en este semisótano como una semizanahoria.

Recuerdo que el primer amigo que me inventé fue el dedo índice de mi mano izquierda. Debía ser yo muy pequeño, porque todavía vivía en Carabanchel. Mi dedo se llamaba Lucas, y cuando quería hablar conmigo se movía arriba y abajo, como una lombriz ensartada en el anzuelo. Su voz era grave y un tanto cavernosa, porque en realidad Lucas vivía en mi garganta, enredado entre las cuerdas vocales, y utilizaba mi paladar como caja de resonancia, seguramente para disimular que tenía la voz de pito. Lucas me enseñó la forma de afrontar algunas situaciones difíciles, especialmente en mi relación con los adultos, que por aquel entonces eran para mí una cohorte de seres venidos de otro planeta. Luego resultó que el que venía de un universo paralelo era yo, pero ésa es otra historia.

A Lucas le tenía mucho cariño porque era sabio y siempre acertaba en sus juicios. Él me enseñó a hablar lo imprescindible y a observar en silencio, que es la mejor forma de desentrañar el misterio. También a permanecer impassible en la adversidad y a dejar correr el tiempo. Gran invento esto del tiempo, que va colocando a cada cual en su sitio. Desde luego no muchos niños pueden alardear de haber tenido como consejero un dedo estoico que había leído a Marco Aurelio. Recuerdo que nos reíamos mucho de las cosas tan extrañas que hace la gente cuando cree que nadie la está mirando, y de los hilos sutiles con que está tejida la realidad. La ventana de mi cuarto daba al patio de luces y yo me pasaba las tardes acodado en el alféizar. Aquello era mejor que ver la tele. Había un señor calvo y esférico que ensayaba frente al espejo la bronca que le iba a echar al jefe en cuanto le tocara la lotería, y una pareja que hacía el amor disfrazada de personajes de dibujos animados. Él era Piolín y ella el Demonio de Tasmania. Una señora, la del tercero, arrojaba al suelo un montón de monedas de diez céntimos y luego las recogía una a una sin doblar las rodillas. Mi preferida era una muchacha de unos veinte años que se sentaba en una silla de anea, metía los pies en un barreño, se remangaba la falda y vertía leche sobre sus muslos con un jarro de peltre. Aquello me ponía muy caliente.

Lucas me enseñó muchas cosas. Las fundamentales todavía las recuerdo. De él aprendí que la vida es una broma que me gasta Dios, una broma que yo me empeño en tomarme demasiado en serio. Cuando cumplí los doce años Lucas se fue. Supongo que se instalaría en la garganta de otro niño de piel delicada y ojos demasiado abiertos.

Después de Lucas he tenido otros amigos imaginarios, pero ya no ha sido lo mismo. Al principio pensaba que la gente brotaba de mi cabeza cuando a mí me convenía, pero qué va. La gente, incluso la inventada, tiene sus propios

planes, un programa de apariciones que respetan rigurosamente y una vida privada.

Mi última invención, Olga, no es distinta de las demás. Olga es una muchacha dulce con unas circunstancias un tanto complicadas. Por lo que me contó un día en el que estaba especialmente abierta a las confidencias, su padre se pasaba el tiempo bebiendo y gritando, y su madre hizo todo lo posible para abortarla mientras crecía en su vientre.

–Me fui de casa a los dieciocho años huyendo de mi padre, y a los diecinueve estaba casada con un hombre que hacía exactamente lo mismo que él: beber y gritar.

Olga me da la espalda y mira por la ventana. Está amaneciendo y la niebla asciende desde el valle como si fuera la manifestación meteorológica de aquella frase desesperada: *De profundis clamo ad te*. Yo estoy sentado frente al fuego y la acaricio con mi mirada táctil.

–He intentado abandonarlo varias veces, pero siempre regreso con él. Supongo que es mi forma de redimirme por no haber sabido cómo salvar a mi padre. Siempre pienso que si no dejó de beber es porque yo no fui lo suficientemente buena.

Olga quizás no lo sabe, pero es adicta al sufrimiento, y al caos, donde se mueve como pez en el agua. Cuando era niña su padre la insultaba porque era gorda, porque era delgada, porque se ponía falda o porque llevaba pantalones, porque salía o porque se quedaba en casa. Luego se emborrachaba y se paseaba en calzoncillos por la casa imitando los movimientos de Elvis, cuyas películas ponía una y otra vez en el vídeo. Su marido, cuando la golpea, la llama puta, y le dice que si va al gimnasio es para abrirse mejor de piernas con otros hombres. La golpea y le examina los muslos para ver si chorrea por ellos el semen de sus amantes. Con la primera bofetada Olga regresa instantáneamente a las sensaciones de la infancia. Olga siente que cuando la insultan y la golpean, al menos le están prestando atención. Con cada guantazo se cree algo menos transparente, y cada injuria le hace pensar que al fin ocupa espacio. El espacio traslucido de una medusa.

Cuando Olga viene a casa charlamos. Yo le cuento que si quiere ser feliz ha de transformarse primero, y que para eso tiene que morirse por dentro.

–Te mueres y renaces de tus cenizas. Eso es lo que dicen las guías espirituales y los santos que las han pasado putas.

Yo le hablo, pero ella me mira como si no supiera qué le estoy contando, como si ya estuviera en otro sitio. Ella me mira y sus ojos son dos agujeros negros que absorben la luz en vez de proyectarla. Permanece un rato ensimismada y cuando regresa al presente me cuenta que algún día las cosas serán distintas, que todo cambiará por pura inercia, simplemente porque sí, sin hacer nada. Yo la escucho en silencio y le acaricio el cuello y los hombros. Tiene un cuello muy bonito y unos hombros sugerentes. A veces recuesta su cabeza en mi pecho y hacemos el amor. En otras ocasiones sencillamente permanecemos en silencio hasta que una misteriosa urgencia le impulsa a desvanecerse. Cuando esto ocurre no hay nada que hacer. Por más que la convoco, por muchos esfuerzos que hago para visualizarla caminando descalza por la hierba, ella no vuelve.

Hace tres semanas que no la veo. Puede que su marido la haya golpeado demasiado o que haya encontrado otro pecho más cálido donde recostar su cabeza. A veces, cuando salgo al porche para contemplar el atardecer, escucho una vibración en el aire, que es la música silenciosa del mundo, y creo que ella va a materializarse entre el maíz y va a venir a mí de nuevo, pero se pone el sol y no ocurre nada.

La relación más estable que he mantenido con un amigo imaginario fue con H. Quedábamos los jueves para comer, siempre a la misma hora en el mismo sitio, y charlábamos. Soy muy disciplinado, incluso en mi relación con los seres inventados. H. me enseñó que la libertad, lo mismo que el amor, es un fantasma.

–La única realidad es Dios, –dice H. mientras enrolla los espaguetis en el tenedor y los engulle la precisión militar.

7

Mientras les hablaba en el capítulo anterior de mi afición a inventarme a la gente he tomado conciencia de lo bien que funciona mi mecanismo de idealizar. No necesito más que entre en él un grano de arena, y en menos de lo que se tarda en decir “Jesusito de mi vida tú eres niño como yo”, lo he transformado en un zafiro, y si estoy muy inspirado, en una perla negra en forma de lágrima, de ésas que se pescan en el estrecho de Ormuz. Esto de idealizar es una forma de negar la realidad, y de mentir compulsivamente, ya lo sé, pero qué quieren. Desde pequeño lo que he visto me ha parecido demasiado aburrido, seguramente porque no sabía mirar, así que le he puesto de mi cosecha un suplemento de diversión, un poco de salsa barbacoa mezclada con tabasco que le dé algo de pasión a la vida.

Cuando se lo conté a la psicóloga me dijo, cómo no, que era otra forma de huida. Para ella cualquier comportamiento se explica porque estás deseando todo el rato salir de najas. Yo, por mi parte, llegué a la conclusión de que una mujer que ve portillos de escape por todos lados es porque se siente encarcelada. Ya sé que me defino a mí mismo como experto en fugas, pero una cosa es que lo diga yo y otra muy distinta que te lo recriminen los demás. Hasta ahí podíamos llegar. Además, en la relación con los comecocos es difícil determinar con claridad quién es el paciente y quién el terapeuta. Supongo que este tipo de análisis simplificadores son inevitables después de Freud, para quien el mundo estaba construido a base de formas fálicas que no eran más que el eco de su propia polla. Todo es una polla o una vagina. Un genio el Freud ése.

Lo de idealizar es un juego bastante inocente, tan inocente como creer que tus padres van a dejar de discutir si te portas bien y te comes las acelgas y el pescado, o que el jefe cobra más por la responsabilidad que conlleva pensar todo el rato en cómo mejorar tus condiciones de laburo. Idealizar es inocente, y también doloroso, más que nada porque antes o después la realidad se impone a todo lo que haya podido construir tu coco. Te piras a un mundo de misterio y fantasía y cuando regresas resulta que te han cortado la luz por falta de pago. Si te has elevado mucho en el globo aerostático y no has tomado precauciones para el aterrizaje, el choque puede ser brutal. Es un riesgo que asumo. Al fin y al cabo una vida sin riesgo es un rollazo. Por otro lado, si vas sobreviviendo a los sucesivos aterrizajes, renaces de cada hostión un poco más abollado, pero también un poco más fuerte y muchísimo más guapo.

La idealización es, sin duda, una variante de la ceguera, que consiste en mirar y no ver lo que tienes delante de las narices, quizás porque está tan cerca que es difícil enfocar las pupilas. Hoy por hoy me parece incuestionable que hasta la fecha mi vida ha sido un constante mirar y no ver, ya saben, escamas en los ojos y todo eso. Seguramente cuando miraba aspiraba intuitivamente a contemplar la verdad, que es lo único que me la pone dura, pero lo cierto es que mis ojos resbalaban por la cáscara de las cosas. Digo lo de la cáscara porque la vida, y su amiga la realidad, deben tener forma de huevo. De huevo filosófico, por supuesto.

Si esto fuera una colección de relatos breves de esos que se leen en el

tiempo que se tarda en recorrer un par de estaciones de metro, o un álbum de fotos literarias para lectores apresurados, les hablaría de mis visitas al zoológico el primer día del año. Les contaría, para meternos en harina, cuánto me gusta pasear por la ciudad las mañanas de los días de fiesta, mientras los demás intentan sobrevivir a la resaca navegando entre las sábanas o sorteando los restos del naufragio que quedan diseminados por la acera. Especialmente me gusta levantarme temprano el día de Año Nuevo y acercarme al Zoológico de la Casa de Campo. Me gusta la luz de enero y el cielo azul, duro y contundente del día uno. Me gusta este mes porque en él no hay trampa ni simulaciones. Todo es verdadero. La tierra amanece cubierta de una fina capa de escarcha bajo la que se siente palpar la vida, y en las ramas desnudas de los árboles todo es nítido y claro, todo es auténtico.

Recuerdo que el último enero, en la sección de felinos grandes, había una niña de unos seis años que señalaba la jaula y decía “¡Gatitos!” El padre, a su lado, instruía al vástago para que tuviera alguna posibilidad de sobrevivir en un mundo en el que las apariencias te apuñalan por la espalda en cuanto les pierdes la cara. “No, hija, son tigres!”. La niña corría hasta la zona de aves carroñeras y señalaba con su dedo minúsculo muy tieso y tembloroso. “¡Pajaritos!”. “No, hija, son buitres”, volvía a corregirla el progenitor con la cabeza todavía llena del corchopán que deja como residuo la alegría embotellada del nuevo año. Yo, personalmente, apoyaba en silencio a la niña, pues soy de los que veo pájaros donde hay buitres, y para mí la aleta de los tiburones siempre es indicio de la presencia de los delfines, que como siempre se están riendo parecen más amables, pero que en cuanto te descuidas te meten mar adentro y esperan a que te ahogues sólo por divertirse, debe ser por eso por lo que se ríen porque luego ni te comen ni nada. Es terrible averiguar que vivimos en un mundo en el que no te puedes fiar ni de Flipper.

En cuanto a esto de mirar, me gusta el atardecer en este semisótano porque la luz penetra por la persiana en finas hebras y uno tiene la sensación de que, en cualquier momento puede tropezar con un rayo de luz si se levanta a comerse un sobado o a echar una meada.

Me gusta el atardecer porque es un momento propicio a las confidencias. Me gusta el atardecer porque me siento frente a la ventana y viajo. Es la ventaja de una mente como la mía: puedo trasladarme a cualquier lugar, puedo ser cualquier persona, puedo vivir cualquier circunstancia sin despegar el trasero del asiento. El martes pasado, sin ir más lejos, estuve en Italia. Me gustó el país y me quedé unos cuantos meses bajo el aspecto de un muchacho norteamericano de dieciséis años que acompaña a su madre, recién divorciada. Italia está bien, es muy monumental, hay ruinas por todos lados que hablan de un pasado glorioso y un balcón desde el que Mussolini arengaba a las masas y se parodiaba a sí mismo. En Italia se respira el arte, como dicen las guías turísticas, pero ese tipo de respiración importa poco a mi madre. Ella es más práctica y se dedica a superar su divorcio acostándose con cualquier cosa que lleve pantalones. A mí lo que haga mi madre con su vulva me da igual, o al menos finjo indiferencia, pero no consigo adaptarme a la luz restallante del Sur, una luz demasiado sensual para mis cromosomas puritanos que viajaron al Nuevo Mundo en el Mayflower.

Al mediodía los pinos italianos huelen como si a su sombra sestearan los faunos indolentemente abrazados a las ninfas, y en cuanto al aceite de oliva, mejor no hablar. Me gusta dibujar. No se me da mal, así que me he apuntado a las clases del profesor Chianti, considerado una eminencia en esto del carboncillo, al menos en la región de Siena. Por las tardes, a la salida de clase de arte, después de haber perfilado un Marte rampante o una Atenea de escayola, camino hasta la ribera del río. Allí me siento en una piedra y espero la llegada del ocaso. Cuando las sombras se alargan empiezan a cantar las ranas. Hay algo misterioso y atractivo en el canto de estos batracios. Yo, siempre que los visualizo me los imagino encima de un guijarro hinchando y deshinchando su papada de obispo mientras en el cielo van apareciendo una a una las estrellas.

8

Si hubiera una máquina que consiguiera radiografiar el espíritu encontrarían en el mío que soy bastante duro de mollera. También averiguarían lo mucho que me cuesta adaptarme a las circunstancias. Ya sé que esto desmiente la teoría de la supervivencia de Darwin, pero por la razón que sea me niego con ardor a vivir lo que me toca con el pueril argumento de que no lo he elegido. Ya sé que suena infantil, pero en vez de adaptarme, huyo, sin darme cuenta de que la vida es idéntica en todos sitios. Desde pequeño siempre he querido estar en otro sitio, ser otra persona, vivir otra vida. Ante cualquier contratiempo meto la cabeza en un hueco y alimento la idea de que mi cerebro es mágico, lo que significa que las cosas van a ocurrir simplemente porque yo las pienso. Ya ven qué tontería. Aunque los resultados son dudosos, yo me entreno con ahínco. ¿Qué alguien me mira mal? Pues me concentro para que resbale y se rompa la crisma en las escaleras del metro. En la radiografía también saldría que siempre me parece que el mundo me debe algo, y que me merezco más de lo que tengo. Así me va, que en cuanto sopla una brisa adversa me agarro tal pulmonía que me tengo que improvisar un cenobio y retirarme durante un tiempo. Y es que en esas circunstancias me pongo hecho unos zorros y no sirvo para nada. Decía un pintor loco que la vida consiste en aprender a sufrir en silencio. Yo, ya puestos, mientras sufro aprovecho el tiempo para buscar la luz que surge de las tinieblas, aunque en mi caso la luz que me ilumina suele brotar de las páginas de un libro o del rostro de un predicador inspirado, ya saben, uno por cuyas venas circula una sangre especialmente alumbrada. Decía otro, un crápula al que hicieron santo, que sufrir no mola, pero que está bien haber sufrido. No sé exactamente qué quería decir con esto, pero no deja de ser una frase ingeniosa, o una forma de ver el asunto.

Hay muchos tipos de personas, y últimamente me ha dado por pensar que todos están en mí, lo que me convierte en una especie de parque temático, o en una manifestación de ganaderos cabreados porque la leche no sube de precio. Esto también saldría en la radiografía. Como detesto el desorden, más que nada porque luego no hay quien encuentre nada, me he propuesto organizar a toda esa gente que vive en mi interior. El criterio de amontonamiento podría haber sido el tamaño, que es el que se usa con la fruta, o el color, que es el que utilizo con las camisas, pero he decidido jerarquizarlos asignándole a cada uno un escalón en la escala del ser. Toma ya. Tan brillante idea se me ocurrió porque la escala esa clasifica de maravilla a la Naturaleza. Y ¿qué soy yo sino Naturaleza?, me dije. Un tanto delirante, pero Naturaleza al fin y al cabo.

Hasta donde sé, la escala se inicia en la pirita y acaba en los coros celestiales, o en el mismo Dios, ahora no lo recuerdo con claridad. En el caso de los humanos los escalones abarcan desde el ángel hasta la bestia. Entre ambos extremos hay toda una gama de posibilidades que fluctúan en mi espíritu como si fueran niveles de colesterol o miligramos de azúcar en la sangre. Hay momentos en los que siento en el rostro la dulce caricia de las alas de los serafines y otros en que lo que más me apetece es zamparme una bolsa de gusanitos, engullir una coca-cola e irme de putas. Un impulso irresistible me obliga a arrastrar el vientre por el polvo de la tierra como si sobre mí hubiera caído la maldición de la ser-

piente y a dejarme acariciar por la luz que penetra por el ventanal de una caphilla. A lo mejor no es que viva mucha gente en mi interior. A lo mejor mi cerebro y mi corazón están divididos en compartimientos estancos, y cada uno pertenece a una persona distinta. No sé, no lo tengo claro.

El grado de animalidad, también el de espiritualidad, debería ser detectable en los análisis de fluidos orgánicos, como el ácido úrico o los triglicéridos. Si te hicieras periódicamente una analítica, cada tres meses, pongamos por caso, sabrías si evolucionas hacia el querubín o si involucionas hacia el cerdo. Para todos está claro que subir es más chungo que bajar. Además, cuando subes, empujas una piedra que se te resbala y rueda hasta el valle en cuanto te paras a echar un cigarro. Así están las cosas. Todos tenemos una piedra que subir y un círculo del infierno sobre nuestras cabezas. Si no te gusta el tema, haber nacido lirón careto, o anaconda. Sin embargo para involucionar simplemente hay que relajarse, ponerse en manos de la gravedad y hala, a verlas venir. Tu propio peso te desliza hasta la ciénaga.

El ser humano tomado de uno en uno ya es suficientemente desconcertante. Al menos yo, como les decía, tengo el cerebro y el corazón de varias personas, lo que hace que mis reacciones sean altamente imprevisibles. Pero cuando nos juntamos con la coartada de que somos animales sociales (a mí me parece que nos agavillamos más que nada porque estamos muertos de miedo) somos como palomas en un campo de trigo. Esto me lo enseñó un escritor ruso, así que atentos. Imaginen un campo de trigo y cien palomas que se posan en él. ¿Ya lo tienen? Pues bien, lo más probable es que noventa y nueve de ellas, en vez de picotear el trigo y disfrutar del buen día que hace, lo acumulen y se lo ofrezcan a una paloma infecta, la que está más despeluchada y huele a alcantarilla. Piensen en lo que ocurriría si llegara una paloma de otro palomar y nos pidiera por caridad algo de grano. Seguramente la detendríamos, la juzgaríamos sumariamente y la ejecutaríamos por terrorista.

Cuando tomé la decisión de vivir bajo tierra un tiempo, ya saben, una temporada en el infierno, pensé en excavar yo mismo el agujero. Incluso había localizado el lugar idóneo bajo un paso elevado de la autopista de circunvalación, pero después de darle al pico durante un par de horas me pareció un proyecto muy bonito, pero muy cansado. Es lo que tiene la estética, que no es instantánea como el café liofilizado. La escultura está en el bloque de piedra, pero para extraerla hay que darle al cincel que es un gusto, y eso agota a cualquiera. En estos casos es cuando más echo de menos el pensamiento mágico. Sería cojuno imaginar que estás cavando un zulo y que éste apareciera sin más, como una proyección de la mente, con sus escalones de mármol y sus pasadizos alicatados hasta el techo. A mí me vendieron eso de que está bien hacer las cosas con tus propias manos, y en las películas se escucha con frecuencia que no hay nada que no pueda solucionar un whisky con soda y un poco de trabajo duro, pero el ejercicio físico no es lo mío. Siempre he preferido la inmovilidad como táctica ante la agresión. La inmovilidad, que empezó siendo un mecanismo de defensa, ha pasado a estructurar toda una forma de vida. Me quedo quieto y pienso que si no muevo ni un pelo acabaré por volverme transparente como un deseo. O al menos a mimetizarme con el fondo marino, como un lenguado. He de aclararles

que esto de la inmovilidad afecta sólo a mi parte física porque, no sé si se lo he dicho ya, pero la cabeza me funciona en automático, y es lo más parecido que conozco a una centrifugadora inscrita en un cráneo.

A mí personalmente me urgía esconderme bajo tierra. No se me escapa que seguramente lo que pasa en realidad es que estoy involucionando hacia el topo o hacia los anélidos. No es difícil deducir que si evolucionara hacia los seres angélicos y me fueran a brotar unas alas en la espalda me habría ido a pasar mi crisis a la cima de una montaña, como Moisés, o como esos pirados que se suben al Teide a esperar la llegada de los extraterrestres.

Me gustaría que mis crisis tuvieran una causa reconocible, como descubrir mi lado femenino con un compañero de la oficina o que mi hija se liara con un miembro de otra etnia, pero no. Además no tengo hijos ni trabajo en una oficina. En vez de eso, de cuando en cuando, la vida huye de mí y siento unas ganas tremendas de embrutecerme. Embrutecerse es fácil, porque es cuesta abajo. En mi caso está tirado. No tengo más que entrar en un bar, acodarme en la barra, pedir un piper mint frappé y ponerme a ver la tele. Antes o después se acerca alguien y puedes hablar del tiempo, de fútbol, de lo mal que va todo por culpa del gobierno. Otro piper mint y ya penetra en las venas la cálida sensación de que el mundo está bien hecho, y que a Dios, después de seis días de curro, le quedó bordado. A la tercera copa ya has decidido que tu vida va a ser del trabajo al bar, del bar a casa, de casa al trabajo, los sábados un polvo a la parienta y en verano un apartamento en el Mar Menor. Embrutecerse está tirado.

9

Esta noche he soñado que alguien se metía entre mis sábanas y luchaba conmigo. No era un combate amoroso, como el del arcipreste con la serrana, sino una pelea sorda y silenciosa de barrio bajo, una bronca de gañanes que me ha dejado completamente exhausto. Me he levantado hecho polvo y lleno de cardenales, con la sensación de haber descargado yo solo varios contenedores de fruta en Legazpi. Más tarde, reflexionando sobre el tema, he pensado si el luchador imaginario no sería un arriero despistado buscado en la oscuridad el lecho de la criada, o incluso el mismo Dios, que habría venido en persona a enseñarle el camino a un heterodoxo recalcitrante como yo, todo un detalle por su parte, pero me temo que Dios está muy ocupado y no tiene tiempo para perderlo conmigo. Luego he pensado que lo más probable es que el luchador sea yo mismo, que no me aguanto y he decidido darme un poco de estopa. Al fin y al cabo los personajes de los sueños, como lo de las novelas, son proyecciones de uno mismo.

Ya que estaba despierto me he puesto a mirar por la ventana y me he dado cuenta que desde hace algunos días escucho de madrugada, siempre a la misma hora, una melodía que alguien silba. Es lo que tiene lo subliminal, que de repente eres consciente de todo lo que ha percibido tu cerebro y que anda por ahí irradiando su influencia mientras tú estás en otra cosa, en la luna de Valencia o buscando petróleo en los Monegros, sin ir más lejos.

Mi oreja no es el más fino de mis órganos sensoriales, pero para mí que el tipo insomne silba el *Puente sobre aguas turbulentas* o el *Puente sobre el río Kway*, suponiendo que se escriba así, en asuntos de puentes y de ríos siempre me hago un lío. Me pregunto si será el tercer hombre, o un personaje escapado de una película de espías. No sé. El caso es que de madrugada un hombre desciende parsimoniosamente la calle silbando bajo la luz amarilla de las farolas. Lleva las manos en los bolsillos y aunque se esfuerza por caminar en línea recta, su trayectoria es sinuosa e inestable, como un tumbao de piano. Cuando llega a la esquina se desabrocha la bragueta y se alivia en el alcorque de un olmo. Su agüita amarilla empapa la tierra y desciende hasta el acuífero más cercano. El esfuerzo por expeler lo más íntimo de su ser le hace silbar con más fuerza. Luego abrocha los botones sin dejar de silbar, cruza el seto y se pierde por el arenero donde juegan los niños de la guardería.

El tipo que silba hace todas las noches lo mismo, como si cumpliera un ritual cuyo sentido sólo él conoce. El hecho de que aparezca siempre a la misma hora puede deberse a su condición de fantasma, que son unos seres extremadamente puntuales, como viajeros temerosos de perder el tren, o al hecho de que tiene un lío con una mujer casada. Los fantasmas son disciplinados y exactos con esto del tiempo, pero los adúlteros no lo son menos. Sea como fuere, el tipo silba, mea, y yo lo miro perderse en la noche. No puedo darles más detalles.

Algunos seres humanos tienen una naturaleza armónica y otros son un puto fragmento. Yo soy de estos últimos, aunque desde que la psicóloga me habló de la personalidad desestructurada he probado distintos recursos para unificarme. Es obvio que al día de hoy ninguno ha producido los efectos deseados.

Esto me desalienta un tanto y para combatir el desánimo me asomo a la ventana. Así acodado en el alféizar cualquier observador externo diría que miro a los otros, pero la verdad es que los ojos se enfocan hacia dentro, como si absorbieran todo lo que me rodea. Sé que es una mirada interior porque algunas veces, al atardecer, la corteza de los árboles se reblandece hasta parecer una delicada envoltura alrededor del aire luminoso. A mis ojos los troncos se vuelven aéreos y por las raíces sube palpitante el latido de la tierra. Algunas tardes parece que la luz vacía el interior de los troncos para que por ellos circule, como por una inmensa arteria, la fuerza poderosa de la vida. Todo esto lo veo sin fumar nada raro, así que ya me contarán.

Siempre he creído que la verdad, de estar en algún sitio, es en las transiciones y en esos azulejos que quedan al descubierto cuando derriban un inmueble. Es incuestionable el hechizo que ejercen en mí las ruinas y la mutabilidad de las sustancias. Daría media criadilla por esculpir el fuego en el mármol frío o por saber hacer pinturas escultóricas como Miguel Ángel. Mientras tanto me conformo con ver cómo la tarde se deslíe en sombras, cómo la noche anuncia el alba con un parpadeo azulado, y es que es en las luces dudosas donde las cosas adquieren su verdadera presencia, como si brotara de ellas un fulgor invisible. La mirada se vuelve hacia dentro como el ojo de un caracol, atraviesa la piel de los árboles y extrae con delicadeza su esencia, como si los ojos absorbieran con deleite el cerebro de un carabinero.

Hoy voy a hablarles de mi cabeza. Vista a contraluz, su forma es esférica, un poco como la de Charlie Brown, si recuerdan a aquel niño inocente y perplejo, y en caso de necesidad puede servir, como la de Charlie, para explicarle a un estudiante poco aplicado dónde se encuentran las antípodas o la cuestión ésa de los husos horarios. El pelo me crece en los lugares habituales, pero yo intento mantener la piel libre de cabellos, más que nada porque siempre he querido parecerme a un apóstol de los que salen en los grabados de Durero, más concretamente a Saulo. Ya se sabe que el pelo es lo que nos recuerda nuestro parentesco con los primates de los que, por otro lado, nos separa un único cromosoma. Me afeito la cabeza porque me gusta el contacto directo de la piel con el sol y el aire. Sin pelo todo es más higiénico, y la mierda que vierten sobre ti los poderosos resbala con más facilidad.

Por dentro mi cabeza segrega por sí sola una cantidad extraordinaria de ideas extrañas, así que si la estimulo con sustancias tóxicas la cosa se dispara que es un gusto. Yo soy de los que se toman un café por las mañanas y ya la tiene liada todo el día. El hueso que recubre mi cerebro es esponjoso y está lleno de poros, de modo que la cafeína actúa sobre ellos como un baño turco, abriéndolos más todavía. Yo creo que es por esos agujeros por donde se me cuelan las obsesiones y los sueños que la gente deja tirados en cualquier sitio. La gente es muy guarra y se deshace sin pudor de lo que le sobra, da lo mismo que sea un pañuelo usado, una cáscara de plátano o esa herida tan profunda que te dejó en las emociones una madre castradora empeñada en controlar cada instante de tu existencia, o esa cicatriz que delata el rencor incurable hacia un padre ausente, siempre en el bar con los amigos. Las mondas de naranja y los huesos roídos de las chuletas caen al suelo por su propio peso, pero los desechos emocionales son ingravidos y quedan flotando a la altura de las sienes. Entonces llego yo con mi cabeza porosa y los absorbo. Eso es suficiente para poner en marcha la termomix que tengo instalada en el cráneo. En ese instante ya la tenemos liada.

Al parecer las obsesiones y los sueños viven en el aire, pero son atraídos por el agua. No tengo pruebas que corroboren lo que acabo de escribir, salvo que se considere como argumento válido el hecho de que Moby Dick sea una enorme obsesión blanca con forma de ballena, una obsesión que emerge de cuando en cuando desde las profundidades del subconsciente del capitán Ahab quien, dicho sea de paso, está como una cafetera. Sea como fuere, el caso es que si dejas un vaso en la mesilla de noche por si te entra sed de madrugada y no tienes la precaución de taparlo, se te llena de los malos rollos de toda la gente que duerme en el edificio. Al menos eso es lo que me dijo un pirado que se creía el guardián de un antigua civilización egipcia. No sé. Yo encuentro obsesiones y sueños escritos en el agua, pero otros están trazados con tinta invisible en los muros, en los de Tápies, por ejemplo, o en los de las ciudades del Mediterráneo. Para mí que los dibuja la humedad. La humedad y el tiempo.

Estoy seguro de que cuando duermo en camas ajenas, en un hostel, por ejemplo, o en una casa alquilada, sueño los sueños de los otros, que se quedan dando vueltas alrededor de la bombilla de veinte vatios, o que se impregnan en

la almohada. Así que durmiendo por ahí en lugares públicos o simplemente caminando por la acera me entero de cada cosa que no es para contarla. Por fuera todos damos el pego, pero por dentro,...iuf! Si tuviéramos el pecho de cristal y nos viéramos las entrañas los unos a los otros alucinaríamos. Hay por ahí una cantidad increíble de tarados que toman tu mismo autobús y comen en tu mismo restaurante, que incluso te sonrían y te preguntan por la parienta. La humanidad vista sin protección solar, al desnudo como si dijéramos, da pena. Bajo una apariencia bondadosa puede haber auténtica bondad o el deseo de esconder las más abyectas pulsiones. Según esta teoría a lo mejor cualquier santo, Simón del Desierto pongamos por caso no era sino un hijo de barrabás subido a una columna para dar el pego. Desde lo de Monseñor Escrivá la Secretaría de la Santa Sede para las Causas de los Santos debería analizar los expedientes con más detenimiento.

Cuando tienes una cabeza porosa te enteras de las intimidades de los otros. Ya sé que dicho así parece una forma de cotilleo, cotilleo involuntario, pero cotilleo al fin y al cabo. Yo lo comparo con leer lo que otro ha subrayado, o con manosear las porquerías que alguien guarda como un tesoro en el baúl de los recuerdos: una acuarela amarillenta, el celofán de un paquete de tabaco, un anillo de plata, un llavero del Sporting de Gijón, una flor seca, la foto de una muchacha demasiado delgada, demasiado pánfila que seguramente ahora trabaja en una mercería y ha cogido unos cuantos kilos a base de bombones y de bollos.

Con esto parámetros de funcionamiento comprenderán que muchas veces mi cabeza no sepa distinguir si lo que me obsesiona es propio o ajeno. Sé que no soy mi cuerpo, sé que no soy mi mente, sé que no soy mi espíritu, sé que no soy mis obsesiones. Sé que cuerpo, mente y espíritu son los órganos con los que me relaciono con lo que me rodea. Tras despojarme de mis atributos y someterme a tal cura de adelgazamiento, me he quedado en un suspiro. La siguiente pregunta cae por su propio peso: ¿quién narices soy entonces? Ya sé que es una pregunta para ser formulada en el brocal de un pozo, un pozo que tenga un eco cavernoso, preferentemente el eco de un espíritu maléfico aquejado de tos seca. Un eco de estas características le proporciona un feeling singular a la duda existencial. Ya se sabe que el miedo y el suspense se quedan en nada si le quitas la banda sonora. Lo de plantearte estas cuestiones existenciales, o esenciales, nunca he tenido muy clara la diferencia, en un pozo es muy conveniente, porque balanceándote en el brocal y haciéndote preguntas estúpidas, siempre puedes optar por dejarte caer y ahogarte, o por dejarlo correr y seguir viviendo. Lo de ahogarte en el pozo es problemático, tal y como está lo del cambio climático. Lo más normal es que el acuífero haya descendido, a pesar de los esfuerzos por mantener el nivel de las aguas subterráneas que hacemos todos los que meamos en los alcorques de los árboles, y que en vez de ahogarte, te cruja la cadera y siete u ocho huesos más. Hay quien vive en el llano, donde las sombras de las nubes acarician los campos de espigas, pero a mí me va más vivir en el filo. En el filo de un pozo, por ejemplo.

Lo malo de ser poroso e ir absorbiendo una obsesión de aquí, un sueño de allá es que a lo mejor, al final del camino te das cuenta de que has vivido la vida

de tu padre, o la del vecino del tercero, o la de un primo lejano que se hizo mormón porque le molaba lo de la poligamia y se fue a una granja de Wisconsin a cultivar remolacha y a fundar una familia numerosa, como las que salen en el *Génesis*. Entonces te das cuenta de que tú te vas, pero que la vida que te tocaba vivir se queda en la tierra. La ves cada vez más pequeña, muy bien dobladita y sin estrenar mientras caminas hacia la luz. Darte cuenta de eso cuando no hay marcha atrás no tiene ninguna gracia. Aunque camines ya por los Campos Elíseos seguramente te capturan los guardianes del karma ese, te borran la memoria y te lanzan de nuevo a la tierra, a ver si esta vez lo haces mejor y aprovechas el tiempo. Y volver a empezar nunca mola ni un poco.

Quizás debiera haber consultado con algún experto para saber qué libros me convenía traerme al subsuelo, pero me habría remitido a las listas de títulos más vendidos, y tal y como están las cosas la gente suele inclinarse por lecturas que inyectan optimismo. El optimista suele ser aquel que nunca piensa en sí mismo, que es lo que en realidad desalienta. Ya se sabe que si uno tiene ganas de llorar y no le sale, no hay nada como dirigir la imaginación hacia el interior y esperar unos segundos. Mano de santo. La gente suele vivir con mitad de cuarto de la verdad, con cuarto y mitad como mucho. Debe ser porque la verdad absoluta les resulta demasiado dura. Pero con mitad de cuarto de verdad tienes mitad de cuarto de vida. El resto, hasta completar el kilo, es humo y delirio. Así son las matemáticas de la existencia. A la mayoría de la gente que conozco sólo con ver la mitad de lo que realmente son ya les daría un síncope.

Pensé consultar por mi cuenta algunas listas de libros, ya saben, el canon de lo que hay que leer o el top-ten de la cultura, pero luego decidí traerme los que me diera la gana pues al fin y al cabo los libros, como los perros, han de parecerse poderosamente a su dueño.

En mí esto de los libros funciona un poco como los sueños y las obsesiones. Cuando leo estoy invitando a otros a que entren en mi cabeza. Que entren no es problema. El problema es que cuando se van se dejan olvidadas algunas fantasías. Yo preferiría que en vez de dejar sus paranoias se llevaran las cucharillas de plata o el buda de jade de la vitrina, pero no, me lo dejan todo perdido de personajes y metáforas. Mi cabeza, que nunca descansa, mezcla las fantasías de los otros con las mías y el resultado es siempre imprevisible. Imprevisible y sorprendente.

Cuando sueño tengo la misma sensación que cuando leo, la sensación de que me apropio de algo que ya ha sido soñado por otro. Los sueños ajenos se mezclan con mis propios sueños y ya la tenemos liada. Hay sueños transparentes y limpios, como recién estrenados, y otros que han pasado por miles de subconscientes, o de preconscientes, nunca tengo claro dónde narices se almacenan los sueños, y están ya más sobados que las tetas de Chelito, y disculpen la comparación, pero tenían ustedes que haber conocido a Consuelo en sus años mozos, una auténtica máquina sexual a lo James Brown. Dicen que se pasó por la piedra ella sola a todo un tabor de Tropas Regulares un fin de semana que estuvo en Melilla.

Una vez dormí en una pensión de Ávila y soñé que me perseguía una excavadora. Las calles eran estrechas y formaban un laberinto de piedra iluminado de trecho en trecho por bombillas amarillentas de poca potencia. Por cierto, tanto en los sueños como en la realidad, bajo una luz amarilla los coches azules parecen verdes. Otra vez, en un hostel del Pirineo, soñé que me encontraba en la primera planta de una casa de madera y que por las escaleras subían Annubis, ya saben, el egipcio ése con cabeza de chacal que parece diseñado para acojonar a los niños. Mis sueños suelen ser silenciosos, pero aquél disponía de sensurround. Aún hoy, cuando paseo por un bosque nevado a la luz de la luna resuena en mi cráneo un clamor inconcreto. *iVade retro!* dice, o *iUsque tamen Catalina!* No se

entienden muy bien las palabras del egipcio, pero yo creo que lo grita en latín, que es el lenguaje con el que en definitiva se pronuncian las palabras más divinas.

Los libros, los sueños y los tóxicos han hecho más llevadera mi vida, para qué nos vamos a engañar. Con ellos he conseguido una sensación que me encanta, la sensación de que se me abre la mente y floto a unos centímetros del suelo. Cuando era más joven y me creía una estrella del rock me colocaba con el veneno que me quedaba más a mano, cogía la guitarra y componía canciones que hablaban de un cazador sioux que aprendía su sabiduría de los lagartos, también del brillo irisado del cielo cuando se llena de diamantes. En aquella época estaba bastante colgado y creía que si fumaba el suficiente cannabis alcanzaría a ver el lado oculto de la luna así a pelo, sin telescopio ni módulo lunar. Luego me enteré de que la luna hace trampa y nos muestra siempre la misma cara, como si fuera un miembro del cuerpo diplomático. La vida es un juego en el que cada uno sobrevive como puede y yo soy frágil, así que siempre necesito ayuda química. Mi fragilidad explica que sea del Atleti, que es un equipo que va ganando por uno a cero y parece que va perdiendo por tres.

Hace un rato pensaba que probablemente en el dolor siempre hay un eco de la infancia. Si realmente miráramos a los otros lo más seguro es que descubriéramos en el interior del vendedor de aspiradoras que llama a nuestra puerta a aquella muchacha pelirroja y con trenzas a la que hiciste tu confidente. Ella te escuchaba con fingida atención y juraba que ni una palabra saldría de su boca. Antes muerta. Con el tiempo descubriste que iba a tu casa porque tenías piscina. Tú te confiabas a ella y la muy jodía le contaba entre risitas tus intimidades a todo el mundo. El vendedor no lo sabe, pero ésta es la razón de que no le compres la aspiradora y de que lo eches a patadas.

Con frecuencia me asalta la duda de que lo que me está pasando sea real. Si algún día escribo en serio una novela tratará de la sensación de irrealidad que te invade cuando te separas de alguien con quien has compartido un tramo del camino, aunque ya se sabe que eso que llamamos realidad, junto con su prima la irrealidad, no es sino un excremento del espíritu. Sin duda lo extraordinario habita en lo cotidiano y lo familiar es parte inextricable de lo siniestro. Así se entiende que juntes el naturalismo más descarnado con el realismo mágico y que la cosa funcione. También explica el éxito de Kafka.

Es fácil sentir en algún momento de tu trayectoria vital que eres un actor representando un papel en la tragicomedia de la vida, o una ficha de ajedrez saltando de escaque en escaque en la partida que todos jugamos con la muerte, que debe hacer trampas porque siempre gana. Pero a mí me ha invadido últimamente la extraña sensación de que soy un personaje de una serie de televisión en blanco y negro y que en cualquier momento alguien va a pulsar el mando a distancia y yo voy a desaparecer disuelto entre los circuitos eléctricos. La idea de que las moléculas que forman mi ser se disgreguen me resulta atractiva. Al fin y al cabo así funciona la realidad, a base de procesos que te van disgregando y reestructurando en una constante metamorfosis. Sentir esto es como vivir en una coctelera que alguien agita todo el rato para servirse un manhattan, o un ginfizz.

Me empecé a sentir un personaje de *Embrujada* el jueves a media mañana.

Lo atribuí a causas orgánicas y decidí restablecer el equilibrio químico con un par de pirulas, las pastillas del buen humor como las llama mi madre. Serotonina en vena. El efecto duró hasta el atardecer, pero cuando las nubes adquirieron tonalidades rosáceas y el azul del cielo empezó a temblar al son de su melodía interminable, volví a sentir que mi vida en blanco y negro transcurría en los estrechos límites de una pantalla.

No sé si será una metáfora del estado de mi mente o un aviso del cielo, pero esta mañana, cuando he ido a cerrar el grifo del lavabo lo he pasado de rosca. He buscado las herramientas y cuando he desmontado la llave para cambiarle la zapatilla he encontrado en su interior un pelo. He resistido la tentación de hacerle un nudo, dejarlo correr por la cañería con un poco de agua y dedicar el resto de mi vida a buscarlo por las distintas conducciones de la ciudad, como leí que hizo alguien en un libro.

Como el desagüe goteaba, ya puestos me he tumbado en el suelo y he intentado apretar la junta. Es asombroso lo revelador que puede ser un lavabo visto desde el suelo. No sé quién definió esta visión como el punto de vista del ahogado, pero desde luego dio en el clavo. Todo un hallazgo intuitivo.

Alguien descubrió no hace mucho lo eficaz que resulta contemplar un objeto cotidiano desde una perspectiva insospechada, y lo revelador que es colocar un paraguas y una máquina de coser haciendo el amor sobre una mesa de disecciones en la morgue. En mi lavabo, como en todos los objetos que fabrica el hombre, hay una distancia entre la cara que muestra al observador y su verdadero ser. A veces pienso que la mayor parte del tiempo de la vida, pongamos un ochenta por ciento, se nos ha concedido para recorrer esa distancia, la distancia entre la piel y el núcleo de la materia. El quince por ciento restante es para reproducirnos, no sé con qué objeto, pero parece importante eso de perpetuar la especie. Las cosas dan una cara, pero curiosamente nadie se ocupa de ocultar la verdad de aquellas partes de los objetos que están fuera del campo visual del hombre erecto, por lo que muchas veces, para contemplar lo insólito, es suficiente con tumbarte en el suelo y observar.

Mientras apretaba tuercas y me ponía perdido de óxido he dejado en libertad el cerebro. Es lo que tiene hacer cosas con las manos, que la mente se te pira *ipso facto*. Como la cabra tira al monte, en cuanto se ha visto sin ataduras mi encéfalo se ha ido a pastar a los prados de las tierras altas. Después de varios años metido en las salas de cine mi mente se ha acostumbrado a pensar con imágenes, de la misma manera que yo me he acostumbrado a pensar con el corazón. El pensamiento visual de hoy era más bien una sensación del mes de abril, que alguien definió como el más cruel de los meses. Es temprano por la mañana y voy caminando por una larga avenida de tilos. Una pareja discute en la puerta de un hotel, bajo la marquesina modernista. Detrás el portero contempla impasible la escena en posición de firmes. Imposible saber en qué piensa el empleado. Ella levanta los brazos como si sobre sus hombros recayera el peso de la bóveda celeste, gesticula y mueve la cabeza para que su media melena vaya de un hombro a otro en un gracioso movimiento que pone un contrapunto muy eficaz a la violencia de su gesto. Él, sin embargo, permanece inmóvil, casi rígido, y concentra toda su fuerza en la mirada. Cierra los puños y seguramente tiene blancos los nudillos, pero no es más que una hipótesis porque usa guantes de vitela. Yo me detengo y enciendo un cigarrillo. Por alguna razón desconocida la escena que estoy contemplando no tiene voz. Me doy cuenta de que el hombre también fuma, de que a pesar de su quietud y de la fuerza que intenta concentrar en las

pupilas está muerto de miedo. Me siento orgulloso de mi intuición, una de mis mejores armas para diseccionar la realidad, pero de repente intuyo que no es para tanto. Al fin y al cabo si sé tantas cosas de él es porque ese hombre soy yo mismo.

Ahora que releo lo escrito caigo en la cuenta de que la idea puede servir de base para un argumento de película de la serie B. Así, a vuela pluma: El Diablo contrata en internet a un detective privado y le encarga que busque a uno que le vendió el alma a cambio de poder y fama. No se lo dice así, claro, sino que se lo disfraza con un cuento chino, y le paga una pasta. Tras una serie de peripecias resulta que el investigador privado se busca a sí mismo. Él es el del pacto, el que ha vendido su alma. No se acuerda porque sufre de amnesia desde que su coche se salió de la carretera camino de las Vegas. ¿Cómo se explica que nadie lo reconozca?, te pregunta el jefe de la productora. Tú, que te has preparado a conciencia, le respondes como un resorte que el coche se incendió tras el accidente y tuvieron que hacerle la cirugía estética. Las piezas de la historia se ensamblan en función del efecto final, como le gustaba a Poe, continuas. Todo el mundo sabe que las películas de suspense y las novelas policíacas hay que escribirlas al revés: primero el final y desde ahí reconstruir la historia hasta el principio.

Me pregunto qué le pediría a Lucifer si me propusiera un pacto. Lo de poder, dinero, fama y sexo ya está muy visto. Por cierto, ¿saben la historia del tipo que pidió una polla insaciable? Alguien debería haberle advertido al sujeto aquél que el deseo no se sacia, sino que se aplaza, y que los polvos que echas en tu vida no son sino orgasmos *interruptus* que anticipan ese Gran Orgasmo que es la Muerte. Yo, si se me apareciera envuelto en una nube de azufre, le pediría a Luzbel sabiduría y un corazón agradecido, pero no sé si el Diablo tiene esos productos en su almacén.

A mí personalmente me cuesta un congo diferenciar la realidad de las fantasías distorsionadas con que me obsequia mi cabeza, mucho más cuando estoy tumbado en el suelo intentando arreglar el lavabo. Cuando James Bond pide un cóctel insiste en que esté agitado pero no mezclado. Así es como me gustaría que estuvieran en mi cabeza la realidad y la fantasía, agitadas, no mezcladas, pero ellas se entrelazan una y otra vez sin que yo sea capaz de poner remedio a tanta promiscuidad. Ya sé que no soy nada original en esto, pero es lo que me pasa.

Mis fantasías debajo de un lavabo o friendo los boquerones de la cena son de todo tipo, pero por debajo de su piel variopinta hay en ellas un elemento que se repite, un denominador común, que diría mi abuelo, o un mínimo común múltiplo, ya no recuerdo con claridad qué es lo que decía aquel hombre. En las fantasías en las que soy protagonista, que son todas, siempre me veo pisando jardines ajenos y metido en cada berenjenal que para qué queremos más. Los espacios que yo invado son jardines cerrados, que es la marca de la propiedad privada, pero yo salto la valla, que suele ser una verja de esas que terminan en punta, lo que le da a la cerca un aspecto de lanzas de Velázquez, pero cubiertas de herrumbre. No se queda la cosa en saltar la barrera. La trasgresión no tiene una finalidad en sí misma. En el fondo fondo la trasgresión tiene como objeto la búsqueda del castigo. Toma ya. Aquí he exagerado un poco, ya lo sé, pero qué es

un bloodymary sin unas gotas de tabasco. En realidad he exagerado porque quería que en el hilván de mis pensamientos saliera Dostoievski, que es el maestro en esto de la redención. El tema se lo merece, pues tengan en cuenta que Dios mandó a su propio hijo para redimir a la especie humana. Al parecer no servía nadie de rango inferior, un adivino o el profeta de alguna aldea, lo que da una idea cabal de la importancia del asunto. Redimirse, en ocasiones, es la única forma de restañar el sentimiento de culpa por no hacer lo debido, y si no que se lo pregunten a Raskolnikov, que le abrió la cabeza con un hacha a un par de viejas y no paró hasta que consiguió que lo mandaran a Siberia. Suponemos que allí hallaría la paz, aunque no está claro que haya que ir tan lejos para encontrar una palabra de tres letras. Mi caso es distinto porque carezco de sentimiento de culpa, pero la ausencia de culpa no es óbice (vaya palabra, por favor) para que me mole un montón eso de la redención.

A veces me veo a mí mismo como un niño que mete los dedos en el tarro de mermelada y en vez de zampársela, corre a enseñarle el desaguisado a la madre. La madre, que obviamente no es la mamá de Bambi, le mete un cachete que lo deja de los más relajadito. Relajadito, redimido y dando vueltas como una peonza.

Antes de partir hacia otros océanos y viajar hasta la casa lóbrega y oscura de los que nunca comen ni beben me gustaría hacer un inventario de lo que he aprendido en mi andadura por la tierra. Al día de hoy no son muchas las cosas que sé, pero algunas son bastante flipantes. Sé, por ejemplo, que la lluvia golpeando rítmicamente la uralita del garaje es un vals que pone el contrapunto melódico a la música silenciosa que improvisan las gotas percutiendo blandamente en el musgo. Sé también que la fuerza que hace germinar las semillas es la misma que impulsa a mi lengua a buscar la humedad que segregan los labios entreabiertos de una hembra. Sé que el sol, el viento, el azul terso por el que se desplazan lentamente las nubes es lo que me empuja a disolverme como un azucarillo en el pecho acogedor de mi amada.

Sé que el amor me hace indestructible y que el ansia de saber me hace invencible, a pesar de la radical debilidad que me hace temblar por dentro cuando entro en una reunión donde no conozco a nadie o cuando el camarero, que lleva siete horas de pie, me mira de través cuando le pido por segunda vez la cuenta.

Sé que hay palabras que huelen a tierra y que el olor a hierba recién cortada forma parte del ritual que renueva las promesas –todas las promesas– que en la adolescencia me hicea mí mismo. Sé que hay ríos como cabelleras y que a veces las quillas se alejan de los sauces. Sé que por mucho que me empeñe ninguna imagen es capaz de instalar en mí el sentimiento de despedida, aunque una poderosa sensación de irrealidad circula por mis venas cuando me separo de alguien. Sé que en este momento, mientras el lápiz araña suavemente la hoja del cuaderno con un tenue bisbeo, la vida está por todas partes, y sólo tengo que alargar la mano para atraparla. Sé que si es cierto que la vida se renueva a cada instante, yo también me transformo y me purifico en una especie de bautismo interminable. Sé que la vida es una experiencia intensa, apasionante, cruel, enigmática, terrible, y que yo estoy feliz de estar en ella.

Son las ocho de la mañana y creo que es octubre. La luz produce en mí extraños efectos y creo que hace brotar en el interior de mis huesos las alucinaciones que afectan a los que cruzan a pie los grandes espacios abiertos. Soy altamente impresionable, pero creo que estoy preparado para que surja frente a mí ese bebé de cuatro metros que vive en mi imaginación, o para conversar cara a cara sobre cuestiones domésticas con mi segunda mujer, la que murió hace siete años de sobredosis de cigarrillos. La luz entra en mí y extrae con sus finos dedos todos los objetos almacenados en el subconsciente y los deja sobre la acera, como mercancías rescatadas de un barco que ha naufragado en la bocana del puerto. Vistas así al sol del mediodía mis neuronas no son gran cosa y parecen a punto de pulverizarse, como un vampiro que, harto de la oscuridad, ha decidido broncearse. Al fin y al cabo, desde el punto de vista de Dios no debo ser más que unos cuantos delirios ensamblados en un armazón de carbono.

Son las ocho de la mañana y creo que es octubre. Me asomo a la ventana y veo clarear el trozo de cielo inscrito entre las azoteas de los edificios. Esto no es Nueva York, y las casas que me rodean no suben más allá del cuarto piso, así que aunque observe desde el subsuelo, veo una buena porción de cielo.

La idea de que en cada ser humano confluye todo lo que de divino, de animal y de humano hay en la especie es muy atractiva, pero como todo lo atractivo, probablemente es falso. La mentira tiene su belleza, y sus adeptos, que son legión frente a los partidarios de la verdad. Y si no, que se lo pregunten a los publicistas. El licor se enmascara bajo bellas etiquetas y se vende como pasaporte hacia los paraísos artificiales, previo deterioro de los conductos cerebrales, y si compras el champú adecuado tomarás la ducha matutina en una cascada del Caribe con una muchacha en top less frotándote la espalda. Lo artificial tiene el atractivo de los decorados, pero la verdad posee la belleza radical de lo cruel. Las mentiras son mucho más hermosas, al menos desde el punto de vista estadístico. No sé a quién se le ocurrió la extravagancia de asociar la Verdad con la Belleza, pero fuera quien fuera, aquel día no estaba muy sembrado. La Verdad jode, aquí y en Odessa. Sin embargo la mentira es lo que engrasa las relaciones sociales.

Ya puesto podría añadir que, además de lo divino, lo animal y lo humano, también está en nosotros el reino mineral, pero a lo mejor es pasarse. O no. Desde luego los elementos químicos que envuelve mi piel son los que se encuentran en el universo, lo que me da una agradable sensación de microcosmos, aunque sólo sea desde el punto de vista químico. Tengo en mi interior ríos, bosques, jaurías de lobos y galaxias, todo en pequeño y en plan fractal, y también la tabla periódica de elementos. Al menos eso es lo que dicen los poetas. Los poetas y los químicos. Teniendo en cuenta que levanto ciento sesenta y nueve centímetros del suelo, ¿alguien da más por menos?

Yo creo que eso de que todos tenemos una parte divina, un aparte animal y otra mineral es un truco de los filántropos para convencernos de que todos somos iguales, ya saben, la Declaración de los Derechos del Hombre y todo eso. La igualdad es una idea tranquilizadora, pero la realidad es que somos muy dis-

tintos. Yo creo que lo que nos hace diferentes es la proporción de divinidad, animalidad y mineralidad que hay en el cóctel de cada uno. En algunos la parte de besugo es tan evidente que de sus ojos puede decirse que son como perlas. Al menos eso decía Sancho de los ojos de Dulcinea, a quien sólo había visto en su imaginación, por cierto.

La parte animal de cualquier ser humano se ve con claridad, porque presenta síntomas inequívocos. Donde más margen de error hay es en la parte angélica. Al menos yo pertenezco al grupo de los que se equivocan en esto que es un gusto. Yo soy de los que ve a una muchacha en el autobús, una de éstas que tiene rasgos de Madonna de Rafael y ya me creo que la Virgen María viaja en el 128 en vez de utilizar las autopistas celestiales. Ya se sabe que los caminos del Señor son inescrutables. Por cierto, qué gran idea fue hacer mujer a Dios. La supuesta Madonna me mira, pero ella no ve en mí a ningún arcángel sino que calcula mentalmente cuántos ceros tiene mi cuenta corriente y cuántos centímetros mide Freddie. Para las mujeres todo parece ser una cuestión de dimensiones. Ya sé que suena un tanto cínico y desangelado, pero es lo que me pasa.

Una trucha se parece asombrosamente a un trucho, pero cada ser humano es de su padre y de su madre. Si además has tenido una infancia en plan Oliver Twist ya ni te cuento lo raro que sales. Yo, por ejemplo, desde que me caí por las escaleras del sótano dispongo de un muestrario de tics y manías digno de una convención de neurólogos. Una de ellas es la de leer todo tipo de inscripciones anotadas en las paredes de los servicios y en las puertas de los báteres. Las más jugosas están por la parte de dentro, pues es en la intimidad donde cada quisque deja en libertad al alien del colon y al monstruo que lleva dentro del espíritu disimulado bajo una duramáter de exquisitas y buenas maneras. Ya se sabe que lo que nos iguala a los hombres no es la raza ni la patria sino la pericia en el manejo de la pala del pescado. La mayoría de los escritos son groserías sin el menor interés, pero de cuando en cuando alguien especialmente perspicaz evacua de su mente algo realmente misterioso mientras se afana en librarse de los residuos digestivos. Ya saben, excrecencias paralelas. Mi inscripción favorita es una que encontré en los servicios de la estación de Chamartín sobre un mamparo de mármol. No hay contrapeso mejor para la mierda que el mármol de los muros y el oro de la grifería. Lo más curioso de aquella escritura es que su autor le había conferido forma de libro, lo cual es tomarse muchas molestias para unas palabras escritas en la pared de un urinario. El genio había delimitado seis rectángulos agrupados de dos en dos, imitando de esta manera las páginas abiertas de un volumen, y los había llenado de letras mayúsculas regulares y perfectamente alineadas. Las palabras no estaban separadas por un espacio en blanco, lo que daba al texto un aspecto de escritura griega o de piedra Rosetta. Copiar el texto me llevó más de media hora, y desentrañar su sentido algo más de dos. Desgraciadamente no tengo conmigo el documento que resultó de todo aquel trabajo, pero recuerdo la frase con la que empezaba:

NO HAY SILENCIO MÁS INTENSO QUE EL DE UN PECHO DEL QUE HA PARTIDO EL ALMA.

Debajo de esta manía de recolectar los textos escritos en las paredes de los mingitorios y en las puertas de los retretes subyace la creencia de que todo está

conectado, lo cual es una forma de decir que todo tiene sentido y que, en definitiva, no vivimos en el puto caos. Todo lo escrito en el mundo, desde los palotes que hace el niño en la guardería hasta las reflexiones pedantes de los críticos de arte, es un fragmento discontinuo del TEXTO DEFINITIVO donde se desvelan con vacilante caligrafía los secretos que tan celosamente guarda la realidad. Ésta es una de las mentiras que más me tranquiliza.

Si las estaciones de ferrocarril están unidas por rieles, también las palabras de sus evacuorios están unidas por hilos sutiles. La idea no es tan disparatada si pensamos que todo lo que escribimos los hombres no son sino frases deshilachadas que intentan reproducir desesperadamente el LIBRO que escribió el Amanuense cuando todo era estático y el tiempo no había empezado a transformar las cosas. Ya sé que es forzar la cuestión e ir en contra de toda evidencia, pero aquí vale cualquier truco con tal de restañar el miedo.

Dios creó el universo hablando y no es tan disparatado pensar que lo que decía en realidad lo estaba leyendo, como los presentadores de televisión, en una pizarra colocada a un lado de la cámara. Sea como fuere, la palabra invisible creó el mundo visible, y este hecho hace que lo que vemos sea la manifestación de lo que no vemos. Algo de esto debe de haber porque un día, en las letras de la estación de Verona encontré escrito lo siguiente:

La culpa amarilla ahuyenta lentamente los ojos de los acantilados mientras un dios esbelto devora por la tarde el resol sudoroso del parque en calma.

Toma ya.

He vivido siempre de alquiler, y calculo que habré habitado hasta la fecha doce o trece casas. Normalmente dejo la vivienda cuando empiezo a escuchar las conversaciones de los vecinos a través de los tabiques o cuando alguien decide aprender a tocar el saxofón en la dependencia aneja. Una vez, en Canillejas me parece que era, estaba tumbado en la cama leyendo un cuento de Carson McCullers y escuché al otro lado de la pared una declaración digna del marqués de Sade: “Te quiero tanto que me comería tu mierda”. Recuerdo que pensé que el amor es un sentimiento extraño, y el corazón un cazador solitario.

Dos o tres casas antes de ir a dar con mis huesos en el subsuelo desde el que escribo habité una buhardilla en Lavapiés. Era un quinto sin ascensor con escalones king size, diseñados para ser subidos con alguna variante escaladora de las botas de siete leguas. Recuerdo que por aquella época convivía con Marcia, una muchacha de la República Dominicana que había venido a España a completar su tesis doctoral. Marcia estaba casada con un verraco que cuando se emborrachaba le daba un repaso con la correa, la violaba para recordarle que todas las mujeres sois unas putas, y como fin de fiesta la inmovilizaba, le abría las mandíbulas y le obligaba a tragarse el anillo de boda. Un tipo realmente delicado aquel animal, y todo un caballero. Marcia estudiaba Bellas Artes y se había especializado en pintar pétalos de rosas y tallos de bambú. Un miércoles me desperté y Marcia no estaba. Miré en el cajón y vi que se había llevado sus braguitas de Zara y el peluche de Snoopy al que se abrazaba por las noches. En la nevera, sujeta con un imán que reproducía el rinoceronte grabado por Dürero, me encontré una nota donde decía que había cogido un vuelo para volver junto a su marido, que no intentara detenerla. Esta última indicación le daba un toque de culebrón sudaca a la despedida, pero la verdad es que era innecesaria. No hace mucho alguien me contó que Marcia había muerto. Según me dijeron, esta vez, tras el protocolo habitual, el marido la había rociado de gasolina y le había prendido fuego. Al parecer los golpes y los insultos crean un vínculo misterioso y tan potente como el amor en algunas mujeres. Marcia se marchó y me dejó cavilando cuánto se parecen mis mujeres reales a las imaginarias.

Aquella buhardilla me sirvió para ejercitar el cuerpo y la memoria, pues cualquier olvido, por ejemplo, el orégano el día en que había decidido cocinar espagueti a la maricona rabiata o la nata cuando quería comerme unos carbonara implicaba bajar al colmado y volver a subir los cinco pisos. También me ayudó no poco a dejar de fumar y a comprar sólo lo imprescindible, con lo que me convertí en una especie de superviviente urbano. Durante el tiempo en que viví allí me acordé bastante de aquél que tenía que subir una piedra a la cima de un monte, Sísifo creo que se llamaba, y también de la puta de su madre. Al pobre Sísifo, cuando estaba a punto de hacer cumbre, se le resbalaba la piedra y veía impotente cómo bajaba rodando hasta el valle. El hombre descendía la montaña y con toda la paciencia del mundo empezaba a subir la piedra de nuevo. Supongo que el Sísifo ése es de los que se distraen con el vuelo de una libélula o con el aire que mueve a su paso un pensamiento porque si no no se explica que se le resbalara la piedra tantas veces, aunque la mente humana es tan

compleja que a lo mejor la tiraba a posta para castigarse, o simplemente quería llamar la atención que no le prestaron cuando era pequeño. Dicho sea de paso, hay que ver lo fácil que es ponerse mitológico cuando te paras en el tercero para recuperar el resuello y todavía te quedan un par de pisos.

Yo, si pudiera elegir, empujaría cuesta arriba una piedra cuadrada, que a simple vista es más trabajoso, pero si te paras a echar un cigarrillo tienes la seguridad de que el piedrolo no va a bajar rodando, al menos en teoría. A veces los pequeños detalles son importantes y las ideas geniales son las más simples. Lo de la simplicidad inherente a la genialidad no se me ha ocurrido a mí. Creo que lo he leído en alguna revista femenina. La mujer es el alma del hogar, decía la publicación, y ya se sabe que un pequeño detalle puede hacer que la cena de Navidad sea un éxito o un verdadero desastre. Para vomitar.

A mí personalmente más que subir una piedra me gustaría disponer de un botón para desconectar la memoria, o al menos de un mando para regular su funcionamiento automático. En general me gustaría un panel de control para equalizar mi mente y hacerla coincidir con el mundo real, pero me temo que tal cosa no existe. Estás tan tranquilo tomándote una horchata en una terraza de Gandía cuando de repente cualquier chorrada, un olor a fritanga, la textura de la luz que se refleja en un escaparate, la mirada soñadora de un niño, una canción de los Stones en la radio, cualquier cosita te mete en tu concha y te retrotrae al cuarto trasero, donde se encuentran apiladas las primeras emociones, que en tu caso también son las primeras heridas. Tu cuerpo se diluye, el tiempo se detiene, desaparece la horchata, la terraza, la gente, y sólo estás tú, inerme y desnudo frente a ti mismo, desnudo y muerto de miedo, como un escolar que no sabe por dónde le va a venir la siguiente hostia.

Hay gente obsesionada con la inmortalidad y otros que intentan una y otra vez extraer lo que permanece bajo el incesante fluir del tiempo. A mí, sin embargo, me encanta que todo se transforme. Al fin y al cabo el tiempo es el único que me garantiza que algún día me iré y se acabará todo esto.

Me gusta la idea de que pertenecer a la especie humana significa, entre otras cosas, oscilar en plan péndulo entre el cerdo y los coros celestiales. De los ángeles sé algunas cosas. Sé que cantan todo el rato porque como no tienen sexo, disponen de mucho tiempo libre. Hay siete tipos de ángeles, a decir del Pseudo Dionisio ése, y están perfectamente jerarquizados, lo que le da al cielo un sospechoso aspecto de organigrama del Ministerio de Fomento. De los cerdos sé menos. Por no saber no sé ni cuántas razas de ganado porcino fatigan la superficie de la tierra. El cerdo es muy útil, a pesar de ser un animal de pezuña hendida que no rumia. El mismo Jesús utilizó una piara de ellos para deshacerse de un demonio múltiple, ése que se llamaba Legión a sí mismo. Si eso no es Soberbia, que venga Dios y lo vea. El demonio, a una orden del Maestro, se metió en los cerdos, que sintieron un escalofrío y empezaron a correr enloquecidos hacia el borde del acantilado con tan mala suerte que no había por allí ninguna versión porcina del guardián entre el centeno. Se ve que no eran cerdos voladores, como los que salen en Pink Floyd, y que tampoco les crecieron alas durante la parábola que describieron hasta el mar, así que lamentablemente palmaron todos. Para que luego digan que la aviación no es peligrosa. Yo desde luego nunca me subiría a un avión pilotado por un cerdo.

Durante una temporada quise darle un empujoncito al tiempo y acelerar en mis carnes el proceso degenerativo al que somete a todo bicho viviente. No recuerdo con exactitud cuál fue el detalle concreto que activó mi decisión. Un desengaño amoroso, una discusión en el curro, el cambio de la presión atmosférica que anuncia la primavera, cualquier excusa es buena para dejar de remar y abandonarme a los caprichos de la corriente. Supongo que lo que ocurrió es que esto de la vida se me hizo cuesta arriba y empezó a parecerme una experiencia demasiado compleja, así que, como soy experto en fugas y las geográficas ya las tenía agotadas, no se me ocurrió nada mejor que autodestruirme. Al principio pensé en ponerme ciego de hamburguesas, para reventar a base de triglicéridos, pero la verdad es que detesto el olor de lo genuinamente americano, así que tuve que cavilar otros métodos. Una tarde de domingo me senté frente a la tele y estuve veinticuatro horas seguidas mirando fijamente el artefacto con la esperanza de que se me muriera el cerebro. Luego me apunté a una ONG de esas que se anuncian por correo para multiplicar el efecto deletéreo (me encanta esta palabra) de los rayos catódicos. Nuevo fracaso. Un sábado por la mañana me fui al Alcampo y llené el carrito con botellas de vodka, como había visto que hace Nicolas *Ojos de Besugo* Cage en *Leaving Las Vegas*, pero aparte de ponerme malísimo y echar la pota por todos lados, no sirvió para nada. Luego me informé en internet de que son incontables los litros de alcohol que tienes que ingerir para conseguir los efectos deseados y a mí, la verdad sea dicha, me falta disciplina y paciencia. Al final lo dejé porque empecé a dudar. La duda siempre lo estropea todo. En mi caso la duda consistía en que no sabía si quería autodestruirme o que alguien escuchara mis milongas.

Una tarde en que estaba desesperado y con una resaca del quince entré en la iglesia donde había recibido la primera hostia consagrada y le consulté mi caso a un sacerdote. Al fin y al cabo estos ministros tienen línea directa con Dios, y en el manual que les entregan cuando se ordenan debe de haber un apartado dedicado a las crisis existenciales que se titula “El tedio vital” y se subtitula “Cómo atajar el problema”. El hombre, que estaba apaciblemente sentado en el confesionario con ese aspecto de gato castrado que se les pone a algunos curas cuando se acercan a la jubilación me escuchó con fingida atención y cuando terminé el relato de mis cuitas me preguntó si pertenecía a alguna secta. Le dije que no, que simplemente era una oveja descarriada. El truco de la oveja nunca falla. Ya saben lo que dice el salmo, *El Señor es mi pastor, nada me falta*. Entonces me recomendó que mirase en el fondo de mi corazón y que intentase contestar a dos sencillas preguntas: a) ¿quién soy? Y b) ¿cuál es el plan de Dios para mí? También me aconsejó que pensara todo el rato que Jesús había cargado con las culpas de la humanidad al completo y que lo habían torturado hasta la muerte para que yo viviera. Luego me regaló su experiencia.

–Hijo mío, –me dijo– cuando tengo un conflicto lo primero que me pregunto es qué hubiera hecho el Maestro en mi caso.

La primera pregunta, la a), me la sabía, así que contesté con prontitud que soy un perseguidor, y estuve hablando durante veinticinco minutos de Julio Cor-

tázar y de Charlie Parker. Cuando intenté definir con precisión qué es lo que persigo exactamente me hice un poco de lío y no supe exponerlo con claridad. En cuanto a la segunda pregunta, ésa de los planes de Dios para mí, aquel día falté a clase. Yo creo que el cura desenchufó el cráneo y se puso a pensar en sus cosas mientras yo le hablaba porque cuando terminé me dijo que no lo hiciera más y me puso como penitencia tres avemarías. Eso sí, cuando me marché sacó la cabeza del cajón y vigiló mis pasos hasta que salí de la iglesia, no fuera a pintarle una polla a la Virgen o a robar el agua bendita para revendérsela a alguna secta satánica.

Obviamente mis intentos de autodestruirme han resultado infructuosos. Si lo hubiera conseguido no estaría ahora mismo enrollando los folios que escribo para meterlos en una botella. La cosa tiene bemoles. Todo tiene su lado positivo si uno sabe encontrárselo, me digo, y el ejercicio de autodestrucción trajo aparejados bastantes aprendizajes. Dicen algunos que las han pasado putas que el sufrimiento es muy educativo, y que una vida sin él es una vida desperdiciada. No sé, la verdad. Yo, personalmente, cuando el camino pasa entre las zarzas no encuentro más alternativa que atravesarlas y arañarme las carnes. Tal y como yo lo veo la vida es un viaje de estudios en el que tienes que enfrentarte a varias pistas americanas para fortalecer los músculos del espíritu. El sentido de tanto aprendizaje se me escapa, porque luego vas y te mueres, quiero decir que lo que consigues ser al final del camino es un cadáver sabio. Quizás por eso te sacan a hombros. Probablemente sólo se trata de aprender a sentir el sol en la cara, de desarrollar todo el potencial que poseo como ser humano y de pirarme para abonar los rosales de Dios. Tampoco está tan mal. Desde luego hay destinos mucho más indignos. Yo creo que los animales lo tienen más claro. Llegan, se reproducen y se piran. Así, sin más. Sin hacerse preguntas estúpidas.

Es curioso que piense en la vida como un viaje de estudios si tenemos en cuenta lo obstinado y lo burro que soy para esto de aprender. Yo no sé ustedes, pero yo sólo aprendo a base de hostias, que es una forma de entender la didáctica. Soy la prueba viviente de eso de que la letra con sangre entra. Nada de hacer caso y escarmentar en cabeza ajena. Si no hay sangre, no mola.

Como les decía hace un rato, en mi deambular por la superficie del globo he aprendido algunas cosas. Sé cómo se hace la salsa verde sin que se note que le has echado harina, sé utilizar ese extraño artefacto que te ponen en los restaurantes para que te comas los caracoles sin tocarlos, sé que no hay redención, ni individual ni colectiva. Esto no se lo dije al cura porque si no directamente llama al exorcista de la parroquia, pero en mi opinión ni siquiera Jesús consiguió redimirnos. ¿Sirve de algo saber esto? Ni idea, pero las ideas flotan a media altura, como una neblina que emanara de la tierra, o que descendiera del cielo, nunca está claro de dónde brota la niebla, y penetran en mi cabeza porosa cuando menos me lo espero. Broten de donde broten, las ideas se encuentran en un intervalo situado entre el cielo y la tierra, y es en el ámbito de lo intermedio, el primo hermano de lo ambiguo, donde ocurren las cosas que más me fascinan.

A veces me canso de ser un perseguidor y me tomo unas vacaciones en el subsuelo, al que convierto momentáneamente en metáfora de la tumba. A lo mejor el agotamiento no es cansancio del espíritu sino que se debe a falta de

azúcar, o de calcio, o a la tensión alta. Sube la bilirrubina y se me irrita el cerebro, pero yo creo que lo que se me fatiga es el alma. En los momentos de agotamiento suelo pensar que me gustaría poder tumbarme en la toalla, tostarme al sol y no pensar en nada hasta la hora del aperitivo, en la que sólo tendré que decidir en qué bar del paseo marítimo me tomo la primera caña. A partir de ahí será la cerveza la que tome las decisiones. Fácil y cómodo.

No hay redención, les decía. Al menos ése es mi punto de vista. Si acaso, se puede redimir algo en el reducido círculo de influencia de cada individuo. Redimes una tarántula, redimes un escorpión, pagas unos cuantos euros y la ONG de turno te dice que has redimido a una niña sudsahariana de la ablación del clítoris o de una vida condenada a la sumisión y a la ignorancia. Incluso te regalan una foto de la muchacha y un calendario. Tú miras sus ojos verdes, sueñas con las noches estrelladas del desierto y te sientes como Dios, pero lo único que pasa es que estás feliz de no ser ella.

Desde que tengo memoria mis sueños han estado vacíos. No creo que soñara todas las noches, pero cuando lo hacía lo único que me dejaba el sueño por la mañana era una vaga sensación de amenaza y un sabor terroso en la boca, como si hubiera estado masticando yeso. Sin embargo en los últimos tiempos soy capaz de recordar los detalles más insignificantes de mis andanzas nocturnas, y eso que ya no dejo un cuaderno sobre la almohada para fijarlas en la escritura mientras la gasa de la duermevela arropa todavía mi cerebro.

Hoy en soñado con un niño que camina por el bosque. El sendero discurre entre los árboles y la luz de la mañana se filtra en las hojas de las hayas, lo que le da a la escena un aspecto de estampa extraída de un libro de Historia Sagrada o de película de gnomos. En un momento de su peregrinaje el niño abandona la senda y se interna en la espesura atraído por el ruido del agua precipitándose en una cascada. En un claro el niño descubre un arroyo que brinca de peña en peña y forma al caer una poza donde se refleja el cielo. El niño se descalza y se quita la ropa mientras musita unas palabras que no alcanzo a escuchar. Luego se mete en la charca y se coloca debajo del chorro. Los guijarros cosquillean sus pies descalzos mientras el agua que resbala por su cráneo le purifica el cerebro. Cuando el frío le traspasa la piel sale del arroyo, se seca con la camiseta, se viste y continúa su camino. Todo está envuelto en una atmósfera de soledad y silencio. Miro a mi alrededor por si hay algún hada de esas que habitan en lo vegetal, pero todo está en calma.

No hace falta ser Freud ni Maslow para interpretar el sueño como una parábola del abandono, la sensación que habita en las capas más profundas de mis emociones. Abandono y silencio en el corazón del bosque. Eso de que la mente funciona por capas me recuerda los cortes del terreno dibujados en el libro de Ciencias Naturales. No sé si lo que tengo sobre los hombros es una cabeza o un estudio de las capas freáticas. Quizás no sea más que una gota de mercurio moviéndose en una sustancia oleaginosa. La verdad es que no tengo ni idea. Lo cierto es que me pesa la cabeza y de cuando en cuando crece. Cuando esto ocurre, duele. La mente tiene capas, o a lo mejor lo de las capas no es más que una forma de decir que le faltan endorfinas. La cosa no está clara.

Mi pensamiento tiende a enrevesarse, no porque sea profundo, ni mucho menos, sino porque adopta con facilidad la forma de madeja, o de muelle de acero que ha perdido la tensión, y en cuanto me descuido ya se ha hecho un buñón inconexo. La verdad es que soy experto en hacerme yo sólo el lío.

Dicen los holandeses que *Wel gekoopte rapen is goe pottagie*. Disculpen la pedantería, pero eso es realmente lo que dicen. La frase, traducida libremente, significa algo así como que un cocinero hábil es capaz de guisar un buen potaje con las sobras de otros platos. Estas palabras tan flamencas me desvelaron el funcionamiento de mi memoria, que es una especie de marmita donde se cuecen los retales más diversos. Mi cráneo es el puchero donde se acumulan fragmentos de aquí y de allá, arrebañaduras de experiencias vividas o soñadas que al ser sometidas a la alquimia del fuego me reconstruyen un pasado que probablemente no ha existido, pero sobre el que asiento mis más sólidas convicciones. ¿Cómo

no tener la sensación de que mi vida se cimenta en terreno pantanoso y que me la paso erigiendo torres sobre arenas movedizas?

Por otro lado, si lo miro desde el punto de vista práctico, ¿quién quiere un pasado de verdad? Además, aunque recordara con precisión cada detalle de lo vivido mi discurso no por ello dejaría de ser incoherente. Al fin y al cabo lo que se cocina en mi coco es una olla podrida y no uno de esos diseños culinarios perfectamente estructurados de Pedro Subijana. Cocina de diseño a doscientos euros el cubierto. Así cualquiera. Por la razón que sea mi cerebro segrega productos calidoscópicos y fasciculados, una sucesión aleatoria de fragmentos que mantienen una relación precaria con otros fragmentos, un poco como esos paisajes que se ven a velocidad de fotograma desde la ventanilla del tren. En definitiva mi mente no es más que un collage donde se quedan adheridas todo tipo de excrecencias.

Un tópico de la ciencia ficción es el robot que evoluciona hacia el ser humano. En este proceso el androide adquiere recuerdos, proyectos y emociones, de los que al parecer carecen las máquinas y los mamíferos. Yo, puestos a elegir, me gustaría más evolucionar desde el simio, hacerme un mono sabio y que me eligieran miembro de alguna academia. Me encantan los discursos y de esta forma estaría obligado a prepararme uno.

Del tema éste del robot humanizado la peli que más me gusta es *Blade Runner*. Me encanta cuando les dan a los nexus-6 un álbum de fotos y les dicen que ahí está retratada su infancia. Hay que tener morro. Luego, en la parte filosófica, en esa en la que el más cachas de los robots busca a su creador para pedirle explicaciones sobre la vida y la muerte siempre me queda la duda de si es muy profundo lo que se dice o se trata simplemente de un jueguecito para intelectuales egocéntricos, un poco como esos sudokus existencialistas que tanto le gustaban a Soeren Kierkegaard o como se escriba el nombre del danés ese.

Seguramente lo que Dios ha hecho conmigo ha sido darme un álbum de fotos y marcar con bolígrafo una flecha que dice sin palabras: ése eres tú en el Retiro, aquí estás aprendiendo a montar en bicicleta y toda esta gente que posa en el jardín es tu familia, el día del bautizo de tu hermana pequeña. Tú eres el tercero por la izquierda, el que está acucillado junto al balón. Dios, al que le encanta el silencio y los renglones torcidos, dice eso, pero todo es mentira, aunque sea una mentira muy glamurosa. De ser alguien soy el niño que camina por mis sueños pensando en sus cosas.

No me inquieta demasiado esto de inventarme los recuerdos, ni siquiera me preocupa el hecho de que imaginar el pasado implica necesariamente vivir el presente sobre una base falsa. No soy de los que se la cogen con papel de fumar en este aspecto. A veces me imagino qué pasaría si hubiera vivido toda mi vida como un pijo de la zona noble de Buenos Aires y descubriera un día que soy hijo de una militante troskista a la que tus papis adoptivos capturaron embarazada. Después de parir tu madre biológica fue torturada hasta que cantó la lista de su amigos rojos. Luego la drogaron, la montaron en un avión de carga y la tiraron en el Río de la Plata no sin que previamente un sacerdote le diera la bendición eterna. A ti te adoptó un comandante con los espermatozoides demasiados vagos como para engendrar vástagos y ihala!, a vivir, que son dos días. Dicho así, pa-

rece la versión austral y salvaje de *El príncipe y el Mendigo*. Luego, cuando te cuenta la verdad una de las abuelas de la Plaza de Mayo, tu abuela biológica, te gastas una pasta en terapia para superar el trauma y te dedicas a recuperar el dinero invertido en psiquiatras con un libro que escribe otro y tú firmas. El libro se titula *A mí me cambiaron en la cuna*, y en él se defiende que en realidad eres el último de los Romanoff, y en el colofón pides que te devuelvan el torno de Rusia, por si acaso. La vida produce estas carambolas y otras mucho más alucinantes. Lo llaman providencia, azar, efecto mariposa. Depende.

Una vez le conté a un psiquiatra mis inquietudes sobre esto de la identidad basada en recuerdos falsos, pero no me dijo nada. Se limitó a mirarme muy serio y en silencio, que es la mejor forma de simular inteligencia cuando uno no la tiene, cobró la sesión y me despidió con un apretón de manos. Mientras me miraba entornó los párpados para que parecieran inquisitivos, pero se le notaba demasiado que ese día tenía acidez o que estaba pensando en otra cosa, en desatascar el fregadero o en el enredo que tenía con la enfermera, de las dos que atendían la consulta, la de las tetas más gordas. Todas sus empleadas eran de talla noventa como mínimo, y las elegía él personalmente. Sin duda padecía las consecuencias de un trauma infantil porque de bebé no le dieron el pecho y lo criaron a base de biberón. El psiquiatra entorna los ojos, me mira con sus ojos de oveja perspicaz y acaricia una pipa de boj donde arde tabaco holandés. Seguramente no le gusta fumar, pero rechupetear una pipa hace intelectual, sugiere la fase oral de la libido y además el aroma del tabaco impresiona a los clientes. Hay recuerdos falsos y también falsas creencias. Con tanta falsedad la vida se puede convertir en una experiencia más falsa que un duro sevillano. En fin, allá cada cual. Yo con avisarles cumplo.

Como no me gustan los crucigramas ni los libros de pasatiempos, de vez en cuando me entretengo buscando correspondencias entre las realidades más dispares, entre un lápiz de labios y la desembocadura del Mississippi, por ejemplo, entre la curva de un hombro y la luz que ilumina el vientre de una nube. Cuando mi cerebro entreteje lo disperso con los hilos sutiles de las emociones tengo la sensación de estar diseñando a golpe de metáfora el plano del metro o la red de intercambiadores de una ciudad imaginaria. Después de estar un rato anudando pacientemente lo que la Naturaleza desperdiga como un sembrador taciturno todo empieza a volverse curvo, que es lo que dice Einstein que pasa con el espacio-tiempo. Esto me recuerda que el círculo es la figura a la que se aferra la gente que necesita creer que todo tiene sentido. No sé. A lo mejor lo de la mirada curva es una secuela de todo el mezcal que bebí el verano aquel en que me propuse vivir bajo el Popocatepelt pero sin moverme de Usera.

En cualquier caso me gusta que las cosas se curven. Tranquiliza bastante que en el círculo, y en su amiga la esfera, no queden cabos sueltos ni conexiones de éstas que se pierden en la niebla y no se sabe a dónde conducen. El círculo divide el espacio en dentro y fuera, y en el interior del círculo puedes integrar la oposición de contrarios, ya saben, guerra y paz, el ying y el yang, Indíbil y Mardonio. Cuando haces tal cosa es que flipas en colores. Lo dicho, el círculo es un chollo.

Esta mañana he estado jugando a las circunferencias. Al empezar a trazar el primer redondel se me ha aparecido el Diablo, así, de repente. Enseguida ha venido Dios y ha cerrado el círculo. La consecuencia parece fácil de extraer, incluso para un niño: sin Satanás Jehová apenas tendría trabajo y se aburriría cantidubi. El siguiente aro se ha abierto con Adán y se he cerrado con Jesús. Eva me ha llevado a María y el Árbol de la Ciencia a la Cruz del Calvario. La culpa se corresponde con la redención y el barrio de las putas con los arroyos cristalinos en la Sierra de Gredos. La cosa esta de la existencia se abre con la vida y se cierra con la muerte. Todo tiene un alfa y un omega y el *Génesis* se completa en el *Apocalipsis*. En un sistema binario como éste todo está a un lado o a otro del espejo. Aquí estoy yo viviendo y al otro lado hay alguien desviviéndome, lo que me recuerda el truco ése de destejer durante la noche lo tejido por el día, aunque con esa actitud de ida y vuelta se marea la perdiz pero no hay forma de terminar el jersey y ya estamos en noviembre. Te vas de putas y te confiesas, matas a alguien y te devoran los remordimientos. Esto del círculo es interminable. Antes el círculo alcanzaba a tu descendencia. Te comías un litro de helado de pistacho en un ataque de ansiedad y el que engordaba era tu hijo, o tu nieto. La cosa esta de la remuneración alcanza en al Antiguo Testamento hasta la tercera generación. Ahora la cuestión está más recogida en uno mismo, y que los hijos se busquen la vida, es decir, que cada cual asuma las consecuencias de sus actos.

Cuando me aburro de abrir y cerrar círculos me dedico a trasladar a los personajes clásicos al mundo actual, a ver si así encuentro de una vez la épica del hombre contemporáneo, ya saben, Aquiles comprando en el Leroy Merlín una fuente de piedra artificial para adornar la entrada del chalet adosado en San

Fernando de Henares. Sé poco del asunto, pero intuyo que el Venusberg actual está bajo la bóveda de un viaducto, donde las putas son drogadictas aficionadas que te la chupan por seis euros, una tarifa de escándalo que revienta el mercado de la mamada. No sé. Una vez leí la historia de un tipo que decide regresar a casa nadando a través de las piscinas de sus vecinos y me recordó a Odiseo, pero a lo mejor estaba flipando, me refiero a mí, no al personaje. O a lo mejor sí.

Otra forma de buscar correspondencias es juntar aleatoriamente las palabras. Algunas veces brotan poderosas imágenes que hablan de enjambres de monedas o de una gota de sangre de pato vertida junto a las multiplicaciones, pero para que eso ocurra tienes que ser un genio como Federico, o como Arthur. En otras ocasiones no salen más que tonterías, como la del hombre aquél que sentía la tristeza de los calcetines rojos, pero así son las cosas. No es fácil delimitar la iluminación de la alucinación. En definitiva yo, si pudiera elegir, sería inspector de tormentas más que de alcantarillas. Al fin y al cabo todo lo que merece la pena aprender lo susurra el viento.

Cuando he terminado de jugar a mis jueguecitos mentales se me ha colado en los huesos la sensación de la muerte. A mí personalmente me parece hermosa la muerte, pues en definitiva es un proceso de simplificación que me reduce a la química primordial de la vida. La muerte es minimalismo en estado puro. Siempre me ha gustado la tabla periódica de elementos, tan ordenada ella, tan deslindada, tan coloreada, tan sutil y amorosa. Me conforta saber que cuando se tuercen las cosas siempre nos queda el berilio y el tungsteno, con quienes mantengo un afer sentimental a pesar de la distancia y el tiempo.

Durante una temporada, cuando era más joven, pensé que la muerte podía alterar el curso del universo. ¿Qué habría pasado si los padres de Hitler hubieran abortado el feto, o si al menos hubieran usado condón? Respuesta larga: seguramente habría aparecido otro guillado de similares características porque el hueco estaba allí, y ya se sabe que la necesidad crea el órgano. Hoy por hoy creo que la vida sigue su curso inamovible, como una especie de bulldozer cuya trayectoria es imposible alterar, tanto si muere el Papa como si el que palma es un pastor calabrés. La vida es un poco como el movimiento de los astros, a los que les importa tres cojones lo que hagamos los humanos. Ellos van a lo suyo, los astros me refiero, y desde su punto de vista los humanos debemos ser como batracios chapoteando en la charca y dando de cuando en cuando pequeños saltitos hacia el cielo. O como insectos en una pella de barro.

De pequeño pensaba que el alma resbalaba del dedo meñique en el momento del tránsito. Al parecer el alma pesa veintiún gramos, que es lo que dice la báscula que pierdes cuando te vas. Por cierto, manda huevos eso de pesar a alguien que la está diñando. Yo tengo una frase preparada por si me da tiempo a improvisarla en el momento decisivo, que es cuando todo el mundo está mirando, eso suponiendo que haya alguien a tu lado. La frase es *Ha sido un placer pero yo me abro*. Como cura de adelgazamiento la muerte es infalible. Si algo tiene pirarse de la vida es que te quedas en los huesos.

Uno se muere una vez de verdad, pero hasta ese momento puede ir haciéndose a la idea con las muertes metafóricas con las que nos obsequia la vida. Yo, sin ir más lejos, practico una suerte de enterramiento al recluirme en este se-

misótano. O al menos una suerte de semienterramiento. Para la muerte cerebral no hay nada como acodarse en la barra de un bar y empezar a pedir cubatas, o pasarte todo el día viendo la tele. Si conjugas ambas actividades el tiempo del proceso degenerativo se reduce a la mitad. Por eso, si uno lleva cierta prisa, puede elegir un bar con tele a toda pastilla y con mucha gente hablando. Como muerte alternativa también está el orgasmo, la *petit mort* de los franceses. Puedes ver la tele, inflarte a cubatas y matarte a polvos. O a pajas.

Esto de la muerte da mucho juego. Está la muerte propia, en realidad la única que importa, la ajena, la muerte por la patria, la inmolación a algún Dios desconocido, de esos que se alimentan con la sangre de los seres humanos, como vampiros escapados del Olimpo. Hasta la Última Cena los dioses se comían a los hombres. A partir del ágape aquel de los ácidos los hombres nos comemos la carne y la sangre de Cristo. Sin duda Jesús fue un tipo genial y un gran revolucionario. No se le ocurre a cualquiera transformar el contacto con la divinidad en una cuestión gastronómica. Genial. Si tuviera cráneo me lo quitaría.

En cuanto a eso de las tumbas, hay varias formas de verlo. Puedes pensar que la tumba es una estancia lóbrega donde habita el eco, y recrearte en el sonido de la tierra golpeando el ataúd, o considerar ese mismo hueco en la tierra como un sexo generoso que te acoge al final de tus días, una especie de vagina que te conduce al útero primigenio. En este último sentido morir es regresar al lugar de donde viniste tras darte un garbeo por el planeta, lo que nos lleva a la idea del principio, la de que las cosas, cuando las miras con detenimiento, se curvan y adoptan la forma de un círculo. Todo parece dar vueltas en este universo circular: los planetas, las obsesiones, los sentimientos. La idea es interesante porque a partir de ella puedes concluir fácilmente que en un universo curvo y finito siempre regresas al punto de partida.

En cualquier caso la muerte es un suceso intrascendente magnificado por los familiares del finado y por los poetas. Ninguna muerte ha cambiado nada, por mucha importancia que se le haya dado al muerto en los funerales. Tampoco ninguna vida, lo que pasa es que nos gusta creernos poderosos, pero cuando nos encubramos viene la Naturaleza y pone las cosas en su sitio. Deberíamos tomar nota. Al fin y al cabo las hojas de los árboles se caen y se pudren en el suelo sin montar el pollo que montamos los humanos. No sé a quién se le ocurriría esa tontería de seguir viviendo en el más allá, y lo de la resurrección de los muertos, que ya es de mear y no echar gota. Yo me imagino el día el Juicio Final por la tarde a millones de calvos deambulando por la superficie de la tierra sin saber dónde encaminar sus desangelados pasos. No hay fútbol, no hay tele, no hay bares de alterne. Y ahora, ¿qué hacemos?, ¿adónde vamos? Menuda putada eso de la vida eterna.

Me gusta esa imagen de la hoja que se desprende de la rama y cae lentamente a la tierra, donde se junta con otras hojas y se transforma en humus. Una hoja volando o una brizna de hierba seca arrastrada por el viento describe unos movimientos que forman parte de un código hipnótico. Si uno consigue descifrarlo y aprende a escuchar el sonido del vuelo con detenimiento puede resultar bastante revelador. Al fin y al cabo el único libro que debería leerse en las escuelas es el de la Naturaleza, pero qué quieren, a mí me encantan las historias que encierran esas pilas de hojas cosidas por uno de los cantos. Recuerdo la secuencia de una película, *American* algo se llamaba, *American beauty*, creo, donde un personaje dedica su tiempo a filmar la vida. En un momento determinado graba el baile de una bolsa de plástico volando en el aparcamiento del supermercado. Es en estos casos cuando dudo de si lo que estoy viendo es muy profundo o muy estúpido. Supongo que depende de los ojos. Mis ojos miran la bolsa y me ven a mí en plan metáfora plástica arrastrado por el viento de la vida. Dicen los manuales de retórica que si uno insiste en la metáfora llega a la alegoría. Por este camino el viento puede ser la vida o Dios, que es como solemos llamar los humanos a las fuerzas que no entendemos y que nos zarandean sin remisión. Yo, en esto de la vida, intento estar atento todo el rato, como esos niños que se agarran a la barra del carrito, porque donde menos se espera salta la liebre. La hoja, cuando cae, parece que desciende a cámara lenta, como si se deslizara por un aire más denso. Las bolsas van más a su bola.

Me gustan las hojas que se desprenden y me gusta el proceso de putrefacción, donde la materia expresa toda su pureza. Si se me concedieran tres deseos, uno de ellos sería que las cosas se pudrieran desprendiendo un aroma agradable, a mandarina, por ejemplo, o a sándalo. A veces pienso que si lo podrido olierá bien sería definitivamente bello, pero luego me acuerdo de que no conviene alterar el orden de la Naturaleza con caprichos personales. El veneno de la víbora es tan parte del universo como las nieves perpetuas que se contemplan desde Darjeling, así que el olor de la putrefacción es desagradable por alguna razón que es mejor no cuestionar.

En este universo que Dios creó a golpe de palabras lo único que puede ordenar el caos de mi cabeza es el lenguaje. Antes de refugiarse en mi cráneo el caos estaba por ahí dando vueltas y Dios se dedicó a ordenarlo hablando, hágase la luz, sepárese el cielo de la tierra y todo eso. El trabajo se las trae, y Dios quedó tan exhausto que tuvo que descansar el domingo. Más adelante los ingleses añadieron el sábado como día de molicie e inventaron el week end. A mí, ya que he vivido tantos años en él, me hubiera gustado ver el caos desde fuera, ya saben, la luz conviviendo con la oscuridad en una especie de luz negra, la que debió ver Víctor Hugo cuando palmó. Lo intenté alguna vez mezclando LSD con Jethro Tull, pero los resultados del experimento no fueron los deseados.

Delimitar es poner tabiques a la realidad, que, para que se hagan una idea, es como ponerle puertas al campo. La realidad se resiste a los límites, y es lógico, porque lo que a ella le va es la ambigüedad y la plurisignificación. Plurisignificación, vaya palabra. Si la utilizas con frecuencia el día menos pensado te

hacen catedrático de estética. Uno se encuentra auténticos verdugos que se estremecen con la música de Wagner y después de llorar con la inmolación de la valquiria se van a gasear a unos cuantos judíos. Hay quienes aman a los caballos y les susurran confidencias en la oreja y un buen día ensartan a su mujer en el biello porque la cena estaba fría. Debería haber un tabique para separar los comportamientos, lo que aportaría un poco de coherencia a la especie humana, pero me temo que con tabiques y todo las cosas seguirían mezcladas, y es que, como les decía más arriba, parece que cualquier ser humano lleva en su interior la posibilidad del cerdo y del ángel, posibilidades que suelen manifestarse simultáneamente.

Esta mezcla, en el fondo, está bastante bien. Yo personalmente nunca sé qué comportamiento me va a salir, si el porcino o el angélico. A lo mejor me da la vena y ayudo a una mujer madura a subir el carro de la compra o a lo peor se me cruzan los cables y la empujo por las escaleras del metro. La ventaja de tanta imprevisibilidad es que el futuro siempre es una fiesta sorpresa en la que es imposible saber qué va a pasar a continuación. ¿Quién vendrá? ¿Por dónde? ¿Quién se irá? Ni idea. A lo mejor sales de casa con la mejor intención, apuntarte a *Payasos sin Fronteras*, por ejemplo y de repente te ves convertido en un asesino en serie simplemente porque esa mañana te ha mirado mal el portero y te ha recordado a tu tío de Almería, que cuando eras pequeño te obligaba a chupársela durante la siesta. Las heridas han empezado a supurar, has subido a casa, has serrado el cañón de la escopeta del abuelo y has organizado en el Caprabo una masacre del cagarse, en plan Puerto Urraco pero en Alorcón.

Lo de ordenar el caos me suena a ordenar armarios: todos los calcetines emparejados y las toallas dobladas en su estante. Abajo, las sábanas, arriba, los jerseys. A mí personalmente me gusta el caos, que es lo que segrega naturalmente mi cerebro, debe ser porque al estar en constante movimiento lo mezcla todo. Yo creo que hay dos aspiraciones absurdas en la especie humana: ordenar el caos y que se detenga el tiempo. Dicen que el tiempo es un masai. No sé. En ese caso, y según los estereotipos culturales sobre los africanos sudsafricanos, ha de tener un mango espectacular. Para encularte mejor. Sin duda.

Si hay algo que se repite una y otra vez en mis sueños es la sensación de recorrer pasadizos dispuestos a distintas alturas en forma de laberinto, como si avanzara por las galerías de un hormiguero.

Esta noche he soñado que me encontraba en unos grandes almacenes, ya saben, esa versión moderna del laberinto de Teseo, pero sin Minotauro y sin ventanas. En mi sueño la gente arrastraba los carritos con desolada resignación, como mineros remolcando las vagonetas cargadas de ganga. Hay algo esencialmente indigno y desalentador en el acto de empujar un carrito en un centro comercial. Abuelas con sus nietos, familias que recubren el odio con una capa finísima de felicidad ficticia, padres divorciados con hijos o sin ellos, bandadas de adolescentes desorientados deambulaban por todos lados. Las cajeras cobraban los productos y los empleados los volvían a colocar en los estantes. Los clientes salían del establecimiento, bajaban dos o tres escalones y se sumergían en las aguas negras e inquietantes de un pantano. Cerca del horizonte una luna fina como el recorte de una uña seccionaba el vientre de las nubes.

Yo salí con mi carrito vacío y miré el pueblo cuya espalda estaba pegada al acantilado. Recuerdo que pensé que lo que erosionaba las paredes y las tejas no era el tiempo, sino el incesante ir y venir de las olas. La idea, extravagante en sí misma, dibujó en mi imaginación unas cuantas ciudades sumergidas y algunas estatuas enterradas en el fondo arenoso de los mares interiores.

Soy un ardiente defensor del fragmento y de los guisos ligados con sobras de otros guisos, ropa vieja los llama mi madre. En definitiva esta historia en la que trabajo con la disciplina de un monje cisterciense está construida con trozos de palabras escritas en los muros, en las puertas de los urinarios, en los panfletos publicitarios que sobresalen de los buzones como lenguas multicolores, en las bibliotecas municipales, en las inscripciones talladas a navaja de los pupitres, en las mesas de los mesones, en las lápidas, en los campos de maíz, en las curvas de los arroyos, en el cielo de octubre, terso y limpio como una despedida.

Dejando a un lado la psicóloga aquella que estaba como un camembert con mermelada y al tipo de la pipa, he ido dos veces más al psiquiatra, las dos veces a psiquiatras distintos. Ninguno de los dos me dio una explicación razonable de mis alteraciones, pero los dos me cobraron una minuta exagerada, sin duda para reforzar así mi confianza en su sabiduría, ya saben, si cobra tanto es que debe ser una eminencia. Los dos me aliviaron la cartera y me recetaron Prozac. Eso fue todo. Uno de ellos me dijo que dejara de leer libros de gente tan torturada, o al menos que dejara de creérmelos. El Prozac no llegué a comprarlo, no porque esté en contra de la farmacopea, sino porque creo que, en lo que concierne a mi cabeza, lo que no solucione un diálogo con Nietzsche no hay química que lo remedie.

Después del fracaso de la psiquiatría fue cuando decidí recluirme una temporada en este semisótano que he alquilado por un módico precio. Aquí en el subsuelo he desarrollado mi propio método de autoayuda. Mi terapia personal es sencilla y completamente inocua. Consiste en obligar a mi mente a permanecer pegada a mi cuerpo. Cuando lo consigo, enfoco el espíritu hacia dentro y me dedico a bucear en mi interior con la intención de drenar las aguas pestilentes que anegan la sentina.

Es especialmente importante para mí mantener la mente cerca del cuerpo porque el cuerpo es lo que me vincula al momento que estoy viviendo. Lo que me pasa habitualmente es que se me pira la pinza. Yo soy de los que salen del portal y cuando están en la parada esperando el autobús se dan cuenta de que la imaginación se ha quedado en el edificio, en este momento está subiendo los escalones de dos en dos para desnudar a bocados a la vecina del sexto, un poco ajamónada ya pero que todavía está buena la jodía. Esto, que para otros puede ser un juego, a mí se me convirtió en problema.

Aquí, en el subsuelo, me encuentro protegido. Al fin y al cabo de la tierra es de donde procedo y a la tierra regresaré. Además, yo en mí mismo soy tierra, con una parte vegetal y un porcentaje de mamífero superior, si creo la historia esa de que Dios es el Alfarero que me ha moldeado de barro y me ha insuflado el espíritu por las narices, y yo sí la creo. Por otro lado en el semisótano se cumple un viejo sueño. Entre ustedes y yo, siempre he tenido vocación de rizoma de lirio o de bulbo transparente como la cuenta de un collar gigantesco, la cebolla de un tulipán, por ejemplo. Un árbol permanece toda su vida en el mismo sitio mientras que yo me paso el tiempo corriendo de un lado a otro, seguramente porque carezco de fe en mi propia naturaleza. Me gustaría estar quieto y crecer con el ritmo de los abedules. De momento estoy bajo tierra. Veremos si broto con la primavera.

Esto de descender al interior de la tierra es bastante literario, y ya está suficientemente currado en los textos escritos con anterioridad. La diferencia es que antes uno descendía físicamente y deambulaba entre los muertos como Pedro por su casa preguntándole a uno, hablando con otro, que es lo que hace Ulises. Siempre se cuenta de Ulises que el pobre estaba todo el rato deseando volver a Ítaca con Penélope, pero a mí me parece que tenía pocas ganas de re-

gresar a casa con la parienta, y que a quien realmente busca es a su madre, como el chaval ese que viaja de los Apeninos a los Andes, y es que las consultas de los psiquiatras y las reuniones de Alcohólicos Anónimos están atestadas de individuos perjudicados por sus progenitoras. Ulises encuentra finalmente a la mamma en el mundo de los muertos y Marco en el altiplano boliviano o por allí cerca. Otro al que le va el rollo necrófilo es al Dante, que se pega un paseo entre los condenados a las penas eternas clasificados cuidadosamente en círculos y en estantes, lo que le da al más allá un peculiar aspecto de trastienda de ferretería.

Ahora, con esto de la modernidad, el descenso a los infiernos es un viaje por el subconsciente, lo que a la corta resulta más cómodo, pues al fin y al cabo el subconsciente es algo que uno siempre lleva puesto, como el páncreas o la hernia de hiato. Me pregunto si también el limbo está dentro de mí, junto a los bosques de Irati, la Selva Negra y Springfield. A mí personalmente me gustaba el limbo, pero ahora los teólogos dicen que no existe. Es una pena. Me pregunto dónde irán a jugar los niños que han muerto sin bautizar, esos niños a los que no les dio materialmente tiempo de hacerle ninguna putada a sus semejantes.

Lo bueno de los viajes interiores es que no tienes que reservar, nunca hay overbooking, y uno siempre se tiene a mano, con lo que tu cuerpo puede estar en la recepción del embajador de Bielorrusia o en la cola de la panadería, y tu mente chapotea en antiguos rencores de los que sólo tú te acuerdas, o se sumerge en esa cálida sensación de irrealidad que dejan las cicatrices emocionales en el cerebro. Al fin y al cabo el alma está tejida de atardeceres en el Nilo y de alas de libélulas.

Mi problema cuando la mente se desgaja del cuerpo y se va a dar un paseo es que nunca sé si va a volver. Ahora mismo, mientras estoy escribiendo esto, nada me asegura que mi cuerpo no esté inmóvil en una silla de ruedas aparcada en el jardín de una residencia de ancianos o en el pabellón de adictos de un hospital psiquiátrico, y que todo el rollo ese de ir a reponerme al subsuelo no sea sino una nebulosa secreción de mi espíritu para huir una vez más de la realidad física, que no sé qué tendrá pero el caso es que nunca quiero estar en ella. A lo mejor ni siquiera estoy escribiendo sino que toda la secuencia interminable de palabras se va almacenando en el cuarto trasero de mi cerebro y el esfuerzo por memorizar cada frase en el lugar adecuado me da ese aire de ausencia que caracteriza a los pirados. No sé. A mí personalmente me gustaría algún día poder sentarme en la terraza de un sanatorio para tuberculosos, arrebujarme en la manta y contemplar el paisaje mientras siento que crezco como crece el lúpulo por la noche, en vez de estar pensando todo el rato que tengo que escribir la continuación de *La montaña mágica*, a ver si me hago famoso de una vez por todas.

Es posible que no esté donde creo estar, o donde les digo a ustedes que estoy, y que uno de los enfermeros de la residencia me acabe de dar una hostia cuando nadie miraba porque es la tercera vez que me cago esta mañana y él, el pobre, está muy estresado. Su vida es una mierda, su trabajo es una mierda, su parienta es gorda y fea, y huele a repollo, o a sopa de verduras, su hijo no responde ni de lejos a ninguno de sus sueños, nadie reconoce sus méritos reales. Para colmo su cuñado tiene un trabajo mejor que el suyo y se lo recuerda todas

las Navidades. Al enfermero de marras le gustaría tener un rollete con una compañera del curro para alegrarse las pajaritas succionado esos pezones que se imagina densos y oscuros como ciruelas, pero la compañera seleccionada para tales menesteres apunta más alto y está intentando camelarse al jefe de planta, a ver si así asciende de una vez, aunque sea por méritos de cama. Con frecuencia le viene la imagen de Inmaculada, su compañera, arrodillada en el cuarto de las escobas comiéndole el micrófono. Mi cuerpo encaja la hostia con resignación de viejo boxeador y un hilillo de baba sucia y viscosa me desciende por las comisuras de los labios. Mi venganza es mover el intestino y producir un nuevo zurullo antes de que me pongan los pañales. Éste me ha salido en su punto, ni muy duro ni muy blando, y huele a fabada.

No sé si su trabajo incluirá visitar a los topos voluntarios como yo, pero si se me apareciera el mago de la lámpara le pediría de inmediato mi primer deseo: vivir permanentemente en el límite entre lo real y lo sobrenatural. Ya sé que es un deseo extraño, que la gente suele pedir coches de lujo y tías de la gama alta, además de una visa oro inagotable para sufragar una vida prescindible, pero si Dios me hizo raro, él sabrá las causas. Raro y todo me cuida como a cualquiera de sus criaturas, lo que me hace pensar que debo encajar en alguno de sus planes. En un plan raro, desde luego.

Siempre he pensado que conviene tener decididas las cosas importantes para que la vida no te pille con los meados en el vientre. Lo de los tres deseos es una de ellas. El segundo sería visitar el infierno. En el caso de que el genio de la lámpara me conteste que sólo se puede entrar en el Averno con cita previa y en una visita guiada, me gustaría que me condujera una mujer, que es lo suyo. Aparte de que las mujeres saben cosas que los hombres ignoramos, desde niño he sido incapaz de encontrarle su aquel al mundo masculino, un mundo más estrecho que el desfiladero de las Termópilas. Debe ser porque sus límites son el fútbol, la cerveza y las huríes del puticlub. Más allá de esto no hay sino un inmenso vacío y la luz monocroma del silencio.

Me parece que todavía no les he descrito dónde vivo, pero la verdad es que no hay mucho que contar. En mi casa todo es muy simple. Al abrir la puerta descendes una escalera de madera de tres peldaños. Las paredes están pintadas de verde y el suelo es un ajedrezado de baldosas que un día fueron marrones y amarillas. El tiempo y la suciedad han igualado bastante el color. Algunas sueñan rítmicamente cuando las pisas. Supongo que si me sentara sobre ellas en la posición del loto podría sentir cómo pasa lentamente el tiempo, pero la verdad es que el asunto ese de la sucesión de los segundos me parece bastante insustancial, y por más que lo intento no me angustia en absoluto.

Hay por ahí una tribu de indios americanos que usan una sola palabra para denominar lo que nosotros designamos con tres: pasado, presente y futuro. De esta manera viven en una especie de presente sin orillas. Son unos indios espabilados, desde luego, porque el presente es el único territorio que permanece limpio todo el rato, como listo permanentemente para ser estrenado. Cuando el tiempo se remansa en un presente continuo es más difícil que germinen los resentimientos y que estés todo el rato dándole vueltas a la putada que te hizo aquella novia de los trece años cuando se fue con otro, así reviente por un ojo, o que tu rebeldía se base en algo tan absurdo como haber sido acusado injustamente de mear en la fachada de una casa cuando tenías cinco años. Es de suponer que a esos indios tampoco les acojonará el futuro. Si no pueden nombrarlo seguramente no existe para ellos. Sin pasado, sin futuro deben vivir más felices que la calandria esa que le cantaba al preso y tan en paz como las flores del campo, ya saben, ésas a las que Dios viste de gala sin que ellas hagan nada para merecerlo. Como casi todas las angustias humanas, ésta del paso del tiempo parece un agobio artificial creado por los hombres a base de palabras rimbombantes, que son las que usan los pedantes para darse importancia.

A veces, cuando vivía en el campo, me sentaba en la entrada de la cueva, junto a una cabaña que había construido con mis propias manos y me pasaba el día, desde el amanecer hasta el ocaso, mirando cómo cambia la luz en la rama de un limonero. La verdad es que mirar es una experiencia flipante. Yo, por más que miraba la rama, sólo percibía la intensidad de la vida. De la angustia metafísica por el deterioro de las cosas, ni rastro. Dice el filósofo del bigote, ése que parece sacado de un frasco de linimento Sloan, que consideramos bello lo que nos devuelve la imagen de nosotros mismos y feo lo que nos muestra la misma imagen, pero deteriorada. No sé. Supongo que se referirá a la imagen ideal porque en cuanto a la real, como decía otro filósofo con bigote, yo nunca pertenecería a un club que admitiese gente como yo. En cuanto al tiempo, es mi colega y mi aliado. Tenemos un pacto. Yo le dejo hacer su trabajo y él me asegura que algún día se acabará todo esto y que yo me iré como he venido, en silencio y sin dar el coñazo.

Cuando me levanto por las mañanas practico una especie de ritual. Me encantan los rituales. Siempre hay en ellos algo de magia y de conjuro, de pacto con las fuerzas que gobiernan lo invisible. Mi ritual doméstico es muy sencillo y está al alcance de cualquiera. Consiste en repetir con la mayor exactitud posible los movimientos que hice la última vez que salté de la colchoneta. A pesar de todo lo que les he dicho hace un momento, mi naturaleza contradictoria e inconstante me obliga a mantener, contra toda evidencia, la esperanza absurda de que puedo hacer retroceder el tiempo hasta la última intersección y obligar a mi vida a que discurra por el derrotero que deseché para seguir éste. Ya sé que es como intentar torcer una profecía, que te asesinará tu nieto por ejemplo, o que matarás a tu padre y te follarás a tu madre, hay que ver qué brutos eran los griegos profetizando, pero qué quieren, esto es lo que hay en nuestra tradición cultural. Aunque practico el ritual una y otra vez, nunca pasa nada, pero esto es como la lotería, hay que comprar una y otra vez el décimo para que algún día te toque. Cuando me levanto dejo el pijama en el suelo y me tumbo desnudo sobre las baldosas. He hecho una marca con tiza que reproduce el contorno de mi cuerpo para tumbarme siempre en el mismo sitio. Parece que no, pero los detalles son importantes. No lo tengo muy claro, pero creo que mis pies están orientados al Este, que es por donde sale el sol. Conviene dedicarle la atención debida a esto de la orientación si es que quieres captar las corrientes de energía que circula por todos lados. Al menos eso es lo que dice mi libro de Fen Sui. Si consigues encontrar el flujo adecuado y enchufarte a él ya tienes bastante avanzado. Las baldosas están frías, así que cierro los ojos y me imagino que he muerto. Dicen que los muertos descansan de preocupaciones y desasosiegos. No lo sé. Para mí hacerme el muerto es un truco que espanta el desaliento y esa tristeza infinita que brota de los huesos desde que tengo memoria.

Estoy un poco cansado de hablar todo el rato de mí, así que éste podría ser un buen momento para introducir otros personajes. Podría hablarles de mi familia, si la tuviera, o de mi suegra, caso de existir, pero me temo que todo esto les resultaría bastante aburrido. Al fin y al cabo uno siempre habla de sí mismo, aunque en lo que escriba salgan cuatrocientos personajes y unas cuantas guerras napoleónicas. También les pasa a los pintores, que siempre están bosquejando su autorretrato, aunque el tema sea la inseminación artificial de Dánae o la lascivia de dos viejos verdes espiando el baño de Susana.

Suelo caminar por la vida con el paso cambiado, seguramente porque escucho otros tambores. Es probable que eso explique mi tendencia al aislamiento, incluso cuando estoy rodeado de gente, pero que me aisle no significa que a lo largo de mi vida no haya conocido personas capaces de llenar una estancia de desasosiego nada más pisar el umbral y seres que emanan la sensación de que nada malo puede pasarte si permaneces junto a ellos. Conozco grandes hombres que miden metro y medio y gigantes que son la personificación de la insignificancia, pero la verdad es que no me apetece nada hablarles de todo eso.

De mí les puedo decir que soy capaz de hacer cualquier cosa con tal de mantener la esperanza. Puedo tergiversar mis orígenes, inventarme una familia y reunirla los domingos en alguno de los comedores de mi imaginación, puedo apuntarme a un curso por correspondencia de guitarra eléctrica e incluso aprender a bailar tangos en la academia del barrio. Como les digo, cualquier cosa antes de dejar que se instale en mí el desánimo. Mantengo así la ilusión, en contra de toda evidencia, de que tras la siguiente esquina hallaré por fin el lugar al que pertenezco, donde la gente me quiere por lo que soy y se dirigen a mí usando mi nombre de pila.

Soy consciente de que mis fantasías me pueden traicionar en cualquier momento como sólo ellas saben hacerlo, que es derrumbándose con estrépito y dejando al descubierto el entramado de las bambalinas. Lo malo de inventarte una familia es que, antes o después, te encuentras con la verdadera, y en ese choque la zona débil siempre es la parte de la fantasía, que salta hecha añicos, con los consiguientes daños colaterales, aunque en última instancia siempre puedes contratar a algunos actores en paro para representar la cena de Navidad con familia feliz incluida o con Sagrada Familia, según los gustos. Ya puestos la cosa puede continuar con la escenificación del Auto de los Reyes Magos el seis de enero y con la Pasión de Cristo el Viernes Santo. Ya se sabe que la vida es el escenario, la humanidad los actores y el director Dios.

Reconozco que pierdo con frecuencia el sentido de la realidad, y eso no hay quien lo mueva, pero en ocasiones es la propia realidad la que, por la razón que sea, pierde ella sola el sentido y ya de paso las cualidades más apreciadas por sus defensores acérrimos, ya saben, la solidez a toda prueba, la coherencia, tan renombrada ella, la simetría, la estabilidad, y esa sensación de verdad que se te pega al paladar cuando te para la Guardia Civil y te pide los papeles. En mi caso cuando se mueve el piso no sé si he sido yo o si ha sido ella la responsable del desaguado. Les pongo un ejemplo. Supongamos que soy una persona feliz-

mente casada, que un día salgo de mi feliz trabajo y me acerco a unos grandes almacenes para comprar unos alicates. Allí, en el mostrador de la ferretería, rodeado de las más fascinantes máquinas de bricolage, levanto la vista y reconozco las mechas rubias y el abrigo de mi mujer, todo piel sintética por eso del respeto a los animales. Como un buen esposo me acerco a saludarla. Le toco en el hombro, le regalo la mejor de mis sonrisas, la que me sale lenta y un tanto tímida, pero cuando voy a besarla reacciona violentamente, manotea, pide ayuda, que me violan, que me violan, grita, quítenme de encima a este degenerado. La gente deja de comprar y pega la oreja. Incluso se forma un corrillo de clientes y dependientas. Alguien que sabe karate me inmoviliza con elegante pericia oriental en el suelo. Se acercan dos guardias de seguridad, de esos que no hacen demasiadas preguntas, y me conducen a una habitación pintada de gris donde hay una mesa gris y dos sillas metálicas también grises. Tres horas más tardes me dejan ir. Cojo el tren y regreso a casa, donde la parienta me espera con las pantuflas preparadas, el jacuzzi a punto y mi cena favorita en el horno. Después de cenar le ayudo a recoger la cocina, vemos un rato la tele y hacemos el amor con la pasión habitual, que a estas alturas es de tono medio bajo, tirando a muy bajo. Ninguno de los dos menciona el incidente de los grandes almacenes ni esa noche ni ninguna de las catorce mil seiscientas treinta y dos noches que dura nuestro feliz matrimonio. A eso me refiero cuando digo que la realidad es poco de fiar, al menos para mí, y es que lo insólito habita entre lo cotidiano y lo siniestro tiene ese aire familiar de los cumpleaños en Mac Donald.

Yo, si estuviera casado, jugaría a los secretos con mi esposa. Hay que combatir la rutina con un poco de misterio, aunque sea misterio artificial. Nunca le diría adónde voy, ni permitiría que ella me lo dijera. Luego, cuando coincidiéramos en el transcurso de los días en una mesa o en una cama, mentiría con aplomo y escucharía impasible sus mentiras. Es importante poner cara de póquer, hablar con seguridad y no dudar en las fechas ni en las horas. Cuanto mayor sea la bola, mejor. Está en la primera cartilla de quien aspire a transitar por la vida en plan turista imaginario.

Las emociones tienen su lógica, una lógica tan inexorable como la que mueve los guarismos de una ecuación, lo que pasa es que es una lógica menos estudiada que no sirve para hacerte rico recalificando terrenos o apostando a la ruleta. La lógica de las emociones no produce resultados inmediatos ni tangibles, ni sirve para que te rebajen un punto o dos el interés de la hipoteca, ni tampoco la puedes usar para pagar el colegio de los niños. No sólo es una lógica inútil para negociar con el aspecto práctico de la vida sino que funciona al revés de cómo lo hace el mundo físico. Cualquier gurú del tres al cuarto te dirá que en el universo de las emociones cuanto más das, más tienes, y que la forma de aumentar el odio, el amor, la generosidad o la displicencia es regalándolos. Las cuentas corrientes, sin embargo, siempre tienen un movimiento descendente. Al menos yo, siempre que consulto el saldo, veo que hay menos pasta. Por otro lado la trayectoria de las emociones tiene forma de bucle, o de vuelo de boomerang, cosa que no ocurre con una piedra, o con el viaje migratorio de las aves. Quiero decir que aquello que emites te regresa por la espalda y centuplicado. Por una extraña ley de las remuneraciones, la vida te devuelve incrementado lo que aportas a ella. El dinero, sin embargo, mengua conforme vas pagando recibos, y nunca regresa por la espalda salvo en forma de descubiertos e impagados.

Una de las emociones más flipantes es el dolor. Me refiero, por supuesto, al dolor del alma, no al que se genera cuando te pillas los dedos con la puerta partiendo almendras en el quicio. Con respecto al dolor, he averiguado que cuanto más alimento el que se asocia a la desaparición de un ser querido más retardo la ascensión de su alma hacia donde sea que ascienden las almas. Yo creo que cuando lloras en exceso por alguien en plan plañidera, urdes unas maquinaciones para no dejar marchar al finado, normalmente por egoísmo y por miedo a quedarte a solas contigo. Así, mientras vampirizas a alguien, aunque sea un muerto, parece que estás un poco menos solo. Para combatir la soledad también te puedes comprar una muñeca hinchable, vestirla de Escarlata O'Hara y presentársela a tus amigos. Seguro que al poco tiempo se hace tan popular que la llaman para invitarla al cine, o a la cuestación de la Cruz Roja. Dicen que morir es como volver a casa después de un viaje. A mí, por si acaso, que me entierren en una ladera frente al mar, una ladera plantada de viñas, si es posible, para pasar la muerte de vacaciones. Y que nadie rece por mí, por si acaso.

Recuerdo que cuando era niño y vi por primera vez morir a alguien deseé hacerme lo más pequeño posible para que la Muerte pasara de largo sin verme. "Algún día me tocará a mí, pero hoy no", me decía, y me encogía un poco más sobre el ombligo. La verdad es que las soluciones que se ingenian en la infancia para sobrevivir a las distintas situaciones son alucinantes. Yo no sólo jugaba a hacerme pequeño, como el increíble hombre menguante, sino que caminaba por la calle como si las aceras fueran el fondo azulado del mar. Aún hoy, cuando desciendo las escaleras del metro, contengo la respiración y bajo nadando a braza. La gente me mira raro y si voy con algún amigo me escruta con el rabillo del ojo y se le nota que siente vergüenza ajena, o hace como que no me conoce, pero a mí me da igual.

De niño también me gustaba volverme transparente, como una medusa. La transparencia exigía mucha concentración, y cuando la conseguía contenía la respiración para mantenerme en ese estado. Entonces entraba con sigilo en mi cuarto, o me acurrucaba en un rincón del armario para descubrir por el ojo de la cerradura qué hacían mis juguetes cuando nadie los miraba, pero nunca conseguí sorprenderlos. Las cosas son más listas de lo que aparentan y deben disponer de un detector de seres transparentes que les hace disimular con la misma soltura con que doran la píldora en presencia de un humano.

Con frecuencia se me ocurren ideas extrañas que no cuento a nadie. Ideas o sensaciones. Durante una buena temporada tuve la sensación de que mi alma estaba alabeada. Últimamente me miro en el espejo y me veo agujereado como un queso. La teoría del hueco dice que cuando éste se produce genera una fuerza centrípeta tan irresistible que arrastra hacia su centro cualquier objeto que se encuentre en su campo gravitatorio, un poco a la manera de la vagina de las mujeres castradoras, que en mi opinión son todas. Siempre que he introducido el hermano pequeño en la vaina de alguna hembra he tenido la sensación de que, de un momento a otro le iban a crecer los dientes a los labios mayores y me lo iban a seccionar de un mordisco. En mi caso esto es especialmente grave, pues junto con la polla yo siempre meto el corazón. Así le doy un puntito de morbo al viejo juego del mete-saca. Ya se sabe que la vida es riesgo, y quien quiera una existencia sin sobresaltos que se vaya a Benidorm con el IMSERSO a bailar el chotis y comer carne gobernada.

Uno de los huecos del queso debió ser el que atrajo a la que fue mi mujer durante veinticinco años. Nos conocimos y nos casamos, como en las películas americanas de flechazo. En la película ponen los créditos cuando los novios se besan en la boda, pero en la vida real no hay créditos, ni THE END, salvo que consideremos como tal la lápida que te colocan encima para que te estés quieto de una vez y no te vayas de paseo por los campos de la muerte. En vez de títulos de crédito disponemos de un implacable impulso de continuar hasta que las cosas alcanzan su máximo desarrollo y se agotan o se agostan, que es como agotarse pero en el mes de agosto. La cosa funcionó algunos años, los debidos. Me refiero al matrimonio. Luego a mí me dio por mezclar el zumo de tomate con la vodka Smirnoff y un día metí al gato en la lavadora. Ya se sabe lo malísimas que son las mezclas. Debí confundirlo con una toalla o lo vería muy sucio. La verdad es que el animal se pasaba la vida en el garaje ronroneando debajo del coche y estaba hecho un asco. Alicia, que adoraba a aquel animal, lloró, me llamó genocida (¿?), habló con un abogado, hizo la maleta, colocó un pósito en los muebles que había heredado de su familia que decía "Propiedad de Alicia Lindberg" y se marchó. El gato sobrevivió hasta el centrifugado, que le arrancó la última de sus vidas –la séptima, creo. Me consuela pensar que fui yo el que le abrió las puertas de la inmortalidad al animal y la puerta de la calle a mi esposa. Alicia envolvió cuidadosamente el cadáver en un trozo de lienzo, lo metió en una bolsa para congelados y se lo llevó al taxidermista, quien alabó hasta la saciedad el pelo del animal, y es que soy un verdadero experto a la hora de calcular la cantidad exacta de suavizante que precisa cada prenda. Supongo que Alicia viaja siempre con el gato disecado en la maleta, como aquellos amantes del Romanticismo que

conservaban en sal el cadáver de la amada y todas las noches abrían el estuche para conversar un rato con la momia, pero nunca he recibido unas palabras de agradecimiento. Por no recibir, ni siquiera recibo una felicitación por Navidad o una llamada el día de mi cumpleaños.

La muerte del gato me ahorró algunos años de reproches, ya saben, “podría haber sido una gran soprano, podría haber triunfado en Broadway, podría haber expuesto en el Village, podría haber ganado el concurso de repostería de mi barrio si no me hubiera casado contigo, inútil, que eres un inútil y un destrazavidas”. Sí, realmente le estoy muy agradecido a aquel gato.

Ayer pasé el día desnudo, tumbado boca arriba en el suelo. Es un truco que me enseñó alguien para combatir el estrés y que yo utilizo para vaciar la mente. Si de mí hubiera dependido, quiero decir que si me hubieran encargado el diseño del ser humano habría hecho que el sistema de cañerías y desagües alcanzara también al cerebro, y habría colocado espitas regulables a voluntad para que pudieran eliminarse fácilmente las excrecencias del pensamiento. Todos sabemos librarnos de los excrementos del cuerpo pero nadie nos enseña a desprendernos de los detritus del espíritu, que son básicamente el odio y el resentimiento. A juzgar por los testimonios de los que han estado en él, de odio y de resentimiento es de lo que está empedrado el camino del infierno.

La naturaleza es misteriosa, sin duda, pero lo que nadie puede negarle es que posee una poderosa imaginación para solventar los inconvenientes que van surgiendo a cada instante. Su táctica para superar las dificultades es simple, pero eficaz. Consiste básicamente en mantenerlo todo en constante movimiento. En eso se parece a los tiburones, que no tienen elección los pobres: o nadan sin descanso o mueren. Algunos hombres vienen de fábrica con el chip del ajeteo incorporado y la verdad es que no pueden estarse quietos. Otros, más pacíficos ellos, simplemente flotan en un punto intermedio entre el cielo y la tierra mientras esperan la muerte. Al parecer todo consiste en disponer o no de vejiga nata-toria. Estadísticamente los pacíficos son legión frente a los inquietos.

Cuando me propongo vaciar la mente me tumbo desnudo en el suelo y reconstruyo con la imaginación lo que sienten los muertos, que son los únicos que consiguen un verdadero vacío en el cráneo, por dentro y por fuera. Luego abro los brazos y pienso que me he ahogado, y que yazgo en el fondo arenoso del mar contemplando el resplandor del sol filtrado por el agua. Las olas, lo mismo que los lavabos, son flipantes vistas desde abajo. A veces, en vez del mar, utilizo un bosque de castaños. Yo estoy tumbado boca arriba, y la luz que filtran las hojas proporciona a la atmósfera la textura de las catedrales góticas. El viento mueve las ramas como si anunciara una presencia invisible y rueda un sombrero por el manto de hojas secas. Cuando la luz penetra hasta los huesos me siento en el suelo y abrazo mis piernas para desprenderme de los últimos residuos de los pensamientos negros. Hay infinitas variantes de la posición fetal, pero a mí la que me gusta es ésta. Más que una regresión al útero, que es como normalmente se interpreta, creo que esto de encogernos sobre nosotros mismos es la postura que adoptamos instintivamente los mamíferos para proteger los órganos reproductores de las agresiones externas. Al fin y al cabo a la Naturaleza no le interesas tú, sino tus cromosomas, y cuando los has transmitido no tienes para ella más función que una hoja muerta. En esto la Naturaleza funciona como el ejército. No importa el individuo, sólo el regimiento.

Yo creo que el asunto éste de proteger los cojones es algo que la Naturaleza se toma muy en serio, y por eso nos instala un chip que nos hace ovillarnos sobre el ombligo a la mínima. Yo, como individuo, soy prescindible, pero la especie parece opinar otra cosa, no de mí, sino de la especie en sí misma. No sabemos qué objeto tiene reproducirse n veces sin apenas variantes, pero así es.

En el tema éste de la reproducción es inevitable recordar las palabras de la *Biblia*, que, en versión libre, viene a decir que caminemos por la superficie del planeta y repoblemos la Tierra. Más o menos. Cito de memoria y nunca estoy seguro de transcribir las palabras exactas. Más bien estoy seguro de utilizar las inexactas, porque en mi mente todo se mezcla: libros, recuerdos, imágenes, sueños. Inevitablemente lo que sale por la punta del lápiz es una especie de collage dadaísta, o de engendro del doctor Frankstein cosido a base de fragmentos calidoscópicos que se me van juntando y desjuntando conforme voy viviendo.

Creced, multiplicaos y proteged vuestras gónadas. Al parecer a la Humanidad, vayas a la hora que vayas a su casa, siempre la pillas en pleno plan de repoblación forestal. Podría habernos tocado reproducirnos por esporas, o por partitogénesis, pero yo le estoy agradecido a mí condición de mamífero, porque me encanta succionar pezones tersos y duros, excitar el clítoris con la lengua y follar. Follar envuelto en el pergamino del amor, pero follar, al fin y al cabo. Follar con las palabras, follar con las miradas, follar con las caricias, follar con los juegos. Además, las mujeres son seres asombrosos e impenetrables, y las esporas son muy aburridas. Yo sé poco de ellas, de las mujeres, me refiero, y eso que me he fijado bastante. Sé, por ejemplo, que a algunas les gusta hacerlo con la luz apagada y a otras con la luz encendida y que cuando llegan a cierta edad la mayoría prefieren la luz de las velas y los restaurantes en penumbra. Y poco más.

Hay nubes con forma de nubes y nubes que parecen enormes ciudades, o peces abismales desplazándose lentamente de Oeste a Este por un cielo tan terso que dan ganas de besarlo. Yo no soy especialmente aficionado a mirar nubes, pero me he enterado de que se han creado asociaciones de personas fascinadas con eso de mirar el cielo. Me pregunto por qué la gente se unirá a otros para hacer algo que pueden hacer por sí mismos. Si hubiera un club cuyo objeto social fuese subirse a una montaña y esperar la llegada de la segunda edición actualizada de las Tablas de la Ley, no les digo yo que no me apuntara, pero un club de mirar nubes debe estar lleno de personas con preocupantes problemas para hacer amigos.

Yo miro mucho el cielo así en directo, sin asociación ni nada, y el trozo que se ve desde este semisótano es una pasada. Siempre he pensado que las personas que necesitan mirar el cielo para estimular las fantasías, ya saben, esta nube tiene forma de berengena, aquella reproduce con exactitud el perfil de mi cuñada, mantienen un misterioso vínculo con las personas que establecieron una relación enfermiza con su madre o que dependen de que la cajera del supermercado te sonría mientras firmas el recibo para tener un buen día. O a lo mejor son las mismas. Tú te fastidias la vida y luego resulta que todo es una invención de tu mente para autocompadecerte, que tu madre, a la que responsabilizas de todas tus desgracias, se levanta con resaca un día sí y otro también, y que tú le traes sin cuidado. Es que ni se fija. La mujer lo único que quiere es encontrar una aspirina efervescente y acostarse otra vez con la botella de Beefeater, con la que mantiene un afer que dura ya varios años. Y en cuanto a la cajera que no te sonrío, hoy se le ha agriado la leche porque le aprietan los zapatos y no está para muchas fiestas, o le ha llegado la letra de aquellos cosméticos que compró en una reunión de amigas y no puede permitírselo, o le acaban de echar un chorro de aquí te espero porque le faltan tres euros con cincuenta y tres céntimos de la caja de ayer.

Hay quien mira al cielo como si en cualquier momento fuera a descender de él por unas escaleras mecánicas todo lo que la vida le debe, y es que si yo me porto bien por qué no tengo un Mercedes Benz como el de mi vecino, que es un majadero, por qué no tengo un cónyuge que mee dentro de la taza, tire de la cadena y baje la tapa una vez terminada la evacuación como mi hermana, por qué no tengo una cuenta corriente con muchos ceros detrás, unos hijos amorosos de los de sí papá, por qué, papá, por qué. Tú te haces preguntas, pero el cielo siempre tiene otros planes para ti, unos planes que al parecer te convienen más.

A mí me gustan las nubes cuando se ponen de color de rosa, lo que suele ocurrir al amanecer. En esos momentos inevitablemente me acuerdo de lo que decía el poeta ciego, ya saben, eso de los rosados dedos de la aurora. Los ojos del poeta estaban ciegos, pero en su cráneo bullían un mogollón de imágenes. Que la aurora tenga dedos, o la noche vientre, o las fanerógamas párpados siempre es de mucho efecto si lo que uno pretende es escribir un poema. Si la cosa se queda ahí, todo va bien. Ahora bien, si por combinar partes del cuerpo con elementos de la Naturaleza te crees que has hecho el gran descubrimiento,

en ese punto es en el que el asunto empieza a torcerse. El mundo está lleno de iluminados que aspiran a escuchar el susurro de Dios en los cereales con los que llenan el bol del desayuno, de flipados que piensan que han descubierto algún secreto del universo en la textura de la nube que recorre, plácida e indiferente, la bóveda del cielo.

Estaba pensando en poner un par de geranios en las ventanas, que quedan a la altura de la acera, no los geranios sino las ventanas, cuando me he quedado dormido. En mi sueño las ventanas se adelgazaban hasta hacerse una rendija vertical por la que yo sacaba dificultosamente la cabeza. Al otro lado se veían edificios y un trozo de cielo donde brillaba la luz metálica de los sueños. También había un almendro en flor. Los pétalos, vistos al contraluz, parecían recorridos por diminutas venas, lo que les daba un inquietante aspecto orgánico, casi humano, si por humano entendemos esa síntesis de fragilidad y fortaleza, esa mezcla de crueldad y ternura que parece ser la seña de identidad más notoria de la especie, o el epítome que mejor resume el camino que une la piel con la médula de los huesos.

El mundo, también el de los sueños, parece dividirse siempre en dos partes: lo que hay fuera y lo que hay dentro. El rock and roll siempre empieza de la piel hacia el interior. Quiero decir que más allá de mi pellejo se extiende el territorio inexplorado de los otros. Cuando se inventó el espejo lo de dentro empezó a ser lo de fuera y lo de fuera lo de dentro, y así estamos, con una mística de andar por casa que no sirve ni para ligar con una estudiante norteamericana de intercambio.

Lo de los geranios no sé si es buena idea. Están demasiado a mano de los transeúntes y antes o después pasará uno que crea que los tiestos tienen la culpa de que su vida sea una mierda y les dará una patada. Pero no se puede estar siempre previendo el futuro. Sobre todo previendo desgracias, que es lo que ras trea mi imaginación cuando se proyecta hacia lo que todavía no he vivido. Ya me gustaría imaginar que dentro de una semana voy a estar en una playa de arenas blancas tostándome la barriga o escalando el Annapurna. Pero estadísticamente la desgracia tiene más probabilidades de ocurrir que la dicha.

Cuando he despertado me he olvidado de los geranios y me he preguntado que haría si me quedaran unas pocas horas de vida. Es una suerte que sólo me quepa un pensamiento en el cerebro. Así, para que entre el siguiente ha de salir el anterior. Hubo un tiempo en que mi cabeza era como el baúl de la Piquer, y aquello era un lío de ideas, imágenes y sentimientos. Ahora todo es mucho más sencillo.

Ya sé que a todos nos quedan unas pocas horas de vida aunque no haya una ejecución por medio o alguna enfermedad terminal de esas que te devoran por dentro, pero parece que cuando te van a fusilar o el médico te sugiere que vayas al notario a poner tus cosas en orden queda todo como más dramático. Las enfermedades terminales y los fusilamientos, también los planes de suicidio, no dejan de ser una forma de estimular artificialmente las emociones, un recurso manido de los folletines para sentir a vida a tope, un poco como tomarte medio bote de anfetaminas e irte a una discoteca o como apuntarte a un partido nacionalista radical. Pensar que la vida es intensa porque se acaba es el recurso del que se aburre como una ostra.

Yo, si decidiera suicidarme, me arrojaría al patio de butacas en medio de la representación de *Tristan und Isolde*. Me convertiría así en contrapunto irónico

de los personajes de las óperas, que siempre tardan la tira en morir, incluso cuando están malheridos. Tristán, sin ir más lejos, se pasa todo un acto con el pecho agujereado relatando un rollo larguísimo, total, para decir que su amor es imposible, cosa que en *Casablanca* se ventila en unos segundos. En cambio si te arrojas desde el Paraíso al patio de butacas te quedas en el sitio en menos que canta la soprano las primeras notas del aria. Los muertos de *Salvar al soldado Ryan* son más modositos y palman en un abrir y cerrar de ojos. Cuatro tiros y ya está. Como debe ser.

Yo, si me arrojava al patio de butacas, me gustaría acertarle a esa mujer que siempre deslía los caramelos en los momentos más dramáticos, o a la que se pone un montón de pulseras y se pasa la ópera abanicándose. Hay gente que se cree que merecía más atención en la infancia y ahora de adultos aprovechan cualquier coyuntura para dar el coñazo. Tampoco me importaría acertarle al señor que respira fuerte o al que sigue el compás de la música con la cabeza y tarea los trozos que le suenan de algún anuncio de Paradores.

No sé dónde leí que para la mayoría de las personas el arte no es la posibilidad de explorar nuevos caminos sino un entretenimiento, como el punto de cruz o el golf, cuyo clímax consiste en el dudoso placer de reconocer en el escenario de un teatro o en un lienzo lo que ya tienes instalado en algún cuarto de la memoria. Pretender que el futuro reproduzca el pasado es un síntoma clarísimo de miedo, pero a la vida se la refanfinfla lo que tú sientas mientras estás en ella. Tú te empeñas en que el futuro reproduzca el pasado, pero la vida sigue a lo suyo, y la vida es especialista en hacer brotar lo inesperado.

Yo personalmente creo que lo más difícil a la hora de escribir un relato es insuflarle mi aliento de oración y tristeza y trasladar al papel la reverberación del sol sobre los trigos. Que el lector perciba el aliento y la reverberación es su problema, y tiene que ver con el grado de sensibilidad de quien lee, de su índice de porosidad. Pero para ser percibidos tienen que estar. La cosa se complica porque la vida suele vibrar en esa tierra de nadie que es el espacio intermedio donde se produce el encuentro entre lo visible y lo invisible. Alguien dijo que escribir era su forma de buscar a Dios, y un intento de salvar la grieta que separa el alma del cuerpo. No sé. Yo rezo para que Dios me enseñe a colocar las palabras en el orden correcto.

Hay muchos ojos, hay muchas almas, hay muchos libros, pero una sola mirada, un solo espíritu, un solo discurso del que se van desprendiendo fragmentos. La realidad es un círculo de espejos verticales que gira en sentido inverso dentro de otro círculo de espejos fijos, de la misma manera que el cerebro de los artistas gira a distinta velocidad que su cráneo.

No siento demasiada curiosidad por mi destino, pues el punto final de mi trayectoria es, como el de todos, un escueto hueco donde encontrarán espacio sobrado mis anhelos. Para bien o para mal todo lo que soy, ni más ni menos de lo que soy, está comprendido entre mis zapatos y mi sombrero. Si un día paseando por los puestos de viejo que se amontonan en la ribera del Sena abriera al azar un libro y en la página ochenta y seis relatara punto por punto lo que había hecho yo esa mañana, arrancaría las páginas siguientes y seguiría tranquilamente mi paseo. Al fin y al cabo lo que hay en el futuro es vida, la misma sustancia de la que están hechos el presente y el pasado. Al fin y al cabo el futuro es más de lo mismo. Las circunstancias en sí no son relevantes. Yo antes grababa los partidos del Atleti cuando no estaba en casa y luego los veía tranquilamente y con pasión –una pasión relativa porque los del Atleti pasamos de todo, incluso de apasionarnos. El resultado ya estaba fijado en el tiempo y no había quien lo moviera, pero a mí me gustaba ir descubriéndolo como si lo estuviera viviendo.

La vida para mí es una experiencia fragmentaria y yo personalmente estoy a punto de saltar en pedazos a la mínima. Desestructuración de la personalidad creo que se llama. Por eso me resultan reconfortantes las ideas que son capaces de unificar las esquirlas del juguete. Por ejemplo, a mí me agrada pensar que toda el agua del mundo está conectada misteriosamente y que cuando uno trota plácidamente por la hierba de Hyde Park está también trotando, de una u otra forma, por la hierba de todos los parques del universo, incluyendo la hierba azul de los Campos Elíseos, y es que la hierba, como el agua, también está conectada. Me gusta pensar que las raíces de los árboles entrelazan bajo la capa de humus sus dedos nudosos y forman una mano gigantesca y vegetal que abraza el planeta, aunque con esto de la deforestación el abrazo es cada vez más débil. Necesito este tipo de ideas porque son las únicas que consiguen aplacar durante un rato el torbellino de mi cabeza. Sé que son trucos psicológicos, artimañas de libro de autoayuda, y que contradicen el principio básico de que sólo la verdad me hace libre. Sé que compensar la verdad con ardides de prestidigitador me convierte en un funambulista que cruza el alambre de la vida con una larga pértiga en cuyos extremos cuelgan dos cubos, pero cuando la angustia llega a la zona roja del manómetro empieza el sálvese quien pueda. Soy consciente de que en cualquier momento todo se puede derrumbar, silenciosamente o con estrépito, la cuestión del ruido es algo que todavía no he decidido. Mi destino, según parece, es vivir en el filo de alguna navaja barbera.

Vi no hace mucho una peli sobre la pena de muerte y me quedé con el detalle de la última voluntad del ejecutado. No deja de ser irónico que te vayan a matar premeditadamente y te pregunten qué quieres hacer antes del tránsito. Un pirata contemporáneo, un malayo creo que era, pidió un micrófono y se despidió cantando *Strangers in the night* o *Smoke on the water*, el periódico no daba tantos detalles. Cuando terminó, lo ahorcaron. A lo mejor podía haber cantado una canción interminable, como las historias de Sherezade, nunca sé dónde va la hache en el nombre de esta chica, y aplazar indefinidamente la ejecución, aunque con la muerte no valen trucos. Ella te da una vida de ventaja con la cer-

teza de que por mucho que corras siempre acaba por alcanzarte.

Suponiendo que me fueran a ajusticiar al amanecer podría pedir para mi última cena cigalas a la plancha y una mágnium de Dom Perignon, suponiendo que tal cosa exista en el mercado de vinos y licores, y luego que venga un travelo de la quinta galería a hacerme una buena mamada en plan garganta profunda, lo cual es más problemático, pues posiblemente con el canguis de la ejecución no consiga que se me levante ni con un canapé de viagra. Por eso siempre tengo un plan alternativo, y si se presenta la circunstancia de la ejecución lo más probable es que pida un cuaderno y un bolígrafo para pasar mis últimas horas escribiendo. No sé muy bien por qué escribo. Probablemente para saber que existo, puede que para sentir que no soy los otros, o a lo mejor quiero ser consciente de las continuas transformaciones a que estoy sometido.

Escribir es, en definitiva, explorar un sustrato de la memoria imperfectamente comprendido. Mientras escribes descienes capa a capa con tu equipo de minero y hallas en una galería al niño que te dicta las palabras con la lentitud de quien está aprendiendo a juntar sus primeras letras. El niño sostiene una lámpara de carburo en su mano derecha y deja unos pocos segundos entre una palabra y otra, como si el silencio pudiera envolverlas en una membrana indestructible y evitar así que se rompieran. Escribir es, en definitiva, intentar explicar lo inexplicable, emprender la ascensión de una pendiente empujando una piedra con la clara conciencia de que nunca alcanzarás la cumbre, seguramente porque viajas pero nunca llegas a ningún sitio, y es que el interés siempre está en el camino.

Pajas mentales aparte, escribir es comprender lo que recuerdas, pues en definitiva la memoria es lo que nos proyecta hacia el futuro por extraños vericuetos. La escritura es lo único que me interesaba en el colegio. Me aburría el asunto ése de los lamelibranquios, que supongo que siguen arrastrando su triste existencia por el fondo de los mares, y entonces era incapaz de disfrutar de la belleza de los teoremas matemáticos. Era muy pequeño y ya me fascinaba la cantidad de cosas que permanecen dormidas en la mina de un lápiz esperando una mano que las despierte. Muy pronto descubrí que escribir es la única forma digna de perder el tiempo.

Algunos recuerdos parecen tener el mismo destino que las tablas de partir queso y los ceniceros con dos palomas dándose el pico que algún gracioso regala en las bodas: el altillo del armario o la mesa de formica un tanto desportillada que se instala en la casa de campo donde pasamos los fines de semana. Hay recuerdos que sólo sirven de tema de conversación cuando te reúnes por Navidad, y otros que ni eso.

A un tío abuelo por parte de madre lo fusilaron después de alguna guerra, supongo que por no ganarla, y el bisabuelo Valeriano se comió un jamón de una sentada un día en el que se retrasaba la cena. Tengo primos que han cruzado a nado lagunas en enero y parientes que se han dedicado a la política. Me parece que en esto de las batallitas todas las familias se parecen, y que en lo que se diferencian unas de otras es en la forma de ser infelices.

A la mitología familiar pertenece una abuela que recorrió noventa kilómetros en la caja de un camión para cumplir con una promesa hecha a la Virgen de

Cortes, que es una Virgen que flota sobre una encina bajo la que pastan unas ovejas acompañadas de sus correspondientes pastorcillos. Otra abuela quemó unos archivos comprometedores cuando los vencedores de alguna guerra liberaron su pueblo de alguna horda. Y basta ya de recuerdos familiares.

No tengo descendientes y me gustaría poder desprenderme de los ascendientes. Los muertos te dejan en herencia sus obsesiones y una forma de vivir obsoleta. Se mire como se mire, es una faena aceptar este regalito. Al principio es más cómodo dejarse poseer por los cadáveres de tus antepasados, más que nada porque así no hay que pensar, pero luego, si eres del grupo de los raros, te tienes que pasar unos cuantos años deslindando lo que te pertenece y lo que es de otro y se te ha quedado adherido a la piel del alma como un tatuaje. Orientaciones políticas, pasiones futboleras, tics, la forma de colocar los alimentos en la nevera, la manera peculiar de abrir las cartas... Yo personalmente nunca sé si soy yo quien piensa y hace las cosas o estoy poseído por una legión de espíritus que piensan y actúan por mí, unos espíritus que mueven mis miembros y mi cerebro con sutiles hilos de marioneta. La parte positiva es que así no tengo que verme, pues probablemente si me despojara de todo lo heredado y me quedara desnudo frente a lo que realmente soy me llevaría un susto de muerte. Sin plumas la verdad es que pierdo mucho.

A eso de fastidiarte la vida con las herencias biológicas lo llaman tener raíces, o insertarte en la tradición, como si fueras el injerto de un peral, pero para mí que no son más que cuentos chinos con los que intentan mantenerte dentro del redil y con los pies en el tiesto. Visto así es como para echar la pota, pero es lo que le pasa a la verdad, que es tan cruda que da arcadas. Yo, personalmente, no me siento parte de una cadena, ni creo que esté obligado a responder a unas expectativas de raza o de apellido. Ya me gustaría a mí sentirme heredero de Agustina de Aragón o de los Tercios del Duque de Alba, que al parecer inventó algunas tácticas terroristas e instaló en Amberes un cuartel que es precedente directo del de Intxaurre, pero la verdad es que todo eso me la trae floja. El asunto ése de la tradición y su variante, el patriotismo, es la coartada de los canallas para seguir perpetrando canalladas. Cualquier bastardo engendrado en una zahúrda te justifica la licitud de matar al enemigo y follarse a la enemiga en aras del amor a la patria. A todos estos habría que meterles el patriotismo por el culo y tirar de la anilla.

De la tradición cultural que intentaron inocularme en el colegio me gustan algunas figuras, pocas. Si acaso Viriato, más que por él mismo, por lo de “pastor lusitano”, la frase que siempre le acompaña, un epíteto épico muy apañado y de mucho impacto para un niño de imaginación despierta que se sentaba en un pupitre de madera que olía a mantequilla rancia. Tampoco está mal Guzmán el Bueno, no por lo que hizo en cumplimiento del deber, –seguramente estaba hasta las narices de su hijo adolescente– sino porque tiró el puñal sin mirar y seguro que se lo clavó en la paletilla a algún moro. Eso no se cuenta en los libros, pero su hijo, lo mismo que el del coronel Moscardó, fue el primer caso de síndrome de Estocolmo, y lo más seguro es que se hubiera convertido al Islam y que estuviera fumando porros con sus nuevos amigos mientras se chivaba de las entradas secretas de la fortaleza.

A mí esto de la tradición me la trae floja. Desde que tengo conciencia de mí, más que formar parte de una estirpe tengo la sensación de haber emergido a

la superficie desde el fondo arenoso un inmenso mar, y de vivir como los nabos, semienterrado cabeza abajo en un caballón de la realidad. En ocasiones pienso que vengo de otro planeta situado en una galaxia muy, pero que muy lejana ¿Son estas ideas extravagantes? A mí no me lo parecen. También creo con el corazón, que es la víscera que más pensamientos fiables genera, que cuando se me acabe el tiempo y la fecha de caducidad reclame sus derechos, simplemente me diluiré en la espuma del mar sin orillas de la Muerte, y eso será todo. Ni tradición ni gaitas, escocesas o de las otras.

No sé si ésta es la primera y única vida que tengo o si todo consiste en la repetición incesante de una serie indefinida de existencias, y lo que ocurre cuando te vas y luego vuelves es que al otro lado de la puerta giratoria te pasan una goma de borrar por el cerebro y te dejan las circunvoluciones de la memoria más lisas que el culo de un niño, o que el pecho de una novia que tuve, que parecía la estepa rusa la tía, ahora que caigo, a lo mejor era un tío con voz dulce. La verdad es que cuando le metía mano había mucho bulto, pero ella, o él, me decía que todo era pelo. Ni que tuviera a los Beatles en el chocho. Bueno, la chupaba de maravilla, y eso es lo que importa.

Sea ésta la primera y única vida o esté metido en la vorágine del eterno retorno de lo mismo que decía el filósofo del bigote que sale en los frascos de linimento, la verdad es que estoy convencido de que algunos acontecimientos triviales se han enquistado en mi conciencia y desde algún lugar de ella siguen irradiando su influencia sobre el presente, en plan uranio enriquecido. ¿Hasta cuando? Probablemente hasta que me muera. Es casi seguro que en estos episodios triviales está la clave de los paisajes con los que sueño recurrentemente y que de cuando en cuando reconozco en la realidad. Un río, la forma de una montaña, una ciudad contemplada desde la torre de la iglesia pueden ser el gozne que articula el mundo real, tan rígido y delineado él, con ese otro más moldeable y blandito que es el de los sueños. No estoy seguro de ser uno de ellos, pero eso es lo que les suele ocurrir a los nostálgicos de infinito, que son esos seres de sonrisa dulce y misteriosa que salen en las pinturas de Leonardo.

Lo de reconocer en la realidad lo que previamente han pergeñado mis sueños me pasa con los lugares, pero sobre todo me pasa con las mujeres. Puedo soñar durante años con una muchacha con la que me crucé en el trasbordador de la isla de Ellis o creer firmemente que la joven que entreví desnuda en el estudio de un pintor es el amor de mi vida. Qué cosas, ¿verdad?

Hay quien justifica su estancia en esta pelota de barro que gira en el espacio pensando que Dios lo ha elegido para liberar Jerusalén de los infieles o para salvar España de las garras del comunismo, y quien defiende la belleza del lugar en el que ha nacido hasta más allá de lo razonable. Para mí esto de nacer en un lugar o en otro es bastante indiferente. La verdad es que cuando te arrojan desde el cielo a un mundo en movimiento puedes caer en cualquier lado, lo que convierte a la infancia en tu única patria, al menos en la única fiable. Ya es una suerte que aciertes con la parte seca en un planeta cuyas tres cuartas partes son agua. Si hacemos caso a los porcentajes, la especie humana debería ser una especie acuática. No sé. A lo mejor todos los que han caído al agua y han logrado sobrevivir han montado una civilización submarina y el fondo de los océanos está más poblado que unos grandes almacenes en Navidades. Sea como fuere, no sé si se han dado cuenta de que vivir en la tierra supone cada año un viaje gratis alrededor del sol. No viene a cuento, pero es una idea interesante.

Para mí está clarísimo que venimos del espacio exterior, porque si viniera del interior de la tierra, que al parecer gira a distinta velocidad que la corteza, tendría más sensación de ser una raíz, o al menos soñaría de vez en cuando con la piritita y el wolframio. Pero no. Más bien lo que vislumbro en estado de alucinación es el cielo de donde vengo, sobre todo cuando me creo eso de que mis brazos son muñones de alas. Venir de otro lugar explica la sensación de extrañamiento con la que vivo permanentemente y el cálido sentimiento de vuelta a casa que me embarga cuando pienso en la muerte.

En mi viaje desde el más allá yo atravesé la atmósfera y caí en una llanura, situada en el centro de una península, no importa cuál. Dicen que en las llanuras todo se simplifica, que el ojo se limpia con la transparencia que aporta la lejanía del horizonte y que en la planicie todo se ve con más claridad. Eso suponiendo que no haya una ciudad por allí cerca que contamine la atmósfera con una boina de polución. En teoría debería ser así, lo de la claridad, me refiero, pues en la llanura sólo hay cielo, tierra y horizonte, mientras que en las montañas la vida se estrecha en un valle, y desde el fondo sólo se ve una porción de cielo. Piensen si no en Heidi, a quien de tanto vivir entre montañas se le retorció el carácter y se convirtió en una niña perversa.

En cualquier caso si llevas la confusión incorporada en algún lugar de la cabeza, en plan glándula que segrega constantemente el caos, ya puedes nacer en la tundra, en los Alpes o en Lourdes, que estás apañado. Sólo desenredar el buruño de pensamientos, que en mi caso son como muelles de acero hechos un lío, y aprender a mantener bajo un control razonable el desorden de las emociones te lleva media vida. Eso sí, si sobrevives a la primera mitad de la existencia afrontas la segunda parte con un entrenamiento y una mala hostia que ya quisieran para sí los gurkas y los boinas verdes.

El lenguaje en sí es una capacidad bastante alucinante que hubo que arrebatarse a los dioses, lo que da idea de su importancia. Las palabras son curiosos objetos multiusos, de éstos que sirven lo mismo para un roto que para un descosido. Hay palabras que desvelan la verdad con crudeza, las menos, palabras que ocultan la realidad tras un bonito velo, las más, y palabras que sirven de coartada para las más diversas atrocidades. Estas últimas se distinguen fácilmente porque se escriben con letras mayúsculas y porque suenan así como muy importantes. Luego son pura fachada, como muchas de las cosas de los hombres, pero de entrada suenan a grandiosidad, suenan como cuando caminas con zapatos de claqué por una catedral vacía que acaba de ser purificada por alguna horda de iconoclastas, los calvinistas, por ejemplo. “Dios” es una de estas palabras coartada. “Patria” también, pero de ésta ya les he hablado. A la gente le encanta ponerse a la sombra de Dios y cometer cualquier atropello. Tropelías por la Patria, tropelías por Dios. Más bien tropelías en mi propio beneficio.

“Verdad”, sin embargo, es una palabra que tiene bastantes partidarios teóricos pero muy pocos capaces de hacer que sus teorías tengan una repercusión práctica en la vida cotidiana. Con la verdad la cosa no es tan simple como abrir la boca y decir lo que piensas. La verdad puede decirse mintiendo, como hacen los artistas, y puedes poner una cara muy seria y circunspecta mientras mientes como un político. La verdad te hace libre, y la libertad es el más precioso regalo de la Naturaleza, pero el precio de decir la verdad es que te quedas sin amigos. Para el éxito social se precisa un puntito de disimulo y de mano izquierda. Esto significa que en un mundo donde se prescindiera de las apariencias y el lenguaje fuera portador de la verdad, las invitaciones de boda estarían redactadas de la siguiente manera:

Tenemos el placer de invitarle al enlace de Miguel, que por fin ha encontrado un clon de su madre que le lave los calzoncillos y le haga arroz con leche los domingos, con Alicia, que aspira a que su marido sea la prolongación de su padre, y se la folle los sábados a cambio de una tarjeta de crédito con un generoso límite. Él lo llama tenerla como a una reina. Ella no sabe todavía cómo llamarlo. La ceremonia se celebrará en tal y pascual. Rigurosa etiqueta.

Luego se extrañan de que haya tanta violencia doméstica. Yo personalmente carezco de mano izquierda y si por mí fuera se suprimiría la diplomacia y lo solucionaríamos todo a hostias, pero también me pregunto si la humanidad sobreviviría en un mundo sin mentiras ni apariencias, donde viéramos con claridad la verdadera faz de los sentimientos del otro, de ese otro que ahora mismo te está sonriendo mientras firmas el crédito.

Esto de las palabras es algo que invita a flipar. Una vez conocí a una persona que viajaba siempre acompañada del *Diccionario de uso del español* de doña María Moliner. Lo llevaba en una mochila de cuero que había encargado expresamente para tal uso en una talabartería. Cada vez que se suscitaba una discusión lingüística abría el bolsón, extraía el tomo correspondiente y lo leía como si entre las pastas del libro estuviera contenida una verdad revelada. Una vez lo atacaron unos malhechores, que consiguieron robarle todas sus pertenencias,

menos el diccionario, pues el sujeto aquel defendió los dos tomos con todo lo que tenía. Cuando yo lo conocí en la Cacharrería del Ateneo exhibía con orgullo su nariz rota y varias cicatrices en los brazos, prueba inequívoca de su ardor en defensa del libro.

Otra palabra que acojona es “Destino”. Así, sin artículo ni nada, “Destino” puede servir para título de poema o para nombre de una editorial. Algunos dicen que lo que más influye en el destino de un ser humano es el ambiente, el clima, el lugar de nacimiento, el colegio al que te llevan, los cromosomas, las amistades. Yo personalmente soy bastante escéptico sobre este tema. Sé que con el destino puedes hacer dos cosas: asumirlo o rebelarte. En ambos casos al destino se la trae floja lo que hagas, así que lo más práctico es no sufrir inútilmente. Tampoco sirve intentar negociar. El destino es muy suyo y parece tener las cosas muy claras. En fin, él sabrá. Yo, por mi parte, sospecho que mi destino no hubiera sido muy distinto si hubiera nacido en Mali o en Escandinavia. Si acaso el color de piel o la forma de pronunciar la erre habrían sido otros, pero el destino en sí mismo me parece que no hay forma de moverlo.

Dicen que las cosas se aclaran bastante cuando se acerca la muerte, y que ese ovillo que es la vida se desenreda hasta simplificarse en un par de hilos, tres a lo sumo, que deben ser las fibras que podan las Parcas con sus tijeras, o su guadaña, ahora mismo no recuerdo cuál es el instrumento cortante de esas tías. Hace un rato me he tumbado en el suelo y me he hecho el muerto, pero la verdad es que no buscaba la clarividencia, sino que intentaba engañar a mi cabeza para que parara un ratito la centrifugadora que no cesa de agitarme las neuronas. Yo le echo la culpa del meneo al LSD, que me dejó el cerebro con la textura de la pasta flora. También yo hice el viaje del ácido en busca de mí mismo, no en un autobús escolar lleno de hippies sino del Rockola al Comité, y de ahí al Templo del Gato. Más que un viaje fue el corto vuelo del loro. Podía haberme dedicado a ligar con aquellas chicas de falda de cretona y a pasármelo bien, pero no. Con el LSD más que colocarme intentaba averiguar el sentido del universo y mi lugar en él. Hay que ser gilipollas. Creo que en algún momento lo vislumbré, el sentido, digo, no lo gilipollas que soy, lo que pasa es que tengo poca memoria y por aquella época no tenía una libreta a mano para apuntar mis iluminaciones.

Para parar la mente uso algunos trucos. Lo de hacerme el muerto sobre las baldosas de mi casa es uno de ellos. Creo firmemente que al verme muerto las obsesiones que me sobrevuelan como alcaravanes de ojos amarillos se va a ir a darle el coñazo a otro. Al fin y al cabo a ellas les da igual quién las acoja. Ellas, con tal de encarnarse en alguien y devorarle el hígado son felices. Los antiguos, no sé si todos, pensaban que la libido estaba en el hígado. Ahí no estuvieron muy finos porque está claro que si la libido está en algún sitio es en la polla.

Otro truco para parar la mente que me enseñaron en un curso de control mental consiste en trasladarme a mi lugar ideal de descanso. La cosa no es muy complicada y el viaje tampoco es largo. Yo me siento en una silla, cierro los ojos, alcanzo el estado alfa y me imagino que estoy en un prado, observando las nubes que pasan lentamente sobre mi cabeza, o en un bosque nevado, y que soy un lobo estepario. Ya sé que parece un anuncio de yogures desnatados o de suavizante con olor a aloe vera, pero si consigo no reírme funciona.

En cuanto a eso de que la vida sea un ovillo, quizás sea excesivo, pero qué quieren, me gusta ser excesivo, al menos de vez en cuando, por la cosa del contraste. Cuando todo es extremo parece que la vida se intensifica, y en la intensidad yo veo más claro. Esto de la intensidad funciona con la vida y también con las personas. No hay nada como colocar a alguien contra las cuerdas para que salga su verdadero yo, como se dice ahora.

Yo, personalmente, no creo que la vida sea tan liosa, al menos no lo suficiente como para que pueda hablarse de desenredar la maraña. De vez en cuando me gusta complicar las situaciones con la mente, pero no es más que un juego para demostrarme lo listo que soy. Un poco de vanidad intelectual no hace daño a nadie. Bueno, quizás sí a mí, pero ése es mi problema. A nadie le importa si me lesiono el espíritu con pensamientos improcedentes, tampoco si me sajo los brazos con una cuchilla de afeitar de las de antes, de ésas que tienen dos hilos.

Eso de que la cercanía de la muerte aclara las cosas me recuerda la tensión de los exámenes, cuando estudiaba en el colegio. En los últimos minutos antes de entrar en el aula era cuando más aprendía. Debe ser que los nervios del momento y la sensación de que se acaba el tiempo espolea las entendederas que es un gusto. Es otro beneficio añadido del alto voltaje. Entrar a examinarte en un aula es asomarte a un abismo como otro cualquiera, aunque yo, en el tema éste de los abismos, prefiera descender las escaleras del metro o subirme a una montaña, que es como asomarte al abismo, pero al revés, es ascender al abismo, si se me permite el oxímoron.

En cuanto a la muerte, ese otro abismo, no sé si será cierto eso que dicen de que abre los conductos del espíritu, y que la carne, al iniciar el proceso de putrefacción, deja escapar el alma, que hasta ese instante ha estado enjaulada como un jilguero entre las células y los tegumentos. A lo mejor cuando te mueres simplemente se apaga la luz y ya está. No sé. A mí, de momento, me gusta que me dé el viento de cara. A veces tengo la sensación de que si permanezco inmóvil lo suficiente, una mano invisible me irá esculpiendo en plan roca erosionada por los elementos, y me convertiré en una de esas estatuas de arcángeles que suelen colocarse en los cementerios.

En el tema este de la muerte yo, por si acaso, intento no aplazar nada de la vida porque no está claro que en el más allá vaya a tener la oportunidad de concluir eso que dejo para mañana. Es un efecto colateral, pero importante el tener los días contados. Además, toda la vida disponible está ante mí ahora, y dentro de un rato no va a haber más, ni dentro de cinco años, así que más vale que alargue la mano y la aprese. Por otro lado, teniendo en cuenta que el número de muertos es incomparablemente mayor que el de vivos, me pregunto si habrá sitio para aparcar en los Campos Elíseos o habrá que dejar el coche en un universo paralelo y luego trasladarse en transporte público. No sé. Lo que es seguro es que la muerte tiene que estar más concurrida que el Hipercor un sábado por la tarde.

Si de la muerte sé poco, de la vida menos. La verdad es que no creo haber averiguado muchas cosas en el tiempo que me ha sido asignado. Me consuela pensar que la sabiduría es una cuestión de tiempo hasta cierto punto. Cuando alcanzas el límite de lo que debes saber, ya puedes ser inmortal como Nosferatu e hincharte a hacer másters, que no avanzas ni un milímetro. Hay un límite en el conocimiento, y ése no hay quien se lo salte. A un lado está lo conocido y al otro el misterio. Lo dijo alguien alguna vez: lo que se puede decir, se puede decir con claridad. Lo demás es mejor dejarlo en paz.

Lo que sé lo sé por experiencia. Quiero decir que en mi caso lo que funciona es el método experimental, el viejo sistema de prueba error. Experimentar y pasarlas putas, para que lo aprendido se grave bien. Sé que cuando me entra la melancolía y me da por revisar el catálogo de ataúdes debo escuchar cuanto antes algo de Beethoven, la Novena, por ejemplo, o la Marcha Fúnebre de la Tercera. En cuanto suenan los primeros compases todo a mi alrededor se transforma en un lugar de incomparable belleza.

Para una persona que, como yo, ha nacido en un país árido castigado regularmente por la pertinaz sequía, la belleza se relaciona necesariamente con el

color verde de los prados irlandeses donde resuenan las baladas de Ossian, da igual que sea un poeta más falso que un duro sevillano, y con el sonido del agua saltando de peña en peña desde las cumbres de los Pirineos. Yo pongo el disco y al instante me traslado a una cabaña rodeada de castaños, que es un árbol filipante que tiñe la luz con la textura de las capillas románicas. El humo sale de la chimenea como en los dibujos de los niños y aún quedan algunas manchas de nieve, que le dan a la ladera el aspecto de un gigantesco lomo de vaca. Es por la mañana y el cielo es azul y terso como un beso. Camina entre los helechos una mujer de cabellos rubios y tez blanca. Las ovejas pastan plácidamente junto a la leñera.

Tengo el palpito de que moriré a los treinta y siete años, que es más o menos la mitad de la esperanza de vida, según las estadísticas. Si de mí dependiera viviría unos cuantos años más, no porque tenga pendiente nada del tipo plantar un árbol o subir en globo, sino por el mero placer de vivir. Al fin y al cabo, como les decía en el capítulo anterior, toda la vida posible está aquí, ahora, frente a mí, en esta estancia, sobre esta mesa, envolviéndome con su misteriosa caricia, posándose en el papel, en el lápiz, en las paredes, flotando en el aire como esas partículas de polvo que enciende el rayo de sol que se cuele por la persiana. Necesito repetirme todo el rato que la vida está ahí para que no se desvanezca la esperanza. La reduplicación es la única forma que conozco de poder llegar a creerme mis propias mentiras.

Las fallas en el manual de instrucciones de uno mismo, ese manual que nunca te entregaron, es una carencia que se suple de muchas maneras. Tomarse un par de copas es uno de los recursos más socorridos, por lo instantáneo del asunto y porque apenas requiere esfuerzo. Te tomas algo y al instante has ingresado en uno de los grupos humanos más concurridos, la estirpe de los Comosí. No sabes nada de nada, pero haces como si supieras; no ligas pero es como si ligaras; tu vida es una mierda, pero es como si fuera auténtica, no eres feliz, pero es como si lo fueras. Y así todo. Yo me acodaba en la barra, soltaba mi rollo y nadie me escuchaba, pero como el auditorio sólo existía en mi cabeza tampoco importaba tanto. Yo hacía como si me escucharan.

Lo bueno de saber poco es que lo poco que sabes se puede resumir en frases breves que caben en cualquier lado: en una filacteria, en las páginas de una libreta, tatuadas en el antebrazo. A mí me encantan las frases tipo sentencia, porque en ellas todo se comprime, aunque siempre me queda la duda de que si lo que hay en este tipo de frases es sabiduría comprimida o el vacío comprimido de la estupidez. Una frase que me gusta mucho es aquella que me enseñó mi amigo H: *La libertad es un fantasma*. Me gusta sobre todo porque no sé lo que quiere decir. También tengo anotada esta otra: *Para ser aceptado por la sociedad hay que renunciar a la personalidad y a la memoria*. A veces pienso que al anotar la frase debería añadir al instante unas pocas palabras a modo de glosa o comentario. Pero se me olvida. Se me olvida anotar la glosa y el sentido de la frase asciende al limbo de la amnesia, que es donde viven la mayor parte de las soluciones de los enigmas y las claves de los crucigramas. No hay que desesperar. Pasa el tiempo y el día menos pensado entiendes algo. Yo, sin ir más lejos, he comprendido hace un rato qué narices es eso de *El espíritu de la colmena*.

La verdad es que tengo menos memoria que una mosca, que siempre cree que el cristal con el que se choca una y otra vez está recién puesto, pero como a la fuerza ahorcan, me he propuesto que me guste ser un desmemoriado. De esta manera estoy todo el rato conociendo gente nueva, lo que me proporciona la sensación agradable de que vivo todas las situaciones por primera vez. Así es imposible aburrirse, que es de lo que se trata. Les regalo otra frase: *El individuo está en lucha permanente con la especie*. Ésta también es de mi libreta. No me pregunte qué quiere decir porque ni idea. Estas frases sin sentido, tan aparentes

ellas, son susceptibles de amenizar cualquier conversación que va decayendo. Imaginen la siguiente situación: Te han invitado a cenar. La gente te sonríe pero tú sabes que están deseando que te marches de una vez para irse a dormir, que mañana madrugan. Entonces tú sueltas la frase y la agradable velada se alarga otros tres cuartos de hora. Genial.

Algunas personas llevan el paraíso en su interior y son capaces de percibir el destello del primer día de la Creación en los dos o tres álamos que amarillean en la tapia del cementerio de automóviles, entre pilas de neumáticos y coches empaquetados en la prensa neumática como regalos de Navidad. En mi caso pocas han sido las veces en que he sentido la magia de la vida, cuyo ingrediente principal es la paz de Dios derramándose sobre las cosas como una llovizna. Ya que sale el tema les diré que la lluvia es la forma que suelen adoptar los dioses cuando quieren fecundar la tierra, o a una tía buena tipo Dánae. La tierra se abre en surcos de la misma manera que la hembra abre los labios para recibir el espermatozoide. En el caso de Dánae la fecundación inmaculada tiene como objeto engendrar a un hijo que asesine a su abuelo, es decir, al padre de la interfecta, Acrisio creo que se llamaba, y se cumpla así la profecía. Me queda la duda de si Dánae disfrutaba mientras se la follaba Zeus en la ducha o tiene que hacérselo con el dedito cuando el dios se da la vuelta y empieza a roncar. No sé. Desde luego en el cuadro de Klimt se lo está pasando de puta madre con la lluvia dorada.

No sé qué pasa con las profecías, pero la mayoría son una putada. Podrían profetizarte que todo te va a ir estupendamente, que triunfarás en los negocios y harás amigos de los de verdad, de esos que desean tu bien y no que los invites a cañas y langostinos. Pero no. Los dioses, cuando consultan la bola de cristal ven que te asesina tu nieto, que hueles tierra donde no la hay, que el capitán Ahab desciende a su tumba y asciende al cabo de una hora para invitarte a acompañarle, que conduces al pueblo a la tierra prometida y mueres antes de entrar en ella. No sólo lo ven, sino que te lo dicen. En este aspecto son un puntito sádicos. Los dioses parecen empeñados en que nadie escape a su destino –al fin y al cabo es su trabajo–, mientras que los humanos nos las ingeniamos para huir de él, como es nuestra obligación. En este pulso con el empíreo la parte débil somos nosotros. Escondámonos donde nos escondamos, siempre nos alcanza el dedo de Dios, que nos voltea la cara y nos obliga a arrostrar nuestras responsabilidades. Y si no que se lo pregunten a todos los que han desafiado la voluntad de los dioses. María debía saber todo esto y se lo montó de buena, hágase en mí según tu palabra y todo eso. Sin duda sabía que, se pusiera como se pusiera, iba a ser la voluntad de Dios y no la suya la que prevalecería.

Una de mis escasas experiencias místicas con eso del eco de la Creación fue el verano pasado. Había ido a visitar a un amigo que vive en las afueras y me asomé a la terraza de la cocina de su casa, que se abre sobre el patio trasero de los chalés adosados. El crepúsculo se encendía en una inexplicable armonía de naranjas y violetas que alguien no muy feliz definiría como torzones del cielo, mientras que un músico con una digitación aceptable interpretaba en el piano una pieza de Debussy, creo que era la *Primavera*. En el patio contiguo un joven enchufaba la manguera a una muchacha que había cruzado los brazos sobre el pecho para protegerse del chorro y combatía el frío dando gritos sincopados. Los vencejos trazaban en el cielo su vuelo quebrado y atravesaban con paciencia infinita las nubes de mosquitos. Por un instante sí que percibí la paz de Dios derramándose sobre las cosas, aunque a lo mejor fue un ajuste químico de mi cerebro,

un clic de las neuronas ahora que ya no consumo sustancias raras.

Antes devoraba los libros buscando en cada línea una palabra que me aliviara de mis carencias, pero tal palabra no existe. Lo único que aligera la carga de sentirme una esquirola es la conciencia de que vivir es precisamente eso, saberme incompleto. Al fin y al cabo mis carencias son las que me mantienen en constante movimiento de búsqueda. Búsqueda de la plenitud, búsqueda de la paz, búsqueda de la felicidad. Tú te pasas la vida buscando y al final lo que encuentras es un pijama de pino. Así son las cosas.

En esto de la vida, como en la receta del gazpacho, cada uno tiene su teoría, que es la palabra fina que usamos para designar el ardid que nos permite no levantarte de la mesa a mitad de partida y seguir jugando hasta el final, incluso con malas cartas. Algunos dicen que vivir es trascender el presente hacia un futuro indefinido de libertades, o de posibilidades, no recuerdo las palabras exactas. No sé con precisión qué quiere decir esto, pero creo que tiene que ver con la inmanencia y la trascendencia, palabras muy largas que tuve que consultar en el diccionario filosófico, total para averiguar que son otro juego de espejos, como tesis y antítesis, ying y yang, yo y los otros.

En cuanto a la lectura, he sustituido la compulsión por la disciplina y el freno. Algo es algo. Leo una página por la mañana y espero a que la tierra dé otra vuelta sobre sí misma para leer la siguiente. Hago un poco de trampa, porque leo ocho o diez libros simultáneamente, pero eso no es relevante. Lo importante es que deje actuar al tiempo en vez de empujarlo. Si la vida es flipante, el tiempo ya ni te cuento. “El tiempo es un caníbal” me dijo una vez uno que había consumido demasiado cannabis sativa. Me dijo también que el hachish había sido la llave que había abierto las puertas de su percepción, pero a mí me parece que lo único que había conseguido había sido una mirada de camaleón y que se le girara ciento ochenta grados el cerebro dentro del cráneo.

A los que nos resulta difícil vivir y nos gusta leer, siempre nos queda la opción de llevar una existencia literaria. Esto funciona como asumir incondicionalmente los cromosomas de tus antepasados. Encarnar a un personaje de libro en tu vida cotidiana implica que puedes dejar de pensar y que no es necesario que tomes decisiones, con lo que se elimina de un plumazo el riesgo de equivocarte. Ya está todo pensado, vivido y sentido por el personaje que hayas elegido. Raskolnikov, Joseph K., Holden Caulfield. Cualquiera sirve. El procedimiento es muy sencillo. Primero te desabrochas tu personalidad, te despojas de ella con cuidado para no dislocarte un brazo y la cuelgas del perchero, o la doblas amorosamente bajo la almohada en plan pijama, más que nada por si te cansas de tu personaje y la necesitas más adelante. Nunca se sabe. Luego te enfundas la de tu héroe como si fuera un mono de vuelo y a vivir, que son dos días. Cómodo, sencillo y limpio.

A mí me gusta la sensación de ser un viajero, que se define como alguien permanentemente rodeado de extraños. Me gusta ser siempre extranjero en un país nuevo e ir descubriéndolo, aunque ese país nuevo sea el sitio donde he nacido y nunca haya salido de mi barrio. Al fin y al cabo cada amanecer es un renacimiento y el mundo siempre está recién hecho si sabes verlo así. Además, te gastas un pastón viajando por distintos continentes y luego resulta que con esto

de la aldea global todos los países se parecen, y la gente de otras culturas tampoco es tan variada. Todos usan vaqueros, beben coca-cola y cualquier tahitiano te vende un lienzo que podría haber sido pintado por Picasso o por Gauguin. Al menos es lo que ellos dicen. *Business are Business*. Esto no lo dicen, pero lo piensan. Aunque no conozcas los nombres y los apellidos de la gente exótica ni te hayan invitado a su casa, seguro que responde a alguno de los tipos en los que se clasifica la especie humana.

La sensación de extrañamiento es el contrapunto del deseo permanente de llegar a casa, que es un lugar donde el fuego está encendido y donde el perro reconoce el sonido de tus pasos. Como casi siempre, conviven en mí dos fuerzas que tiran en distinta dirección, vectores creo que se llaman. Al parecer la vida es un entramado de tensiones que se relajan para avisarte que ya te has muerto. Cuando escribo frases como “la vida es un entramado de tensiones”, me gustan tanto las palabras y el orden en que se han colocado que corro el riesgo de invertir el proceso y deformar mi percepción de las cosas para hacerlas coincidir con el lenguaje. Es como si las palabras me pusiera unas gafas de ver tensiones, y éstas aparecieran por todos lados, como brotes de soja o como anuncios de dentífricos. Me pasa también cuando me operan de próstata o me parto la clavícula. De repente el mundo se llena de clavículas rotas y de gente operada. Supongo que en la base de todo esto sigue irradiando su energía nuclear el absurdo anhelo de que la vida sea una experiencia controlable, una experiencia que se pueda encerrar entre los signos de puntuación que delimitan una frase.

Hablando de huidas de uno mismo y de enfundarse la piel de otro, una vez conocí a un tipo que se creía la segunda edición de Jesucristo. No le culpo. Es muy tentador eso de absorber los pecados ajenos como si fueras una spontex e inmolarte. De un plumazo y con una sola víctima, prácticamente sin despeñarte, acabas con el mal del mundo. Que la víctima seas tú es irrelevante. Al fin y al cabo alguien debe morir para que los demás vivan. Eso te da un aura poderosa y un aire de trascendencia que no se consigue de ninguna otra manera. Jesucristo, me refiero al verdadero, debería haber subrayado en el Antiguo Testamento la parte en la que su Padre se arrepintió de haber creado una especie tan malvada y cansina como la nuestra y se propuso enmendar el error con una lluvia pertinaz, seguida de una pertinaz sequía. Conviene tomar nota de los errores ajenos, más que nada para no gastar energías a lo tonto. Con la redención no se consigue más que aplazar el problema. Realmente lo que no limpie un diluvio ya nada lo limpia. Ni siquiera una crucifixión.

Aquel tipo, el Jesucristo II, incluso se acordaba de lo que había pasado antes de su nacimiento, lo cual ya es prodigioso por sí mismo. No sólo se acordaba, sino que me lo contó, y como me lo contó, yo se lo cuento a ustedes. Había habido una movida en el cielo, cuyos detalles ahora no recuerdo, el caso es que se hacía necesario que el Hijo de Dios, es decir, él, descendiera de nuevo a la tierra. Yo le recomendaba que leyera los *Evangelios Sinópticos*, pero a él le iban más las novelas que cuentan que el Papa es el diablo blanco y que Judas era un incomprendido, el único discípulo que amaba verdaderamente a Jesús. Por eso lo puteaba. Ya se sabe que quien bien te quiere te hará llorar. También me dijo que la estrella de ajenjo que se precipita sobre la tierra en el *Apocalipsis* es en realidad la red de ferrocarriles de cercanías. Lo del Papa aún puedo creérmelo, lo de Judas puede tener su lógica, retorcida pero lógica al fin y al cabo. Ahora bien, lo de la estrella de ajenjo con forma ferroviaria ya es una rueda de molino con la que me resulta imposible comulgar.

El tipo aquél que se creía Jesucristo II era un buen chaval en el fondo. Decía que esta vez, cuando lo crucificaran, pediría un cigarrito para fumárselo colgado del madero. Supongo que también diría que le dejaran una mano libre y que le dieran un cenicero, o a lo mejor tenía previsto que le creciera un tercer brazo. Su familia vivía en Coslada, y a él le tocaba heredar una tintorería, pero un día le dio un siroco de ésos que se confunden con una iluminación y se fue a vivir al Retiro. Se construyó un habitáculo más o menos impermeable debajo de un tojo y se pasaba el tiempo mirando a la gente y leyendo unos libros muy gordos. De cuando en cuando predicaba, como es la obligación de cualquier pirado religioso. Al fin y al cabo la sangre que corría por sus venas era una sangre sabia. Al menos es lo que a mí me decía.

Dicen que para trascenderte y realizarte como ser humano necesitas a los otros, pero la verdad es que mi amigo se trascendía y se realizaba él solo a las mil maravillas. Yo sospecho que se fue al Retiro para averiguar qué hacían los funcionarios municipales con los patos del estanque cuando el agua se helaba, pero la verdad es que con esto del cambio climático ya no hiela ni en Bergen. Me

pregunto si el calentamiento global habrá afectado también a las auroras boreales, al fuego de San Telmo y a los fuegos fatuos. Sería una putada.

Yo pasaba algunas tardes con mi amigo el visionario. Me sentaba a su lado en el banco y él me contaba. Me hablaba del fin del mundo, un clásico entre los predicadores, del aborto libre y gratuito y de las faldas tan cortas de las adolescentes. Para mí que estaba un poco salido. Un día en el que se encontraba especialmente inspirado estuvo más de dos horas dándole vueltas a eso de si los simios tienen alma o siguen siendo más brutos que un olivo, por más que compartan el noventa y nueve por ciento del genoma humano. Yo no decía ni que sí ni que no. Sólo le comenté que antes de darle alma a los animales habría que asegurarse que todos los humanos tenemos una, porque en algunos bípedos está tan escondida que incluso parece que no está, seguramente porque los desalmados se pasan todo el rato conectados con su yo más primario. Para mi amigo esta cuestión era irrelevante, porque lo que realmente importaba era saber en qué momento entra el alma en el hombre

Nuestra relación fue breve, pero fructífera. Yo le hablaba de la Naturaleza y él me daba detalles del fin del mundo. Brotas de la naturaleza, le decía yo, y regresas a ella. Y entre el momento en que brotas y el de que vuelves pasas tu tiempo tratando de darle forma a los extraños sueños de medusas y leopardos que te llenan la cabeza. A él le molaba más el Juicio Final, con sus rebaños de pecadores conducidos a la presencia del Altísimo por los ángeles mastines.

Hay mucho rollo sobre si las mujeres son un principio pasivo o activo, húmedo o ardiente. No sé. Lo último que he leído de esto es que la expresión es la hembra del acto, y que mientras haya cosas que hacer, lo mejor es callarme. Yo no me meto en eso, quiero decir que no digo ni que sí ni que no. Lo único que pienso cuando hablo con alguna mujer es que ya me gustaría a mí ser la Madre Tierra. Probablemente esto no sea más que una paja mental, consecuencia directa de haber leído demasiados poemas, de mi tendencia a idealizarlo todo y de mi capacidad de enredarme con un saci. Quiero decir que lo más probable es que la Madre Tierra, con ese nombre tan rimbombante, no sea sino una roca desprendida del sol, una roca donde bulle la vida primitiva de las bacterias.

En el *Kama Sutra* se establecen armonías entre el tamaño de la linga y del yoni, como si una perfecta adecuación entre ambos facilitara las bases para una comunicación fluida y una felicidad conyugal aceptable. Yo hago extensiva la cuestión del tamaño a todo el cuerpo, y en mi caso siempre me han gustado las mujeres de la estatura adecuada para realizar en la cama todas las piruetas sexuales que la imaginación humana ha sido capaz de idear desde su aparición en el planeta. Hay piruetas para altas, para gordas, para delgadas, para mujeres de pies grandes y para las que tienen manos de gorrión. Todo un catálogo.

En general sé bastante poco de cualquier asunto. Sé que vivir es esperar y que cuando encuentras es que te has muerto. Sé que lo abstracto es la verdad y que lo concreto es la traba del alma. Sé que mis palabras son táctiles y que mis ojos son los dedos con los que hurgo en el misterio, pero también sé que esto de hurgar es un trabajo circular, pues en definitiva perseguir algo tan huidizo como el misterio me hace regresar una y otra vez a las mismas metáforas y acabo girando alrededor de mí mismo como el Apolo XI alrededor de la luna o como esa mariposa que cree que el farol del porche es la estrella más brillante del universo de los lepidópteros. Qué le vamos a hacer. Como les decía hace un rato, la figura geométrica que mejor se adecua a la vida, al menos a la mía, es el círculo. Monociclo, biciclo o triciclo, al fin y al cabo es el ciclo de la vida, *El Rey León* y todo eso. Quizás nuestra condena sea regresar una y otra vez al mismo punto, tropezar una y otra vez en la misma piedra, golpearnos una y otra vez contra el mismo espejo. Probablemente el fracaso es la forma con que Dios nos avisa de que dejemos de darle vueltas a la vida y nos dediquemos a vivirla.

Con esto de la ambivalencia hay veces que me siento parte de la tierra y otras en que estoy tan desarraigado como un árbol de la Amazonía sacrificado para hacer una autopista. Cuando me siento parte de los bosques y los ríos vive en mí la misma fuerza que hace crecer los árboles y que mueve las mareas. Cuando me desarraigo soy un dios expulsado de su cielo y precipitado en el planeta. Este tipo de cosas es el que les contaba a los colgados del parque donde conocí a Jesucristo II. Y es que la predicación es contagiosa. Los flipis me miran con sus ojos apagados como dos botones negros y echan otro trago del cartón de vino. Luego apartan la mirada y mueven la cabeza como si en su campo de visión sólo se pudieran observar los objetos de uno en uno. Durante un rato su mirada va dando saltitos por las cosas con la cadencia de una pelota de ping pong

que hubiera caído al suelo.

Idealización y ambivalencia parecen ser ingredientes básicos de la condición humana. Yo personalmente veo la ambivalencia en mi anhelo de vivir con pasión cada instante y perseguir la muerte con la misma pasión. Esto de la ambivalencia debe tener que ver con lo del ciclo. Piensen si no en ese sol que se sumerge en el mar y renace por la mañana. Si el sol tuviera las ideas claras se iría y no volvería. Pero no, muere y renace cada día, como si estuviera indeciso. Al menos es lo que me pasa a mí. Estoy en la playa y quiero estar en la montaña; estoy solo y quiero compañía, y cuando estoy rodeado de gente me sobra todo el mundo. Pues lo mismo el sol, que no sabe si brillar o desaparecer de una vez por el horizonte y dejarnos como herencia la noche eterna.

Los flipis me miran con atención, como si las palabras cabrillearan ante ellos y las frases tuvieran forma de acorde cromático, un acorde capaz de desenrañar con sus intervalos el misterio de la realidad y la fuerza oculta de la vida. Eso era lo que me parecía a mí, que realmente me escuchaban, pero lo que seguramente ocurría es que se les iba la pinza y su mente se piraba a sus territorios de caza.

A veces me gustaría que mis órganos y las distintas partes de mi cuerpo fueran tan autónomos que pudieran contar su propia historia. Sería una forma de que hubiera más personajes en estas hojas. Además, así lo que escribo se parecería más a las series de televisión, que es lo que vende. De esta manera podría escribir “Hola, mi nombre es Joel, y soy el hígado de J.J. No es mal chaval, pero a veces me obliga a trabajar demasiado filtrando todos esos combinados de ginebra y todos esos triglicéridos que ingiere en los establecimientos de comida rápida”. “Hola, me llamo Brian y soy el cerebro de J.J. Aquí, entre nosotros, el pobre no hace más que pensar estupideces, siempre las mismas, lo que hace mi trabajo extremadamente monótono y aburrido. Yo le animo a que salga, a que se apunte a un club de senderismo o que vaya a un cine porno, a ver si así cambia un poco el chip. Pero que si quieres arroz. Él insiste erre que erre en los mismos temas, y la verdad es que, aunque evidentemente soy calvo y estoy lleno de circunvoluciones, estoy ya un poco hasta el pelo de él. Lo más curioso es que J. J. se cree un jodido genio, lo cual no es extraño, pues quien más quien menos está siempre a punto de inventar el pelapatatas mágico. Él no lo sabe, pero intelectualmente es del montón, y físicamente de la calderilla. De lo más normalito”.

Poco importan las razones de la conducta de cada cual. Seguramente ni siquiera existen razones convincentes para hacer lo que hacemos. Con la vida sobran las razones. Ella te coloca en cada instante en unas determinadas coordenadas e investigar el camino que te ha conducido a ellas es inútil. Buscar las razones de las cosas puede ser un entretenimiento, como solucionar sudokus mientras esperas tu turno en la consulta del dentista o como hablar de política en el bar, pero nada más. Parece que encontrar las causas del comportamiento es la gran cosa, pero cuando averiguas algo te quedas como estabas. Por no hablar del altísimo margen de error. Al instante siguiente de la iluminación toda tu investigación es papel mojado. Las coordenadas de la vida se mueven todo el rato, se reparten cartas de nuevo y tu trabajo de investigación no sirve para nada. Lo dicho, papel mojado.

A quien más, a quien menos, en algún momento o todo el rato le hubiera gustado ser otra persona. En este hecho radica el éxito del Carnaval, de las tiendas de disfraces y de los bailes de máscaras. Éste es un mundo lleno de gente que se pasa la vida queriendo ser los otros. La cosa no es tan sencilla. Quieres ser los otros y al mismo tiempo quieres destruirlos con tus chismes para afirmarte a ti mismo y quedar por encima. Es un poco de lío al principio esto de la ambivalencia, pero si lo piensas tiene su lógica, una lógica basada en la insatisfacción permanente y en ese deseo constante de estar repicando y en misa. La ambivalencia, y su prima hermana la contradicción, está grabada a fuego en el disco duro de la especie. A mí personalmente no me molesta, porque es una actitud que convierte la realidad en un lugar muy divertido, un lugar poblado de pirados que nos saben muy bien lo que quieren, así que es imprevisible saber por dónde van a tirar al instante siguiente. Ya lo dice la copla, ni contigo ni sin ti. Convives veinticinco años con alguien pensando que lo que le gusta es el muslo del pollo, veinticinco años comiéndote tú la pechuga por ser amable y al cabo del tiempo te enteras de que prefiere las alitas. Así son las cosas. Yo mismo he soñado alguna noche que era un cruce de perro y lince, y que me hacía una foto para el pasaporte disfrazado de sij, con turbante y todo, y eso que he nacido en la provincia de Toledo, o por allí cerca.

La piel es un envoltorio bastante alucinante. La mía, en concreto sirve, entre otras cosas, de protección para el sol y de frontera que divide la realidad en dos zonas: la de dentro y la de fuera. Yo, que soy un explorador nato, transito ambos territorios y averiguo lo que puedo. De la piel hacia dentro les puedo contar algunas cosas. Ahora bien, de la piel hacia fuera no me pregunten porque la verdad es que no tengo ni idea de lo que pasa, y no es porque no lo haya intentado.

En esto del dentro y el fuera algunos utilizan el truco lingüístico (como la mayoría de los trucos), de decir que lo de dentro es fuera y lo de fuera es dentro. A mí me pasa como con el ying y el yang y la sílaba sagrada ésa, que me parece una prestidigitación de libro de autoayuda y no acabo de creérmela del todo. Tomemos, por ejemplo, el tema de Dios. ¿Está dentro de mí o fuera? ¿Está dentro y fuera a la vez? ¿No está dentro ni fuera? Hay quien dice que Dios está más allá de la última frontera del universo y que no se le puede ni vislumbrar, que lo único que conocemos los humanos son los intermediarios y demiurgos, que son una especie de asentadores de frutas de la divinidad. Después de un contacto directo con los hombres, que dura hasta Moisés, Dios se prejubila y nos manda mensajeros de cuando en cuando, ya saben, los ángeles de Seur. Otros sin embargo defienden que Dios sigue entre nosotros y que su búsqueda ha de dirigirse hacia tu interior, y que el principio divino que anima a todo ser humano se encuentra por la zona del plexo solar, entre los pulmones, el hígado y el píloro.

Yo, sobre el tema este de Dios sé bastante poco. Básicamente sé que si existe desde luego no soy yo. Quiero decir que Dios pertenece al ámbito del No-Yo, otra forma más fina de llamar a lo de afuera, quiero decir a lo que ocurre más allá de la piel y donde no alcanzan ni mis manos ni mis pies. Más allá de esta verdad incuestionable todo son especulaciones. Por ejemplo: intuyo que a Dios le gustan las ambivalencias y las contradicciones, pero la única base de la que dispongo para afirmar tal cosa es que yo concibo la realidad como algo ambivalente y contradictorio. El margen de error aquí es bestial. Puede ocurrir perfectamente que a Dios le importe poco tal cosa y que sea yo el que proyecte desde mi interior una visión sesgada de lo externo. Quiero decir que yo soy el ambivalente y el contradictorio, y como el ladrón, creo que todos son de mi condición. Al fin y al cabo la realidad se tiñe del color del cristal con que se mira, y el único cristal del que dispongo soy yo mismo.

En cualquier caso, yo me agarro a eso de que Dios me ha creado a su imagen y semejanza, lo que me permite transformar mi cuerpo y mi alma en campo de investigación teológica. Si yo soy ambivalente y contradictorio, Dios también debe serlo, me digo. No es una idea descabellada pues al fin y al cabo la tensión que genera el enfrentamiento de contrarios es la fuerza que impulsa el movimiento de la vida. Y la vida es una fuerza muy poderosa, la mayor que yo conozco. Ríete tú del uranio enriquecido.

A veces me pregunto si esto de las ambivalencias no es sino una forma de llamar la atención. Desde luego cuando escribo sobre las contradicciones me da un poco de palo, por si me estoy transformando en un don Miguel de Unamuno

pero en pequeñito, una especie de Miguelito de La Roda pero en plan filosófico. Cuando me pasa esto corro al espejo y me tranquilizo: más bien tengo pinta de cantante de *Barón Rojo* venido a menos, ya saben, barriguita, entradas, arrugas en el cuello, aunque es esto del Rock mi ídolo secreto es Bon Scott, que murió joven y compuso un bonito cadáver, y mi grupo favorito AC/DC, por supuesto, ya saben, el infierno no es un lugar tan malo.

Como les decía, de Dios sé que no soy yo. Por qué me ha hecho insatisfecho mientras la tortuga parece conformarse con su suerte, que básicamente consiste en arrastrar su caparazón por la superficie de una tierra redonda es algo que ignoro. Me flipa eso de participar en la imagen y semejanza de algo que no tiene imagen ni se asemeja a nada conocido, pero la verdad es que siempre me ha flipado lo invisible, el ángel que asusta a la burra de Balaam y esas cosas. Lo invisible tiene mucho peligro para mí. Observo la zona oscura de los cuadros de Rembrandt o una superficie monocroma de Rauchenberg y puedo ver cualquier cosa. Y es que cuando me pongo a interpretar lo que no tiene forma, me quedo solo.

En cuanto a Dios, probablemente soy su hijo, aunque seguro que no soy su hijo predilecto. No soy Dios, pero me gusta jugar a serlo, sobre todo cuando me pega un subidón de Soberbia. La Soberbia es como el vino: te produce un calorillo instantáneo en el pecho y una satisfacción inmediata en el ego. Y a mí además, se me mueve el nabo. Por eso tiene tanto éxito en el ranking de los pecados capitales, más que la Lujuria. Follar puedes hacerlo en cualquier momento, pero no siempre hay ocasión para dejar en libertad la Soberbia. Además, si eres un caballero, te follas a alguien y luego te sientes obligado a acompañarla a casa. O a pagarle el taxi. Recuerdo un ligue que me pidió dinero para el dentista. Quería arreglarse la boca y no le llegaba la pasta con su sueldo de secretaria. Para follar necesitas a otro, lo que siempre es un rollo. Sin embargo con la Soberbia te ahorras todos los trámites de llamar, cenar, ir a bailar, hablar, mandar mensajes, escribir cartas. Con la Soberbia se te infla el Ego como un airbag y ya está, y esto puede ocurrir mientras cruzas el Atlántico en solitario.

Desde luego el modelo de Soberbia es Dios. Yo no sé por qué se extraña de que los humanos le imitemos. Él es el maestro y nosotros los discípulos. Ahora te creo, ahora te destruyo, ahora te doy una compañera pero ojito con follar fuera del matrimonio. Así visto desde fuera, no parece que Dios tenga las ideas muy claras. Dios es como esos padres que te dicen “haz lo que digo, pero no lo que hago”. Vamos, que lo suyo no es predicar con el ejemplo. Te pone la miel al alcance de la boca y luego se enfada porque quieres ser como él. Es como si Guepetto se mosqueara con Pinocho porque el jodío niño se empeña en ser carpintero. Para Dios debemos ser como ratones de laboratorio. Nos suelta en el laberinto y se divierte observando cómo corremos hacia todos lados buscando la salida.

Lo que más le envidio a Dios es su pensamiento mágico, su capacidad de cambiar la configuración de la realidad con unas pocas palabras. Dios posee un pensamiento mágico y un lenguaje poderosísimo. Si eso no es Soberbia, que venga Dios y lo vea. La pregunta es: si yo estoy hecho a su imagen y semejanza, ¿por qué mi pensamiento no es mágico?, ¿por qué mis palabras no son pode-

rosas? Ya sé que hay un sustrato de Envidia en esta cuestión, pero la verdad es que daría media criadilla por colocarme ante el caos, levantar los brazos como un director de orquesta y decir “¡Hágase la luz!”, y que la luz se hiciera. No me digan que no mola. Luego inventaría el interruptor y ya está.

Como en casi todos los procesos, lo más interesante en esto del Universo es el principio y el final. Habría dado la otra media criadilla por haber asistido a la Creación, y el cimbel por tener localidad de primera fila en el valle de Josafat, desde donde se ve el Fin del Mundo en directo, nada de Internet ni YouTube. Entre el principio y el final de los procesos uno contemporiza, deja pasar el tiempo, marea la perdiz, conversa sobre la meteorología o ve la final de la Champions, pero los extremos son los puntos de máxima tensión, los momentos en los que todo se aclara.

Si resumo lo poco que sé yo diría que la vida tiene forma de círculo y que parece estar organizada en eslabones, como el ADN. Por su parte la Naturaleza no parece haber sido diseñada a la medida del hombre compasivo, suponiendo que tal cosa exista, pues la mayoría de los que pretenden pasar por compungidos y solidarios suelen ser lobos disfrazados con piel de cordero, depredadores subterráneos que buscan todo el rato una excusa para liberar la crueldad apenas sujeta por unas débiles convenciones sociales. A lo largo de mi vida he conocido a varios compasivos de pacotilla. Uno de ellos, un antiguo compañero del colegio, me contó no hace mucho que de repente, el último verano había alquilado un velero y se había ido con su madre a buscar a Dios a los mares del Sur. Si he de serles sincero no sé si me lo contó o lo he leído en algún lado. A estas alturas se me mezcla todo y me resulta difícil diferenciar lo vivido de lo leído, lo leído de lo soñado. Es lo que tiene la licuefacción del cerebro, y la consiguiente dispersión de las neuronas. Sea como fuere, eso de alquilar un barco para buscar a Dios es el tipo de cosas que hace la gente que se aburre. Que se aburre y que tiene mucha pasta. Aquél tipo sufría de *spleen* y le salían las acciones de REPSOL por las orejas. Pasta heredada, por supuesto, nada de trabajar uno mismo para conseguirla. Su abuelo había abierto varias minas de carbón en Asturias y el nieto, que siempre vestía un traje de lino blanco y adornaba la camisa de seda con una fina chalina roja se dedicaba a patearse la fortuna de su antepasado.

Madre e hijo zarparon de la isla del Hierro y tras dos semanas de navegación llegaron a un archipiélago de aguas verdes y arenas blancas, como los que salen en los folletos de las agencias. El tiempo parecía suspendido del cielo, y los sentidos se abrían al sol, colgado del firmamento como la calavera blanca de un animal primitivo. Madre e hijo se vistieron de *Muerte en Venecia*, se tumbaron bajo un cocotero y esperaron. Al tercer día escucharon un alboroto inusual. Al mirar al cielo vieron que se había llenado de pájaros negros. Alertados por un instinto grabado en los cromosomas las aves daban vueltas en el aire esperando la eclosión de los huevos. En la playa miles de tortugas diminutas salían del cascarón, trepaban por las paredes del nido y corrían hacia el agua. Los pájaros descendían una y otra vez devorando a las pequeñas tortugas con sus picos afilados.

Cuando terminó de contarme la historia mi antiguo compañero de colegio, Camuñas creo que se llamaba, permaneció unos instantes mirándome en silencio con los ojos muy abiertos y los dedos ligeramente crispados. La verdad es que le echaba bastante teatro a la cosa. Camuñas me miraba sin verme. Su mirada seguía vagando por los mares del Sur mientras su mente repetía una y otra vez el bucle de aquel día que parecía haber marcado su vida. Yo le devolví la mirada y le dije que tampoco tenían que haberse ido tal lejos para verificar el funcionamiento de la Naturaleza. Con observar al gato de la portera jugando con el saltamontes capturado en el jardín o el destino del pájaro que se ha caído del nido antes de aprender a volar es suficiente. De la relación enfermiza que mantenía con su madre no le dije nada. No sé si venía a cuento, pero le hablé de mi incapacidad para resolver los conflictos y de mi tendencia a caminar por la vida con el lirio en la mano, que se junta con mi irresistible impulso de salir corriendo

al menor contratiempo. Mi discurso fue inútil. No me miraba, pero tampoco me escuchaba. No sé. A mí me da la sensación de que quienes ponen el acento en la crueldad de la Naturaleza suelen buscar en este hecho la justificación para sus propios desmanes. Te pones la tele a la hora de la siesta, ves a unas leonas cazando un ñu y parece como si eso ya te permitiera ser un follacabras, tratar a patadas a los empleados que te manda una empresa de trabajo temporal y cerrar la fábrica cuando te da la gana. Es la lucha por la vida, te dices. Más bien es tu propia codicia, y que eres un malnacido y un vikingo.

Volviendo a lo de los eslabones, una de las cadenas más evidentes de la vida es la formada por las víctimas y los verdugos. Las víctimas se transforman en verdugos de unas víctimas que, antes o después, serán verdugos de otras víctimas y así hasta el infinito. Como un dios de dos caras, todos somos verdugos, todos somos víctimas. Todos somos simultáneamente maestros y discípulos de la crueldad en una especie de eterno retorno de lo mismo. Esto sí que lo creo firmemente.

Para sobrevivir en esta sucesión de víctimas y verdugos –entre paréntesis: las sucesiones siempre me recuerdan aquello de ¿qué es una cosa blanca-negra, blanca-negra, blanca-negra? Respuesta: Una monja rodando por las escaleras– se precisa un puntito de Soberbia que, sospecho, es el ingrediente básico que la vida nos instala en el disco duro para que salgamos adelante en situaciones de conflicto. Defiende tu espacio o perece. Éste no es un país para viejos ni para débiles, parece decirnos la tía. Lo ideal con la Soberbia es llevarla doblada en el bolsillo y sacarla sólo cuando es necesaria. Pero esto es muy difícil pues previamente hay que haber vivido lo suficiente y haber desarrollado el autocontrol. Lo que pasa con la Soberbia es que proporciona tal sensación de poder que la tentación de llevarla desplegada constantemente, como el spinaker, aunque no la necesites, es difícil de resistir. Aquí estamos yo y mis cojones parece ser su lema. Al fin y al cabo la vida social en una especie de pressing-catch permanente en el que devoras o eres devorado. No hay más, a no ser que seas Ghandhi y extraigas tu fuerza de la humildad, que también se puede, pero ése es un encaje de bolillos más complicado.

Para tener sensación de dominio no hace falta gran cosa. Por ejemplo, le das un arma a alguien que ha fracasado en los estudios, y un uniforme, y ya está. Si no te gustan los uniformes te buscas a alguien más débil que tú, le pegas una paliza y le dices que es en su propio beneficio, que quien bien te quiere te hará llorar y todas esas mierdas. Las mujeres y los niños suelen ser las víctimas propicias para este tipo de abusadores. También puedes emborracharte, saltarte los semáforos en rojo y conducir por la autopista en dirección contraria mientras te imaginas la cara de terror de los otros conductores, éstos a los que llamas pringados y capullos en tu mente. Qué gran placer provocar tres o cuatro accidentes mortales.

Lo bueno de la erótica del poder es que para sentirla no hace falta llegar a presidente de los Estados Unidos y bombardear de vez en cuando algún país lejano para subir en las encuestas del tuyo. Se experimenta la misma sensación cuando alargas el brazo y el tráfico se detiene o cuando te subes a un podio y a un movimiento de tu cuerpo cien personas empiezan a producir una música que

a ti te parece que brota de la punta de tus dedos.

De niño creía que si me concentraba mucho acabaría ocurriendo lo que a mí me interesaba. Alguien dijo alguna vez que cuando era niño hablaba como niño, sentía como niño, actuaba como niño y que el final de la infancia es cuando te das cuenta de que por mucho que te concentres no puedes cambiar nada. Esto último no lo dijo Saulo. Supongo que se le pasaría, por lo de la conmoción cerebral. No es ninguna tontería caerse del caballo. No lo dijo Saulo, pero lo digo yo.

Estoy seguro de que la vida a la que yo he despertado es la misma que tuvo que vivir Spinoza, por poner un ejemplo, o Rodhko, otro que no sé dónde lleva la hache, y que Platón tuvo que afrontar idénticas circunstancias que las mías. A mí, en realidad, me gustaría prescindir del flexo y escribir a la luz de una vela colocada sobre una calavera, que son unos huesos diseñados por la Naturaleza para que los humanos pongamos velas sobre ellos y así tomemos conciencia de eso del *pulvis eris*, pero en estos tiempos plastificados de manufacturas y franquicias es realmente complicado poseer un hueso humano. Podría profanar unas cuantas tumbas o comprarle el esqueleto a un indigente, pero la verdad es que me da mucha pereza. Con flexo o con velas, con cráneo o sin él, vivo la vida que ha vivido todo el mundo sin darse tanta importancia.

Algunas veces el alma se me sale de sus goznes y escapa por la boca. Yo aprieto los dientes para retenerla, pero el alma se da la vuelta y se me escapa por el oído, después de girar a toda velocidad en el laberinto y atravesar el martillo, el yunque y el estribo como en una atracción de feria. Entonces se apaga la luz, me refiero a la luz interior, y me invaden todas las imágenes clásicas de la desolación: el pozo, el túnel, el sótano húmedo y caliginoso (me encanta esa palabra), el pasillo largo y tenebroso con una tenue luz amarillenta al fondo. La cosa dura unas pocas horas y en ese tiempo no me queda sino esperar a que el sentimiento se agote por sí mismo, así que me siento y aguardo a que la vida regrese a mí a través de los capilares y las terminaciones nerviosas. De momento siempre regresa.

Esto de que te abandone la vida es un sentimiento sorprendente. El abandono en general lo es. Sorprendente y desconcertante. Conozco personas a las que ha abandonado su madre cuando tenían doce años porque en la madurez había encontrado el amor de su vida y otras que se han sentido perdidas cuando su profesor de saxofón se ha trasladado a otra ciudad y han tenido que suspender las clases. No hay proporción entre ambos sucesos pero el sentimiento se desarrolla de forma idéntica en ambos casos. El sentimiento y sus ramificaciones.

Esta noche he soñado con un cielo rosado que se difuminaba sobre el horizonte de unos cerros pelados y yermos. En la ladera había una casa de pastores o de peones camineros mimetizada con el terreno. El revoco de las paredes se había desprendido parcialmente, y los desconchones formaban la silueta de una manada de animales inexistentes que corría en la espesura perseguida por las flechas de unos arqueros estilizados. La hierba crecía entre las tejas y la hiedra cubría una de las esquinas. En la puerta se observaban los efectos de la intemperie. El sol, la lluvia y el viento había desescamado las sucesivas capas de pintura, que se desprendían como tiras de una piel finísima. Los herrajes estaban oxidados y una llave grande y antigua colgaba de la cerradura como una fruta madura que estuviera a punto de caer al suelo. Yo caminaba descalzo y la tierra acogía mis plantas con su cálido abrazo. Empujé la puerta y entré en la casa. Alguien había metido un cadáver en una bolsa, que yacía sobre una mesa de madera. El cuerpo parecía un pájaro desplumado, y la boca sin dientes mostraba una extraña mueca. Por el suelo se arrastraban lentamente caracoles cubiertos de un pelo muy suave que chillaban cuando los pisabas.

Lo bueno de los sueños, o lo malo, nunca se sabe, es que de repente, cuando menos te lo esperas, viene alguien y los pinta. Un artista, en algún lugar de la tierra, se pone delante de un lienzo y bosqueja un caballo verde montado por un caballero de armadura amarilla, o un plátano rojo sobre el mantel deformado por una perspectiva imposible. Seguramente los sueños no pertenecen a nadie, y si yo encuentro los míos pintados en la galería de los Ufficci no se me ocurre exigir derechos de autor ni reclamar el copyright. Las imágenes me azotan las sienes y se pasean delante de mí como una puta esquinera implorando que les dé forma. Yo me paso la vida queriendo prescindir de mi anatomía y los sueños andan por ahí buscando un cuerpo en el que encarnarse. Así es fácil llegar a un acuerdo. En los sueños no hay tiempo, ni falta que hace. Tampoco ese anhelo de realidad de que habla María Zambrano.

De la misma manera que deambulamos durante la vigilia por un espacio compartido, existe más allá de la conciencia un lugar nebuloso en el que los humanos coincidimos en cuanto nos quedamos sobados. Al menos los humanos que tenemos sueños. Me gusta pensar que todo lo que estoy viviendo quedará flotando como un vapor muy tenue cuando muera. Al fin y al cabo eso son los sueños: neblina psíquica que escapa por las grietas de las cabezas. De la misma manera que no me llevo al otro lado el apartamento de la playa ni la colección de sellos, tampoco me llevo mis sueños, que se quedan aquí buscando otro ser humano con quien simbiotizarse. Cuando me vaya me desabrocharé todo lo que de la vida se me ha quedado adherido, todo lo que he soñado mientras escuchaba la luz silenciosa de la tarde, lo doblaré cuidadosamente y lo dejaré sobre una piedra. Allí descansará hasta que por la senda que serpea entre los viñedos aparezca alguien de la talla cincuenta que se lo enfunde.

Personalmente me da igual que los sueños sean tan privados como un pecado inconfesable o tan comunes como el vestíbulo de la estación de Atocha, pero como pensar es libre, me gusta pensar que cuando me duermo desciendo

por el desagüe del subconsciente y llego a un lugar común donde todos los humanos participamos del Inconsciente Colectivo de Dios. Cuando cierro los ojos y duermo, me desintegro gradualmente mientras me sumerjo en el jardín de los sueños como la hoja desprendida de un roble; cuando despierto me voy reintegrando y emerjo al mundo real investido de una individualidad delimitada por una piel que me muestra que no soy los otros.

Me gusta la idea ésa de diluirme cada noche en una especie de sopa psíquica, pues me da una impagable sensación de ser un fideo idéntico a los demás fideos, pero lo más probable es que en realidad sueñe como vivo, como nací y como moriré, es decir, en soledad. A veces, cuando me rondan estas ideas de Almas Universales e Inconscientes Colectivos me da la sensación de que tengo demasiado tiempo libre, lo cual es muy peligroso cuando se posee una cabeza que nunca descansa. A lo mejor debería buscarme un curro de esos de catorce horas poniendo etiquetas a botes de tomate o elaborando listados interminables en el ordenador, pero en mi caso creo que seguiría dándole bola a la cabeza incluso en la cinta de montaje de la Citroën. La única posibilidad de alcanzar la muerte cerebral es convertirme en un tío normal, de esos que llegan a casa, preguntan qué hay de cena, se tumban en el sofá y se ponen a ver la tele. Cuando me entra la tentación de enfundarme una de esas vidas me relajo, abro un libro y leo hasta que se me pasa.

Yo no tengo tele, pero sí una ventana desde la que veo la acera y las canchales de los transeúntes, también los árboles de la ciudad, de abajo arriba, que es como los humanos vemos los árboles, aunque yo esté momentáneamente por debajo del nivel normal de observación, y un trozo de cielo. No tengo tele, pero sí imaginación, que es una especie de hueso de sepai con el que exploro el mundo exterior y me miro por dentro. Creo que en algún folio ya he escrito que alguien ha llamado a lo de dentro el Yo y a lo de fuera el No-Yo, pero para mí no hay mucha diferencia. Si fuera uno de esos pensadores que han de concluir cualquier razonamiento con una síntesis llamaría a todo el Yo-Yo y acabaríamos antes.

Cuando uno se dedica a explorar debe estar dispuesto a toparse con cualquier cosa, por extravagante que parezca. Ahora mismo, mientras escribo esto, me ha parecido ver, cerca de la curva que hace el hombro por dentro, la estatua de un dios menor semienterrada en la arena, y los años con trece lunas suele instalarse en el parietal derecho una familia italiana que come espagueti en una mesa instalada sobre unas burrillas bajo los pinos de Roma, una ciudad que siempre es un peligro para los caminantes.

Esto de la percepción es muy alucinante. He conocido gente capaz de intuir cuánta luz late en lo más oscuro de la noche, o qué formas atesora en su interior un bloque de mármol, y otros incapaces de ver una cascarria en la punta de sus propias narices, aunque se la señalaras con una flecha de neón. Los seres humanos oscilamos entre el cero y el infinito, pero básicamente, y simplificando, hay dos opciones: los que le dan a la neurona y los que ven el fútbol. Los artistas y los filósofos son como esas monjas que están en oración continua. A lo mejor tú personalmente no tienes mucho tiempo para rezar, pero ya lo hacen ellas por ti. Me tranquiliza saber que cuando estoy pecando hay alguien que se ocupa de la salvación de mi alma, que cuando me acerco al coma cerebral alguien está pensando, o pintando, o escribiendo en algún lado.

La vida parece una rueda, en la que todo regresa periódicamente, o una ola en cuya cresta lo mismo hay una gaviota que el Espíritu del mal o una rata muerta. Qué cosas. Esto me lo enseñó una escritora rusa y es que los rusos, en esto de la prosa, dan mucho juego.

La gente visionaria es la que luego escribe eso de que tus ojos son palomas y tus pechos gacelas triscadoras. Lo de los ojos como palomas no está mal. Un poco antiguo quizás. A mí personalmente me gusta mucho más lo las gacelas dando saltos porque me imagino con bastante facilidad el movimiento ondulante de las tetas bajo la camiseta mojada de una chica que corre por la playa haciendo footing o jugando a la pelota con las amigas, y me pongo caliente. Dicen que trasladar la orografía del planeta al cuerpo de una hembra es una forma de entrar en contacto con la vida. No sé. Yo no digo ni que sí ni que no. Yo personalmente, para ese asunto de contactar con la vida utilizo la memoria. La memoria, la mía al menos, tiene la gran ventaja de que no me exige haber vivido personalmente lo que recuerdo. Mucho de lo que almacena mi cabeza bajo el rótulo de “Experiencia personal” no son sino pasajes de libros, historias que me ha contado alguien o el rastro que ha dejado en mí la contemplación de un cuadro. A veces pienso que toda mi vida se asienta sobre la base de recuerdos no vividos. En mi caso lo más probable es que los episodios clave sobre los que asiento todas mis decisiones y una gran parte de mi autoconmiseración nunca sucedieran. Seguramente nunca me caí del triciclo cuando tenía tres años y casi seguro que la monja que torció mi camino de un guantazo sólo existe en mi imaginación. Tampoco me di aquel golpe en la cabeza contra el pedestal de la estatua de un poeta de tercera, golpe que me aflojó casi todas las tuercas, pero a mí me gusta pensar que fue así.

Hablando de tornillos y de tuercas, habría dado media criadilla por que se me hubiera ocurrido a mí el relato del niño que tenía un tornillo dorado en el lugar donde la mayoría tenemos el ombligo. También el del niño que tenía un pez secreto que no le enseñaba a nadie porque lo había comprado con su dinero. Si quieren se los cuento, por si no los recuerdan. Yo, francamente no tengo nada mejor que hacer.

El del niño del tornillo en el ombligo va de un niño que intenta desprenderse del tornillo por todos los medios. Todos tienen ombligo y él tiene tornillo, y él, en el fondo, quiere ser como todos los niños. El niño intenta desenroscar aquello con las herramientas de su padre, pero no hay manera. Una noche se queda dormido y sueña que camina por el bosque. El cuento no lo dice, pero seguro que hay luna llena. En un claro, un claro de luna, claro, se encuentra con un mago. Lo del claro del bosque tampoco está en el cuento, pero así funciona la tradición oral, por adición de elementos, así que yo añado lo que me parece. Bueno, a lo que iba, que me disperso. El niño le pide al mago que le ayude a desenroscar el tornillo. El mago se le queda mirando y sin decir nada se mete en su cabaña, una cabaña de mago con el techo en forma de sombrero de mago. Sale con un pergamino enrollado que resulta ser un plano. En el plano hay marcado con rojo un camino, y a la vuelta, en verde, una instrucciones. El niño sigue concienzudamente las indicaciones, y al final de recorrido, que es una especie de

gymkhana mágica con precipicios infranqueables y cuevas llenas de murciélagos colgados cabeza abajo, encuentra un destornillador dentro de una burbuja de cristal. Para abrir la burbuja tiene que pronunciar unas palabras mágicas, o solucionar un enigma, ya no me acuerdo. El niño, que es bastante aplicado en el colegio, supera la prueba. La burbuja se abre y el niño del tornillo consigue el destornillador mágico. El niño da unos cuantos saltos de alegría, le agradece a los padres y a los profesores todo lo que le han enseñado, y se sienta en el tocón de un roble. Tras algunos intentos consigue extraer el tornillo que tanto le ha atormentado. En este momento el niño se despierta en su cama. Lo primero que hace es palpase el ombligo. ¡Oh, maravilla! El tornillo ha desaparecido. El niño sale de la cama y empieza a dar saltos de alegría. Al tercer o cuarto salto se le desprende el culo, que queda balanceándose en el suelo como un orinal de loza. Fin del cuento. La historia tiene moraleja, pero yo paso. Que cada cual saque sus propias conclusiones, que ya somos todos bastante mayorcitos.

En cuanto al cuento del niño y su pez secreto, poco hay que contar. El niño ahorra pacientemente de su paga, barre las hojas de los jardines vecinos a cambio de unas monedas, hace recados para su madre, y cuando tiene lo suficiente se compra un pez, una carpa roja seguramente, y lo guarda en el armario. Nadie debe verlo porque es un secreto. Al fin y al cabo lo ha comprado con su dinero. Supongo que la carpa palma en la oscuridad, se hace gay para poder escapar del armario o evoluciona hacia pez abismal de ésos que tienen un pedúnculo luminoso. Cuando la vida te coloca contra las cuerdas las posibilidades se reducen a dos: o te transformas y te adaptas al medio o mueres.

Se dice de las ventanas, entre otras muchas cosas, que son el límite entre la vida activa y la contemplativa. No sé, la verdad. Yo no tengo una ventana con bellas vistas, pero eso no es problema. Yo me asomo a la mía y en vez de la acera veo el hayedo que crece en la ladera. Ya sé que el hayedo no está ahí, pero a mí eso me da igual. Me gustan las hayas porque sus ramas crecen horizontales con respecto al terreno, lo que las convierte en un árbol bastante fiable, – servirían perfectamente como símbolo de una compañía de seguros o como logotipo de una empresa de vigilancia–, y por cómo se encienden cuando se preparan para perder las hojas. Es todo un detalle.

Me asomo a la ventana y es otoño. Las hojas han caído y con la lluvia fina de octubre empiezan a pudrirse. Huele a humedad y a hongos. Llega hasta mí la fuerza misteriosa que emana de los troncos de los árboles. Es fácil imaginar las raíces como una mano poderosa que abraza la tierra. Yo, por mi parte, estoy tumbado en la grama y miro hacia el cielo. No hay estrellas. En este árbol donde apoyo la cabeza no hay dos hojas iguales, y sin embargo todas son idénticas. El cielo es apenas un retazo azulado entre las ramas. Nada se mueve, pero la vida late por todas partes.

Cuando era niño miraba los árboles y admiraba en ellos su impasibilidad y su fuerza, su crecimiento siempre hacia el cielo. Aún hoy día me gusta apoyar la sien en su tronco y sentir cómo penetran en mí sus capilares verdes y me trasladan su savia, cómo limpian mi espíritu sus dedos vegetales. Me gusta pensar que si permanezco abrazado al tronco el tiempo suficiente, al final me transformaré en un manzano, en un nogal o en el espíritu de los bosques.

No sé si lo que les contaba hace un rato, eso de que los sueños constituyen un espacio común donde todos los durmientes confluimos es una intuición genial o uno más de mis delirios. Lo de la intuición genial es una forma de hablar. Uno de los ingredientes de la genialidad es la originalidad, que básicamente consiste en abrir un camino por lo que todavía nadie ha transitado, y eso del espacio común seguro que se le ha ocurrido a alguien en algún sitio antes que a mí. Ya lo dijo quien fuera, *Nihil novum sub sole*, y yo personalmente dudo de que haya ideas originales. Como mucho puede haber una forma original de combinar las ideas que andan por ahí flotando como esas motas de polvo que ilumina el sol cuando sus rayos atraviesan la persiana. Siempre que alguien considera algo novedoso normalmente es porque no ha leído lo suficiente.

En cuanto a mis propios sueños, no sé si de cuando en cuando Dios me desvela algunos de sus secretos mientras estoy sobando o si simplemente sufro una alucinación crónica, consecuencia directa de los residuos que el consumo indiscriminado de LSD en los años sesenta ha dejado en mis neuronas. Tampoco contribuye a la claridad de ideas mi personalidad altamente desestructurada, atomizada diría yo. Lo de la personalidad atomizada tiene algunas ventajas. Por ejemplo, si me aburro de mí mismo, pues remuevo los escombros de mi ser y me convierto en cualquier otra cosa, en una vecina, por ejemplo, en la tabla de la plancha, en el marco de una puerta. En un pispás paso de lo real a lo posible y vuelta, lo que, bien mirado, es un chollo. Puedo ser tierra, flor, pájaro, cenicero, polvo de estrella o pelícano con solo chascar los dedos.

La desventaja de ser tantos seres es que te haces un lío y antes o después la identidad se resiente, quiero decir que al final eres todos y no eres ninguno, pero a mí eso de la identidad siempre me ha parecido una filfa inventada por algunos para darse importancia y justificar todo ese rollo del genio creador. También con lo de la identidad se justifica lo del carné de identidad, cuya expedición da trabajo a algunas funcionarias y a varios maderos, y no están los tiempos como para despreciar los puestos de trabajo. Luego lo pierdes, el carné, me refiero, y no sabes si eres Napoleón, Julio César, Manolo Escobar, Manolo Cabezabolo o la emperatriz de Surinam.

La identidad, como la propiedad, es otro fantasma, de los muchos con los que convivimos los hombres, fantasmas que muy pocos cuestionan, pero para mí está claro que tienen la misma consistencia que las estantiguas, y la prueba es que sólo se pueden definir en términos negativos. No sé quién soy, pero sé que no soy los otros, y en eso consiste mi identidad. Hay un truco para establecer el límite entre uno mismo y los demás que funciona. Lo sé porque lo he utilizado. El truco consiste en autodestruirte. Me incinero, y donde termina el incendio empiezan los demás. Así delimito en Yo, el No-Yo y el Yo-Yo del que les hablaba un poco más arriba.

En cuanto a la propiedad, en realidad no poseo nada, y la prueba es que en la muerte hay una aduana con un funcionario que no me deja pasar ningún producto, pero yo escondo una moneda bajo la lengua para pagarle a Caronte. Por no dejarme pasar, no me deja pasar ni el cuerpo, así que ya me contarán.

Esto de la propiedad también se define en términos negativos, y es un nuevo ejemplo de cómo la materia se transforma en pensamiento. El espíritu es materia y la materia es pensamiento, pero pensamiento inserto en las coordenadas espacio-temporales. Así funciona la cosa. En cuanto a lo de la propiedad privada, poseer algo consiste básicamente en impedir que los demás puedan utilizarlo. Ya de paso les diré que eso de la propiedad privada es la más enorme manifestación de miedo de la especie humana, y el miedo parece ser uno de los motores básicos de nuestro comportamiento. Te pasas media vida desplegando las maquinaciones que te permitan ocultar lo cagado que estás y la otra media cavilando cómo no enfrentarte a la verdad, y así, entre unas cosas y otras se te olvida vivir, que es en definitiva a lo que hemos venido.

Resumiendo: no sé quién soy, pero me importa tres cojones. Por no saber no sé si soy alguien con piel y tegumentos, un ser de esos que pueden salir en las mesas de disección de los cuadros de Rembrandt o simplemente una sucesión de palabras colocadas en un determinado orden, una especie de frase musical interminable a la manera de Wagner, una frase que se enrolla en un folio y se mete en una botella. Hablando del Pisuerga, les diré que se me está acabando el papel, así que en breve tendré que cortar el discurso.

Me gusta la idea de ser un animal lingüístico, o un ser musical hecho de palabras y sonidos. Me gusta la idea de no disponer de más realidad ni más identidad que la que me otorgan estas páginas. Me gusta eso de estar en el limbo (aunque el Papa diga que no existe), nacer cuando alguien abre el libro y morir cuando lo cierra, y voy a dejarlo ya, que me vuelve a poseer don Miguel de Unamuno, qué plasta de tío. El hombre se me acomoda bajo la lengua y me obliga a decir chorradas.

No sé qué, pero algo debo ser. Una ameba no estaría mal, o un conjunto de células colocadas en un determinado orden. A veces pienso en las ventajas que me reportaría ser unicelular. Todo se simplificaría bastante. Un solo pensamiento, una sola ocupación, un solo objeto en la vida. Tampoco me preocupa mucho lo que soy, pero ya que han venido algo tengo que contarles esta tarde. Yo, de momento, me dedico a mirar por la ventana. A lo mejor lo que soy es un mirón, un voyeur enganchado a ese Peep Show que es la vida. Lo que está claro es que todos miramos lo mismo pero no todos vemos las mismas cosas. A mí personalmente me fascinan las ventanas. De pie, sentado, acodado, de rodillas, me flipa mirar por ellas.

Esto de la mirada es bastante extraño. Si coges cien personas, las asomas a la ventana y luego les preguntas qué ven, cada uno te contará una historia distinta. Unos se fijarán en los árboles, otros en la gente, algunos en los niños jugando en el parque. Yo miro por la ventana y además de los árboles y los edificios, de los tobillos de los transeúntes y las patas de los perros, veo patos de goma flotando en una bañera llena de espuma. Los patos de goma de mi imaginación son siempre amarillos. Podría ser verdes, o azules, pero no: son de un amarillo intenso, un amarillo Van Gogh. En mi bañera imaginaria la roña se acumula a unos centímetros del borde, donde forma una línea horizontal y nítida. Si me esfuerzo un poco puedo ver la línea del horizonte.

El cien es el número preferido para hacer experimentos psicológicos. Una

vez cogieron a cien voluntarios que se comprometieron a no ver la tele en un año y ni uno lo aguantó. La mayoría tuvo los mismos síntomas del adicto al que le retiras la sustancia que consume. A finales de los años treinta del siglo veinte cien alcohólicos que luchaban por mantenerse sobrios escribieron un libro donde se detallaba cómo intentaban acostarse cada noche sin haber chupado. Cien multiplicado por mil da como resultado cien mil. Los Cien Mil Hijos de San Luis, por ejemplo. No consta que el Luis ése fuera un santo especialmente reaccionario, pero ya se sabe que a los humanos nos encanta perpetrar tropelías en el nombre del Padre o de cualquier diosecillo que nos quede a mano, y aquellos Cien Mil eran realmente Cien Mil Hijos de Puta.

Lo de la mirada es flipante, pero lo de la Naturaleza es más alucinante aún. La Naturaleza nunca actúa como lo haría si nosotros la hubiéramos diseñado. Es como si quisiera llevarnos siempre la contraria y nosotros a ella. En este hecho radica su sabiduría y, por defecto, nuestra torpeza. Obedecer a la Naturaleza es desobedecerte a ti. Ésa parece ser la cuestión. El asunto funciona como aquello de desvestir a un santo para vestir a otro, lo cual es especialmente sorprendente porque al fin y al cabo también yo soy Naturaleza. Por la razón que sea los humanos llevamos incorporado un microchip que nos impulsa a saltarnos a la torera las leyes que rigen todo lo que vive y a enmendarle la plana a Dios.

En cuanto a esta cosa de lo verde, a mí me gusta pensar que la Naturaleza te invade y penetra en tu interior con cada inspiración, con cada mirada, pero sólo si tú te dejas. Ella siempre está ahí, pero eres tú quien se abre y se cierra a su cálido influjo. Si le abres las puertas, las de la percepción y las otras, recorre tus venas, y el rumor de su sangre te susurra que estás compuesto de los mismos elementos que forman las estrellas. Toma ya. Ésta sí que es una frase que mola. La Naturaleza te somete a las leyes implacables del azar, y aunque te empeñes en vivir vidas ajenas, aunque una y otra vez pretendas que te crezcan alas de palabras con las que escapar del laberinto del espacio y el tiempo, ella te obliga una y otra vez a poner los pies en la tierra, lo que bien mirado es un favor que te hace, porque yo al menos, si me crecieran esas hipotéticas alas, haría lo de Ícaro, subir y subir hasta que el sol me achicharrara el cerebro.

Desde mi ventana no se distingue el invierno del verano por el color de la hierba o por la floración del brezo en las landas, sino por el vapor o el hielo que se forman en los cristales, también por el color del cielo, que oscila entre el azul turquesa de junio al azul grisáceo de enero. Ahora miro por la ventana. Fuera está la noche, que durante el día se refugia en los desconchones de los muros y ahora se adelgaza para penetrar por las rendijas de las casas.

Las ideas, los poemas, las pasiones, los crímenes, las estupideces, todo tipo de excrecencias espirituales, flotan en la atmósfera como patos de goma en una bañera, patos amarillos, por supuesto. Una piara es un conjunto de cerdos, un rebaño es un conjunto de ovejas o de vacas, pero ¿cómo se llama un conjunto de patos? No de patos que vuelan, que eso es una bandada, sino de patos que flotan en una bañera, me refiero. Ni idea.

Mi truco para cazar estos patos del espíritu que andan flotando por ahí consiste en visualizar la luna iluminando los pinos tras la nevada. Este tipo de paisajes los atrae como la piedra imán a las limaduras de hierro. Luego, una vez atrapados, hay que fijarlos en la imaginación para que no resbalen por los bordes, pero ése es otro problema. Es importante estirar el paisaje para que ocupe toda la pantalla mental. Nada de reservar un trocito para la fotografía de la familia o para una secuencia de peli porno. Una vez que se tiene el bosque nevado a la luz de la luna no hay más que esperar al acecho con la mente en blanco, nunca mejor dicho. Para ello nada más eficaz que escuchar algún pasaje de Morton Felman, ya saben, el compositor que utiliza la mística de la repetición, y hacerlo resonar en la bóveda del cráneo. Al cabo de unos instantes se

irán formando en la nieve las imágenes. Al principio serán imperceptibles y delicadas, como las huellas de una liebre, pues al fin y al cabo las imágenes están hechas de palabras, y las palabras dejan un rastro tenue, prácticamente invisible, apenas un rasguño de brisa en el espejo de la tarde.

Si uno practica el ejercicio regularmente se dará cuenta de que algunas imágenes se repiten con bastante frecuencia mientras que otras cambian todo el rato. La insistencia es la prueba de que proceden de uno mismo, y la repetición les da ese glamour inconfundible de las obsesiones. Las que cambian a la velocidad del rayo son de los otros. A mí concretamente lo de la brisa acariciando o rasguñando un espejo me sale todo el rato, tanto que ya estoy un poco harto, y en cuanto se descuide le doy boletto. También veo con frecuencia unas canicas rodando por una escalera. Así son las cosas. Con este sistema, si se practica disciplinadamente, se consigue que de cuando en cuando aparezca una imagen o una frase que es manifiestamente mejor que uno mismo. Ése es el signo de que estás penetrando en el terreno del arte. Parece una tontería, pero funciona.

Si la imagen de la nieve no les sirve pueden probar con la sombra de unas nubes acariciando la hierba. En este caso, en vez de nieve, sobre la pantalla mental cae vertical el sol de junio. La vida, agradecida, sube pujante de la tierra. El viento mueve las espigas y hace sonar los acordes del instante detenido como si unos dedos de viento pulsaran las cuerdas de una gigantesca arpa. Me gusta la idea de la naturaleza como un instrumento musical. A mí y a mucha gente. He leído sobre arpas de hierba, sobre esferas celestes girando en arpegios de una belleza sideral, sobre cuerpos de mujeres que son como violines de los que hay que extraer una dulce melodía.

El siglo XX, tan radical él en algunos aspectos, reconoció la música de las esferas en el eco del Big Bang que deambulaba por el universo. La música de las esferas, según los que la captaron con un telescopio electrónico, es un zumbido que haría feliz al mismísimo Stokhausen. Lo del Big Bang debió molar, pero lo que molará de verdad será en Big Crunch, caso de producirse. Mucho hablar de Dios y de los ángeles, pero a lo mejor no somos más que una goma de materia que se estira y encoge, un gigantesco yoyó de movimiento pendular que se complace en cambiar constantemente de forma. Qué cosas.

Algunos seres humanos son porosos como la tierra roturada que recibe la lluvia, o como una puta que se abre para recibir el flujo incesante de esperma, otros, sin embargo, caminan por la vida recubiertos de un cuero sólo permeable a chirlos y tatuajes. Por eso algunos hombres nacen con la responsabilidad de ser todos los hombres mientras que la mayoría bastante tienen con el trabajo de llegar a casa cada noche y de no morir antes de haber pagado el último plazo de la hipoteca.

Esto de buscar la verdad no es tarea fácil para la mayoría, y es que la verdad puesta en palabras es probablemente la fuerza más poderosa que conoce el ser humano. Mucha gente prefiere la huida a la verdad, y en esto del escapismo la especie humana ha diseñado verdaderas virguerías. La huida es el instinto básico pero sus manifestaciones son insospechadas. Huir puede ser meter la cabeza en un agujero o mirar una vidriera, comerse un donut de chocolate o comprar compulsivamente en la tienda de los chinos. Por la razón que sea, las cosas necesarias son simples, y las innecesarias complicadas. La verdad, si puede formularse, cabe en un axioma, que es donde más luce.

Cuando tu madre te da la vida te da al mismo tiempo la muerte es un ejemplo de verdad obvio, sencillo y manejable que puedes apuntar en cualquier lado.

La negación de la muerte, que es la negación de la evidencia, es la base sobre la que se construyen la mayoría de las vidas, la mayoría de las mentiras. Algunas trayectorias vitales, pocas, son rectas. Casitodas son inversas, y eso de la inversión es como vivir en el reverso del tapiz o en el negativo de la fotografía. Uno de los trucos para negar la muerte es rodearte de lo que parece inalterable y bello, como el oro, el movimiento de los astros o la cristalización del carbono. A mí personalmente me gustan más las esmeraldas, y en cuanto al oro, me quedo con el oro blanco. El otro me parece demasiado amarillo y siempre me recuerda, más que la inmortalidad, a los nuevos ricos, que en cuanto hacen dinerito se compran un Mercedes y una cadena muy gorda para lucirla en la piscina sobre el torso demasiado abombado, demasiado peludo. Me gustan las esmeraldas y los rubíes, que me dan la misma sensación de belleza y eternidad que las estrellas. Luego resulta que las estrellas también nacen y mueren, y que incluso lo perfecto y armónico está sujeto a la acción del tiempo. Y es que al final, te pongas como te pongas, no somos nada.

Para vencer el tiempo, y la muerte, algunos hombres maduros buscan una mujer joven, sana, bella. Las cubanas tiene mucho éxito en esto. Parece que si estás más arrugado que una pasa y te metes en la cama con una jovencita, te planchas un poco el alma y con el lifting del espíritu se te olvida durante un rato que vas a morir, pero lo que realmente se te olvida es que te estás acostando con un esqueleto, por muy joven que sea la chica. En compensación ella se apropia de tu cuenta corriente, de tus tarjetas de crédito, y en cuanto te descuidas se trae a la familia. Y es que nadie da nada por nada.

Otros intentan trascender a la tiñosa engendrando hijos, con la vana pretensión de que sean la prolongación de uno mismo, o amasando una fortuna

para dejarla en herencia, o trabajando para erradicar las minas antipersona, o escribiendo un libro. El caso es dar el coñazo a los que vienen después, dar el coñazo después de muerto, como el Cid, que ya olía el tío y salió a caballo a vencer a los moros, o el capitán Ahab, que ya estaba más tieso que la mojama y seguía llamando a su tripulación desde el lomo de la ballena. Eso es profesionalidad y lo demás son tonterías. A mí personalmente me mola la muerte. Al fin y al cabo es el abrazo amoroso de la tierra. El único abrazo sincero que seguramente recibes a lo largo de tu vida. Los abrazos humanos se parecen más a los de la boa constrictor y yo, siempre que me abrazan, me palpo bien la ropa a ver si todavía tengo la cartera y el reloj de mi abuelo.

Para vivir sin complicaciones lo mejor es poner una ferretería, o un estanco. Una ferretería suele ir bien. Ganas un montón de pasta, y con el excedente puedes montar una cadena de ferreterías. Con el tiempo incluso puedes registrar una franquicia y llamarla “La tuerca alegre” o algo así. Los negocios no tienen por qué estar reñidos con la creatividad. De hecho las mejores colecciones de arte suelen estar en los bancos y en las fundaciones con las que algunos piratas pagan su deuda con la sociedad.

El dinero está al alcance de cualquier cretino. Lo de la sabiduría ya es más selectivo. En cuanto a lo de escudriñar los últimos rincones de la vida, a mí me parece especialmente meritorio, si tenemos en cuenta que para una tarea de ese calibre enunciada de una manera tan rimbombante se dispone exclusivamente del escueto espacio comprendido entre los zapatos y el sombrero. Hay tal desproporción entre el trabajo y la herramienta que es como ponerse a horadar un refugio atómico con una cucharilla de moka o pretender vaciar el mar con un cubo de playa.

Lo que está claro es que mientras unos sacrifican su tiempo en darle a la neurona y en el camino se convierten en una variante contemporánea del monje medieval, una especie de goliardo follador y borracho, la mayoría apenas alcanzan a ser unas iniciales borrosas en el cajetín del correo, pero me temo que eso es lo que somos todos, unas iniciales borrosas en el Libro de la Vida.

Tengo pocas cosas claras, pero una de ellas es que, por alguna razón Dios nos hizo desiguales. Seguramente quería evitar que nos aburriéramos. A mí, personalmente, me gusta que la gente sea distinta porque yo ya me tengo muy visto y porque en definitiva nunca pertenecería a un club que admitiera a alguien como yo. Mi infierno particular es un ascensor lleno de gente idéntica a mí. Le doy al botón y la caja se para entre dos pisos. No hay escapatoria, no hay salida, sólo un permanente y eterno enfrentarme conmigo mismo. Lo dicho: un infierno.

Esto de la desigualdad de aspiraciones, de capacidades, de deseos nos lleva a una idea interesante, la idea de que la energía vital no esté repartida uniformemente entre los seres humanos. Recuerdo que en el colegio, cuando sacaban a alguien a la pizarra y se quedaba callado, si yo me sabía la chorrada que el profesor de turno le estaba preguntando me sentía culpable en silencio porque pensaba que le había sustraído al compañero parte de la inteligencia, o de la memoria. El pensamiento en sí tiene suficientes cojones. La verdad es que tengo una grandiosa facilidad para sentirme culpable por cualquier cosa. Debe ser que la culpa hace que me sienta poderoso.

En cuanto a eso de que Dios nos creó desiguales, yo creo que la desigualdad hace más entretenida la cosa ésta de la vida aunque los humanos, que nos empeñamos en coger el rábano por las hojas la utilicemos como coartada para perpetuar la injusticia. La desigualdad es más social que otra cosa, porque está claro que somos clónicos desde el punto de vista existencial. Al fin y al cabo desde que naces empiezas a morir, o al menos eso dicen los filósofos, y no hay nada que iguale tanto como el dolor y la muerte. No todos tenemos un Ferrari Testarosa ni un coeficiente intelectual de doscientos cincuenta, pero todos sufrimos y todos morimos.

En cuanto a la sabiduría, lo esencial es saber el límite del conocimiento. Gente con un cráneo mucho más privilegiado que el mío llega hasta el oxímoron, la antítesis y la paradoja, y una vez allí se asoman a la barandilla y se dan la vuelta. No parece mucho. Cuando lo más agudo que puedes decir es que el blanco contiene el negro en su interior y viceversa, y que dentro es fuera y fuera dentro lo mejor que puedes hacer es dedicarte a escribir libros de autoayuda y dejar de dar el coñazo. Por lo que a mí respecta, nunca he tenido clara la sutil diferencia entre antítesis, oxímoron y paradoja. Hay quien dice que no se puede ir más allá porque hasta ahí llega el lenguaje. Hay quien se dedica a colocar junto lo disperso a ver si del choque brota, como por arte de magia, una tercera realidad definitiva y reveladora. Juntemos una mesa camilla con un casco de minero a ver qué pasa. A mí todo eso me suena a telebasura, como juntar a un negro y a un nazi en el mismo plató para que se peleen según el guión.

En fin, esto se acaba. El paquete de folios no da para más, la botella tampoco. Yo, por mi parte, llevo ya un buen rato dando vueltas sobre mí mismo en plan culebrón venezolano. Como dijo no sé quién, cinco minutos después de empezar a hablar te repites y a los diez empiezas a decir tonterías, así que me despidido. Me gustaría hacerlo prometiendo una segunda parte con un título sugerente, como *Las Semanas del Jardín*, o misterioso, del tipo *Caminos inciertos*, pero la verdad es que todos los caminos son inciertos y mi único jardín es una maceta con un geranio que parece que está permanentemente despidiéndose. Por lo que a mí respecta ha sido un verdadero placer. No queda papel pero sí algunos cabos de lápices, así que lo más seguro es que siga escribiendo en las paredes, en las puertas y en el marco de las ventanas, en las patas de la silla y en la tela de la colchoneta. Me encantaría escribir con mis excrementos en una sábana, como vi que hacía alguien en una película, o usar mi cuerpo como soporte para un lenguaje ideográfico de caracteres orientales, como vi en otra, pero eso es más complicado, más que nada porque tendría que empezar aprendiendo chino, o japonés, y hoy por hoy estoy bastante cansado. En cuanto a pringarme los dedos de mierda, la verdad es que no me apetece nada con la que está cayendo, así que seguiré escribiendo por todos lados con mi alfabeto latino. Así si alguien excava por aquí dentro de unas cuantas glaciaciones se quedará flipado y pergeñará una imagen completamente equivocada de nosotros, que al fin y al cabo es de lo que se trata.

Si volvemos a vernos les prometo ser más entretenido y contarles la historia de los akoasi, una tribu de Asia Central cuyos miembros nacen viejos y mueren niños, o la de los cimbalantes, que colocan a sus muertos en la copa de los árboles y bailan alrededor del tronco una danza misteriosa y electrizante. También les hablaré del pescador que recortó la sombra de su cuerpo a la luz de la luna para desprenderse de su alma y así unirse a su amor submarino, y de las flores cuyo perfume transforma el discurso más airado en tiernas palabras de amor.

De momento no queda tiempo y apenas papel, así que acabaré este párrafo, enrollaré el folio, lo meteré en la botella y la arrojaré por la ventana. Después me tenderé en el suelo y contemplaré el vientre de las olas, esas ondulaciones marinas que depositan su espuma en la playa con paciencia de monje tibetano y en cuya cresta aparece, sin solución de continuidad, un alcaraván de ojos amarillos, una mancha de combustible o el cadáver de un calamar gigante.

Juan José Cabedo Torres